
HARLEQUIN
Bianca
EL MARIDO MILLONARIO
MARGARET MAYO

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El marido millonario, n.º 5457 - diciembre 2016
Título original: Her Wealthy Husband
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-9049-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

TENÍA los ojos más irresistibles que había visto en su vida; un gris humo, casi azul, pero no del todo. Pestañas largas y tupidas, a juego con el negro de su pelo. Él había concentrado su atención en ella inmediatamente, y tal vez debiera haberse sentido halagada, la mayoría de las mujeres lo habrían hecho, pero a ella, sin embargo, la había hecho sentir incómoda.

Lara se dio la vuelta y miró a su tía, que estaba observando cómo la miraba aquel hombre…

–Ven. Ven que te presento –le dijo su tía. Y antes de que Lara pudiera reaccionar, la tomó del brazo.

Los ojos grises no dejaron de mirarla mientras se acercaban. El hombre se separó de la barandilla, se puso recto y esperó. Iba vestido con ropa de sport, con una camisa abierta a la altura del cuello; mostraba un torso musculoso. La piel bronceada hacía pensar que trabajaba al aire libre.

Y era alto.

Lara no se había dado cuenta de lo alto que era hasta que lo había tenido enfrente. Ella era alta, pero él bastante más. Debía de medir un metro noventa aproximadamente. Un metro noventa centímetros de animal masculino. No era particularmente guapo, eran los ojos lo que atraía de él, y lo que parecía darle seguridad. Debía de saber que con unos ojos así podría conseguir a cualquier mujer sobre la que los posara.

¡Y ella estaba en la mira!

–Lara, quiero presentarte a Bryce Kellerman, amigo desde hace años, y ayudante para lo que haga falta. No sé qué haría sin él. Bryce, esta es mi sobrina, Lara Lennox.

–Me alegro de conocerte, Lara –los ojos grises se fijaron en ella mientras extendía la mano, como desnudando su alma.

Lara desvió la mirada instantáneamente. Miró sus manos. Eran muy blancas, comparadas con las de él. Los dedos de Bryce tenían las puntas cuadradas, las uñas perfectamente arregladas. Eran

manos fuertes, grandes, más acostumbradas a los trabajos manuales que a acariciar mujeres. Aquella idea la horrorizó, y quitó la mano.

Él le sonrió como si se hubiera dado cuenta de lo que estaba pensando.

A Lara le daba igual. Ningún hombre le interesaba. Había sufrido suficientemente ya. La culpa había sido suya, lo admitía, pero era un error que no pensaba repetir. Y si su tía tenía en mente hacer de celestina, estaba muy equivocada.

–Os dejo que os conozcáis –Helen sonrió contenta.

Su tía Helen tenía cincuenta y pocos años. Era delgada, rubia, aparentaba cuarenta años. Era viuda desde hacía diez años, y Lara no comprendía por qué no había vuelto a casarse.

Helen había salido de Inglaterra cuando Lara tenía seis años, hacía diecisiete años, y no había vuelto desde entonces, ni siquiera cuando había muerto su marido. No tenía hijos, pero tenía muchos amigos, y amaba tanto a Sidney, que decía que jamás se movería de allí. Pero siempre había mantenido el contacto con su hermana, llamándola por teléfono una vez a la semana. Cuando Helen se había enterado de que Lara se había divorciado, inmediatamente la había invitado a pasar un tiempo con ella, el que quisiera. Incluso le había enviado el dinero del billete de avión.

–¿Y? ¿Te gusta Australia?

La voz de Bryce Kellerman era tan profunda que hizo vibrar los huesos de Lara, como si fueran las cuerdas de una guitarra. Aquel hombre era todo vibración sexual. Y como ella huía del sexo como de la peste, se alejaría de él como primera medida.

–Mucho –contestó Lara con una sonrisa reacia–. Aunque apenas he tenido tiempo de formarme una opinión.

–¿No hace demasiado calor para ti? –él se apoyó en la barandilla. Parecía seguro de sí mismo–. Tienes que tener cuidado.

Lara asintió.

–Eso estoy haciendo.

Siempre que salía se ponía protector solar, y llevaba sombrero de paja. Era algo que le había aconsejado su tía en cuanto había llegado.

–Tu piel me recuerda a las rosas inglesas.

–Apuesto a que se lo dices a todas la chicas –respondió ella secamente. Aquellos cumplidos la molestaban. Parecían tan

aprendidos, tan ejercitados… Roger había sido un maestro en piropos.

–Solo si es cierto, y así es en tu caso –dijo él suavemente, tocándole la mejilla con un dedo.

Un suave contacto, y Lara tuvo la sensación de que la estaba marcando como suya. Movió la cabeza levemente, apartándose.

–¿No te gusta que te toque? –preguntó él como si no estuviera acostumbrado a aquella reacción.

–No, la verdad es que no –Lara mantuvo la mirada, no haciendo caso al latido acelerado de su corazón.

–Trataré de recordarlo –dijo él, no muy convencido–. ¿Sabes que te pareces mucho a tu tía?

–Más que a mi madre –asintió ella–. Son hermanas.

–El mismo pelo rubio… Los mismos ojos azules… Tu boca es un poco más… generosa –sonrió él–. Iba a decir «besable», pero algo me dice que eso no te gustaría, ¿me equivoco?

–No.

–¿Qué es lo que te aleja de los hombres?

–¿Quién te ha dicho que me alejo de los hombres? –ella se puso rígida. Era demasiado intuitivo.

–Es evidente. A no ser que sea yo quien no te guste. ¿Hay algo que no sepa? ¿Has oído hablar mal de mí?

–Yo no sabía siquiera que existías hasta hace unos segundos –contestó ella.

En realidad, hubiera sido mejor que no lo hubiese conocido. Había algo en él que la hacía desconfiar. Presentía que era el tipo de hombre para quien las mujeres eran objetos de usar y tirar, sin tener en cuenta sus sentimientos. Se lo decían sus ojos.

Ella era nueva en aquel ambiente. Muchas veces le habían dicho que era guapa, aunque el espejo no le dijera lo mismo. Era rubia. Tenía las cejas muy altas, los ojos muy grandes, y una boca excesiva, y le molestaban los piropos falsos.

–¿Y ahora que sabes que existo? –preguntó él con una sonrisa lacónica.

–Creo que me marcharé. Hay una persona con la que quisiera hablar… Si me disculpas…

Pero Bryce Kellerman no estaba dispuesto a dejarla marchar.

–No he terminado aún –dijo.

Lara frunció el ceño y miró la mano de Bryce en su brazo. Luego lo miró fijamente y no le contestó hasta que él la soltó.

–¿A qué te refieres con que no has terminado? No me había dado cuenta de que habíamos empezado algo…

Helen quiere que nos hagamos amigos –sonrió él–. Sería una grosería decepcionarla.

Lara alzó las cejas.

–Mi tía puede querer lo que le dé la gana. Soy yo quien elige a mis amigos. No tiene derecho a hablar de mí.

–No ha hablado de ti…

–Entonces, ¿cómo…?

–Tu tía piensa que es hora de que me busque una esposa.

–Y sospecho que a mí quiere conseguirme otro marido –agregó Lara.

De pronto, estalló una carcajada entre ellos.

–Creo que al menos deberíamos fingir que nos gustamos –susurró Bryce maliciosamente en voz alta.

–Le alegrará la noche –asintió ella.

–No hace falta que sigamos con la farsa después de esta noche.

–¿Solo esta noche entonces? –preguntó ella.

Bryce asintió.

–¿Damos un paseo por el jardín? –Bryce extendió la mano.

Después de dudarlo un segundo, Lara le dio la suya. Se dio la vuelta y miró hacia la casa. Helen los estaba observando. La vio asentir con la cabeza en señal de aprobación, y luego desaparecieron de la vista. Eran dos almas juntas en la oscuridad de la noche. Se oían las voces, la música, las risas de fondo, pero no veían a nadie, ni nadie los veía.

De pronto, Bryce la tomó en sus brazos, y para horror suyo, Lara se excitó. Desde la ruptura de su matrimonio, había evitado a los hombres, y ahora… ¿Por qué aquella reacción? ¿Por qué se le aflojaban las piernas? ¿Por qué se aceleraban sus pulsaciones? Debía de ser porque se sentía halagada. ¿Qué mujer no lo estaría con un hombre con el magnetismo de Bryce Kellerman?

Pero él se equivocaba si pensaba que podría besarla. Era una noche de luna llena, mágica y sensual, cálida, hecha para el amor, pero no para ella.

–¿Es este un saludo típicamente australiano? –preguntó ella,

soltándose–. No sabía que iba a caer en los brazos de todo hombre que conociera.

–Te pido disculpas –él hizo un movimiento de cortesía con la cabeza–. ¿Por qué no nos sentamos y me cuentas la historia de ese muchacho que te arruinó la vida? –la llevó hacia un banco que había cerca.

–Creía que mi tía no te había contado nada –respondió ella.

–Helen es muy discreta. No es más que una sospecha mía, pero muy acertada, a juzgar por tu reacción. No debe de ser un hombre que valga la pena, si ha dejado escapar a una mujer tan hermosa como tú.

¡Más cumplidos! Lara sintió ganas de abofetearlo.

–En realidad, yo lo abandoné –le dijo ella.

A lo lejos, al otro lado del río, brillaban las luces de las casas como si fueran estrellas gigantes. Los cubría un cielo de color púrpura. No se oía nada, excepto el murmullo de voces que provenían de la galería. Era un lugar idílico, y ella no quería que aquel hombre la hiciera hablar de Roger.

–¿Cuánto tiempo estuviste casada?

–Tres años.

–¿Cómo era él?

Lara lo miró.

–¿Y eso qué tiene que ver contigo?

–Es una charla terapéutica sobre tus problemas.

–Yo no tengo ningún problema. Excepto el que me estés molestando con estas preguntas. No quiero contestar.

Una débil sonrisa ablandó las duras líneas del rostro de Bryce. Lo hizo parecer más próximo, más comprensivo.

–Ese es el problema, Lara. Que no liberas tu dolor. El hablar ayuda. ¿Cuánto hace que te divorciaste?

–Casi cuatro meses.

–¿Entonces, la herida está abierta todavía?

Lara asintió. No lo miró. No quería ver compasión en sus ojos. Recordó el día en que les había dicho a sus compañeras de colegio que quería casarse con un hombre rico.

Lara era la más pequeña de cinco hermanos, y había sido criada por su madre. Se había jurado no verse en la misma situación. Había sabido lo que era la pobreza, lo que había luchado su madre

para llegar a fin de mes. Y había decido que eso no era para ella.

Después de terminar sus estudios, había conseguido trabajo en una empresa de Relaciones Públicas, y allí había sido donde había puesto sus ojos en Roger Lennox.

Roger era el dueño de la empresa. Tenía mucho dinero y no estaba mal físicamente. El problema era que lo sabía. Tenía a todas sus empleadas rondándolo. Desde el principio Lara había sabido que iba a tener que hacer algo distinto para que se fijara en ella.

Su oportunidad le había llegado un día en que ella estaba cruzando el aparcamiento y había visto a su jefe sentado en su convertible plateado.

–Buenas noches, señor Lennox –le había gritado.

–¡Oh! Eh… Buenas noches –había respondido sobresaltado.

Su coche no arrancaba. Estaba enfadado e incómodo a la vez. Ella habría sentido lo mismo si hubiera tenido problemas con un coche tan caro.

Ella se dio la vuelta y preguntó:

–¿Puedo ayudarlo?

Roger era rubio y de ojos azules. Tenía algunos kilos de más, pero su encanto hacía que la gente lo olvidase. Las mujeres decían que parecía un dios griego.

–¿Usted? Es una mujer…

–Eso no significa que no sepa nada de motores –contestó Lara.

Como había sido la única chica en una familia de chicos, se había pasado la vida observándolos armar y desarmar coches. Y muchas veces los había ayudado, cuando la habían dejado. Sabía de motores igual que un hombre.

Roger Lennox frunció el ceño.

–¿Habla en serio?

–Por supuesto. Abra el capó.

Él, para sorpresa de ella, la obedeció, aunque con el ceño fruncido.

Cuando Roger había salido del coche para ver lo que estaba haciendo ella, había rozado accidentalmente su muslo, y Lara había sentido el impacto de la sexualidad de aquel hombre. Era lo que habían fantaseado todas las chicas del edificio.

–¿Está segura de que sabe lo que está haciendo?

–Si no, no le habría ofrecido ayuda –contestó ella, tratando de

disimular su excitación.

Era atractivo, sin lugar a dudas, y había acelerado el latido de su corazón… Y lo más importante era que podía ser parte de su estrategia de casarse con un hombre rico. Las manos de Lara temblaron mientras inspeccionaba el coche.

–¿Quiere volver a probar? –preguntó ella con voz sensual, cruzando mentalmente los dedos para que arrancase. Quería causarle una buena impresión, y no quedar en ridículo.

El motor se encendió en cuanto dio vuelta la llave. Roger Lennox la miró sin poder creerlo.

–¿Qué ha hecho?

Estaba claro que él jamás había intentado arreglar un motor de coche.

–El cable distribuidor de electricidad estaba suelto.

–Estoy impresionado. No sabía que las mujeres entendieran de estas cosas. Déjeme que la lleve a casa, es lo menos que puedo hacer.

Ella se había sentido triunfante. Aquello le había salido mejor de lo que había imaginado.

Lara había soltado el capó, se había limpiado las manos con un pañuelo de papel, y se había sentado al lado de Roger Lennox.

–¿Dónde estás? –la voz profunda de Bryce Kellerman interrumpió sus pensamientos.

«Sentada al lado de otro hombre, arruinando mi vida», pensó Lara.

Roger Lennox le había enviado flores al día siguiente, causando un revuelo en la oficina. Había ido a verlo para agradecerle el detalle, como un gesto de buenos modales, se había dicho. Y una cosa había llevado a la otra. En poco tiempo la había invitado a salir. Y se habían casado ocho semanas más tarde.

Ella había conseguido su sueño.

–Estaba pensando en Roger, en el día en que lo conocí.

–¡Ah! –contestó él, como si lo viese todo.

–Yo pensé que había conocido al hombre de mis sueños.

–¿Amor a primera vista?

No podía contestarle que lo que la había enamorado había sido su cuenta bancaria. Era demasiado embarazoso. Había oído decir que el dinero no hacía la felicidad, y no lo había creído, pero ahora

sabía que era verdad. Había cometido un estúpìdo error.

–Eso fue lo que creí.

–Entonces, ¿qué es lo que fue mal?

«Más preguntas», pensó ella. Si no tenía cuidado, terminaría contándole toda su vida. Nunca había conocido a un hombre que demostrase tanto interés.

–Varias cosas. En realidad, él era un poco controlador –contestó.

Era una manera de decirlo suavemente. En realidad, Roger había dirigido totalmente su vida.

–Y veo que no eres el tipo de mujer a quien le guste que la controlen –dijo él con una sonrisa medida–. En mi opinión, nadie debería ser controlado. Yo no haría nunca eso, sobre todo a una mujer. Me gusta que se rebelen.

Y Lara Lennox era una mujer que se rebelaba contra lo que no le gustaba. A Bryce le encantaban esos ojos que parecían clavarle puñales, cómo alzaba el mentón orgullosamente, el modo en que su cuerpo se ponía rígido y lo rechazaba.

Él quería romper esas defensas. Quería demostrarle que no todos los hombres eran iguales. Afortunadamente su esposo no la había reprimido por completo. Ella había tenido la suficiente fuerza como para dejar un matrimonio que no funcionaba.

Cuando Helen lo había invitado a la fiesta, él no había estado seguro de querer conocer a su sobrina. Helen era una celestina sin remedio. Llevaba años intentando encontrarle una esposa, y él estaba cansado de su juego.

Si alguna vez se casaba, quería ser él quien eligiera a la chica. Quería estar seguro de que no se interesaba por él por su dinero. Él había tenido algunas mujeres. Se había dejado engañar por una cara bonita y un cuerpo deseable; incluso había estado a punto de casarse una vez, pero en el último momento se había dado cuenta de cómo era la chica en realidad. Empezaba a preguntarse si todas las mujeres serían iguales, si lo que buscaban fundamentalmente era un esposo rico y con éxito.

Aquella muchacha que estaba sentada a su lado lo intrigaba. Aquella mujer hermosa que huía de los hombres era un desafío para él. No le había mentido cuando le había dicho que su piel era como

los pétalos de las rosas inglesas.

Quería tocar aquella piel. No le había dado el sol. Jamás había sentido el sofocante calor de aquel continente.

–Dime –dijo ella–. ¿Has estado casado alguna vez?

Él no quería hablar sobre sí mismo. Quería hablar de ella. Quería saberlo todo. Helen había sido muy vaga al hablar de su sobrina, y ella no parecía dispuesta a revelarle nada.

–No –contestó Bryce–. Nunca encontré la mujer adecuada.

–¿De verdad? No lo comprendo –contestó ella.

¿Quería decir aquello que ella estaba interesada en él, a pesar de su aparente indiferencia? Bryce sintió una subida hormonal repentina. Pero se desanimó diciéndose que no sabía nada de ella y que podía ser como las demás.

–No ha sido porque no haya podido elegir. Simplemente no hubo ninguna con la que quisiera casarme.

–Exiges mucho, ¿verdad?

–Supongo que sí.

–¿Y nunca has encontrado a la señorita Perfecta?

–Aún, no.

Pero tal vez esa noche hubiera tenido suerte. Si se parecía a su tía, él no tendría quejas. Helen era una mujer maravillosa, y muy cariñosa. El dinero no significaba nada para élla. Siempre había dicho que lo que contaba era la actitud y la personalidad de una persona.

–Este es un lugar muy bonito –comentó Lara–. Tan distinto de los que conozco… Yo vivo en una ciudad pequeña, sin río, ni lagos en muchos kilómetros a la redonda. El agua es tan relajante… ¿No crees?

–Mucha gente opina como tú –contestó él.

–¿Y tú no?

–Ya sabes, los que vivimos en un sitio, no lo apreciamos.

–Yo no me cansaría nunca de esto, ni de Darling Harbour. Mi tía me llevó allí el otro día. No sé por qué se llama así, pero es un nombre muy adecuado. No me daban ganas de marcharme de aquel lugar…

–Me alegro de que te guste. Uno de nuestros primeros gobernantes, sir Ralph Darling, le puso su nombre. Los aborígenes lo llamaban Tumbalong.

A él le habría gustado llevarla allí, pero sabía que era demasiado pronto. Lara trataba de resultarle simpática por su tía. Pero después de aquella noche…

¿Querría volver a verlo?

Por primera vez en su vida Bryce Kellerman se sintió inseguro.

Capítulo 2

PASARON cinco días desde la fiesta y Lara no había vuelto a saber nada de Bryce Kellerman. Para su horror, estaba decepcionada, y no comprendía por qué, puesto que había dejado claro que no quería volver a verlo. ¿Acaso no estaba mejor sin un hombre en su vida?

Helen también había hecho algún comentario al respecto.

–Tal vez esté ocupado. Le daremos unos días más y luego lo invitaremos a cenar.

Ella no le había mencionado a Bryce, así que supo que Helen seguía con su juego. Pero, aun así, la idea de volver a verlo aceleraba su corazón. También le molestaba que él hubiera causado una fisura en su armadura. Tenía que tener cuidado.

Pero Helen no tuvo que invitarlo, puesto que al día siguiente, al volver de un recorrido por la ciudad, encontraron un mensaje para Lara en el contestador automático. *Me gustaría llevarte a cenar esta noche*, decía su voz profunda. Lara sintió escalofríos al oírla. *Te recogeré a las ocho. Si hay algún problema, llámame*.

Aunque su tía estaba entusiasmada, Lara la decepcionó diciendo:

–No quiero ir. No quiero tener ninguna relación con él.

Helen agitó la cabeza.

–Bryce nunca te hará daño.

Tal vez fuera cierto. Pero no iba a arriesgarse.

No obstante, a pesar de sus pensamientos, se oyó decir:

–Supongo que no hay nada de malo en una sola cita.

–Eso te dará la oportunidad de conocerlo mejor –dijo la mujer con una sonrisa–. Si yo tuviera veinte años menos, me casaría con él.

–¿Quién habla de matrimonio? –preguntó Lara indignada.

Helen sonrió.

–Solo quería que supieras que es un buen partido.

–He venido aquí para superar la relación con un hombre, y no para que me atrape otro –contestó Lara, enfadada con su tía.

Pero cuando apareció Bryce, con aquel aspecto tan atractivo,

Lara no pudo aquietar su corazón. Su cabeza le advertía que no se dejara envolver por él, pero no podía negar que era un hombre muy atractivo, que la atraía a su pesar.

Claro que Roger también le había resultado irresistible los primeros meses, hasta que se había dado cuenta de cómo era en realidad. Su marido la había utilizado. Había hecho el amor cuando había querido, y jamás había tenido en consideración sus propios deseos y necesidades…

Bryce podía ser igual.

Lara se había puesto un vestido azul pastel y sandalias. Llevaba el pelo recogido, y el único maquillaje era rímel y brillo de labios. No necesitaba nada más.

Bryce la miró detenidamente, y le dijo:

–Estás deslumbrante.

Lara tragó saliva y fingió no darle importancia.

–El vestido no es nuevo. Hace años que lo tengo.

–Sea como sea, el color te queda muy bien. Hola, Helen, te prometo cuidar muy bien a tu sobrina.

–Sé que lo harás –dijo Helen con una sonrisa–. Lara tiene llave, así que no hace falta que la traigas temprano por mí.

Lara frunció el ceño.

–Vendré temprano, Helen –contestó.

–Como quieras, querida. Y ahora, marchaos y pasadlo bien.

El coche de Bryce era un viejo Ford, y al abrirlo, Lara no pudo evitar recordar el día en que había subido al coche de Roger. Ella se había sentido muy satisfecha consigo misma aquel día. Nada le había advertido de lo que iba a suceder. Ahora era menos ingenua. Estaba más atenta a cómo funcionaba la mente de los hombres. No tenía intención de cometer dos veces el mismo error.

Para su deleite, Bryce la llevó a Darling Harbour, a un restaurante con vistas al mar, a comer mariscos. Era mágico. Un mar de luces les llegaba de edificios, de los barcos, de los reflejos en el agua, del cielo estrellado. Era perfecto.

«¡Una noche para el romance!», pensó Lara, estremeciéndose.

–Cuéntame la historia de ese tipo que te defraudó tanto.

Bryce había pedido algo de beber antes de la cena, y ya habían elegido la comida.

Ella cerró los ojos. No quería hablar de nada que estropeara

aquel momento tan especial.

–Dijiste que le gustaba controlarte absolutamente. ¿En qué sentido? –insistió él.

–Era un hombre rico, pero no era generoso. Tenía que rendirle cuentas hasta por respirar. Elegía a mis amigos, la ropa que llevaba, lo que hacía. Vendió mi coche y me puso mil excusas para no comprarme otro, así que estaba atrapada en la casa, si él no me sacaba. Vivíamos a kilómetros de cualquier sitio, y no había ni autobuses que pasaran por allí.

–¿Y no tuviste ningún indicio antes de casarte?

–Yo estaba fascinada. Él era el dueño de la empresa donde trabajaba yo. Me sentí halagada. El amor me cegaba –dijo ella, pensando que debía de haber dicho «codicia», en lugar de «amor».

Era verdad, ella no había sido capaz de ver más allá del dinero. Era algo de lo que en aquel momento se avergonzaba terriblemente. Por otra parte, podría haber funcionado si Roger hubiera sido diferente.

–Ahora se ha acabado, y no quiero hablar de él. Es una parte de mi vida que preferiría olvidar.

–¿Lo amas aún?

–¡No! –la respuesta de Lara fue enérgica.

–A mí me parece que eres tú quien no se permite olvidarlo. Él está ahí todo el tiempo, obsesionando tus pensamientos. Necesitas un amigo, alguien que te saque de ti misma, alguien en quien confiar, alguien con quien reír, y con quien disfrutar los placeres de la vida.

–¿Y lo que me propones es que tú seas mi amigo?

Le daba risa a Lara. Bryce Kellerman no quería ser su amigo. Su amante, tal vez. Lo veía en sus ojos, en el modo en que la devoraba con la mirada.

–Sí –contestó él en tono serio–. Si tú me dejas.

Pero sería muy duro. ¿Cómo ser un amigo platónico con una mujer tan deseable y sexy como Lara Lennox? Sería imposible. Había vivido unos días terribles pensando si debía volver a verla o no. Lo habían decepcionado tantas veces, que tenía miedo de volver a interesarse por alguien. Era curioso tener tanto miedo cuando era

un hombre tan exitoso en los negocios. Pero, por Lara, estaba dispuesto a darse otra oportunidad. Ella necesitaba volver a confiar en los hombres.

Al menos, eso era lo que se decía.

Ella lo miró.

–Nunca he tenido un amigo. No creo que sea posible. Siempre he pensado que el sexo terminaría asomando su horrible cabeza en algún momento.

Al parecer, su marido la había decepcionado también en eso, pensó Bryce. Sintió rabia, y hubiera querido preguntar más, pero se reprimió.

–Ahí te equivocas. Muchas mujeres tienen amigos hombres.

–Yo no conozco ninguna.

–No tienes que conocerlas, Lara. Simplemente, créeme. Bueno, entonces, ¿cuál es tu respuesta? –Bryce extendió la mano por encima de la mesa–. ¿Amigos?

Él pensó que ella iba a rechazarlo. Se había resignado a no poder conocer mejor a aquella mujer tan atractiva, pero de pronto sintió la mano de ella en señal de amistad.

–Amigos –respondió ella–. Nada más.

–Trato hecho –dijo él, tomándole la mano con las suyas.

Sintió un deseo desesperado de besarla, y de ese modo sellar el trato. Pero en cambio la miró a los ojos. Aquella mujer lo había cautivado.

Le costó dejar su mano. Le sonrió y dijo:

–No te arrepentirás.

–Espero que no –contestó ella, mirándolo con ojos de fuego, como advirtiéndole–. Porque no tengo intención de permitir que me enrede otro hombre. Si me haces daño, Bryce, si no cumples tu palabra, descubrirás que soy una mujer muy peligrosa. No en vano me crié con cuatro hermanos.

–No haré nunca nada que pueda herirte, Lara –dijo él, fingiendo estar impresionado–. Te doy mi palabra –alzó su copa–. ¡Por nosotros! ¡Por una amistad verdadera!

–Por la amistad –sonrió ella, para disimular la preocupación.

Era hermosa, pensó Bryce. Le gustaba todo de ella: su pelo de seda, sus ojos azules, su boca, tan sexy y atractiva, su cuerpo delgado… Sus pechos firmes que lo tentaban a través del delgado

algodón del vestido. Sería difícil, si no imposible, no tocarla.

–¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

–No lo sé. Mi tía Helen ha dicho que me quede el tiempo que quiera.

–¿Hasta que superes tu desastroso matrimonio?

–Supongo.

–¿En qué lugar de Inglaterra vives?

–En las Midlands, cerca de Birmingham. Comparto un piso con una amiga.

¿Compartiría el piso por necesidad o por elección?, se preguntó él.

–¿Tu marido te pasa una pensión? –preguntó Bryce, e inmediatamente se dio cuenta de que era una pregunta demasiado indiscreta.

Afortunadamente, a Lara pareció no importarle.

–No he querido nada de él. Me casé sin nada. Y me he separado igual. Él no me ofreció nada, y yo no le pedí nada. Me alegré mucho de volver a ser libre.

–Fuertes convicciones, pero no son prácticas. Tu marido te debe algo por los tres años que estuviste con él. ¿Trabajas para él aún?

–¡No, por Dios! Me hizo dejar el trabajo cuando nos casamos.

–¿Qué clase de hombre es, por el amor de Dios? No parece muy humano. ¿Tus sentimientos, tus necesidades, tus derechos no importaban nada?

–¿Tenemos que hablar de esto? –preguntó ella, enfadada.

Bryce se maldijo, y se alegró de que llegase el camarero.

La comida estaba buenísima. Lara deseó que Bryce no le hiciera más preguntas, aunque solo fuera interés de amigo. Algunas cosas era mejor que quedaran en la intimidad, y su catastrófico matrimonio era una de ellas.

No debía haber dicho nada de ello, y ahora dudaba incluso de haber aceptado su amistad. Bryce era muy atractivo, y sería imposible esconder la atracción que sentía por él.

No era amor. No podía serlo. Pero no negaba que le habría gustado hacer el amor con él. Mientras se ajustara a lo convenido… no habría problemas. Pero, ¿qué tipo de amistad podría darle un

hombre tan sexy como Bryce?

–Te has quedado muy callada.

Ella se sobresaltó.

–Estoy disfrutando de la comida –contestó, con ojos turbados.

–Estás comiendo ese pulpo como si estuviera vivo aún.

–¡Oh! –sonrió ella–. Está delicioso. ¿Qué tal tus gambas?

–Muy sabrosas. La comida es muy buena aquí.

–¿Comes aquí a menudo?

«¿Con otras mujeres?», agregó ella mentalmente.

Era un restaurante de primera clase. ¿Estaría un poco fuera de su alcance?

–Solo cuando quiero impresionar.

–No tienes que impresionarme –sonrió ella–. Es un poco caro. Podemos pagar a medias si quieres.

–No me ofendas. Jamás invitaría a salir a una chica si no pudiera invitarla. No puedo hacerlo todas las noches, pero…

–Es un honor, entonces. Gracias –contestó ella.

El camarero recogió sus platos y sirvió el segundo plato. Habían decidido compartir una cazuela de mariscos.

Lara trató de concentrarse en la comida, pero le costó.

En un momento dado, fueron a servirse la misma ostra, y sus manos se chocaron. Ella la apartó como si le hubiera dado corriente.

Él la miró, pero no le preguntó nada.

–Ha sido una tontería por mi parte –dijo ella–. Lo siento.

–¿Por qué estás tan nerviosa? ¿Crees que no voy a cumplir mi palabra?

–No es eso –sonrió ella.

–Pero no estás segura. No dejas de preguntarte si no habrás cometido un error –Bryce agitó la cabeza–. Tal vez hayas cometido un error. Tal vez yo haya cometido un error. Si quieres, nos olvidamos de todo.

–¡No! –respondió Lara inmediatamente–. No quiero eso. Me viene bien un amigo.

–Tienes a tu tía.

–Sí, pero ella es de mi familia, es diferente.

–¿Por qué?

–Si le cuento demasiadas cosas, podrían enterarse mi madre y

mis hermanos. Ellos no conocen todos los detalles de mis problemas matrimoniales. En realidad, mi madre tenía un concepto muy alto de Roger. No comprende por qué lo dejé. Hizo todo lo que pudo para convencerme de que las cosas tenían arreglo.

–¿No le contaste toda la historia?

Lara agitó la cabeza.

–No. Ella me había advertido de que me precipitaba demasiado en el matrimonio. Es lo que ella hizo con mi padre. Así que fingí que era feliz.

–Entonces, ¿qué excusa le diste para divorciarte?

–Solo le dije que había dejado de amarlo, que se había apagado la llama del matrimonio y quería terminar con él.

–¿Y se lo creyó? –la miró poco convencido–. De acuerdo, no puedes hablar con tu tía. Pero si vas a comportarte como una gata esquiva cada vez que nos toquemos accidentalmente, creo que nuestra amistad no resultará.

–No volverá a suceder –le aseguró ella.

No entendía por qué le rogaba a Bryce que siguieran siendo amigos.

Mientras comían Bryce le habló de su infancia. Era hijo único y envidiaba el tener cuatro hermanos, como Lara.

–Mis padres trabajaban ambos, y yo estaba solo casi siempre. No digo que no me quisieran, pero estaban tan ocupados con sus profesiones, que no me dedicaban mucho tiempo. Yo estaba muy solo.

–¿Dónde están ellos ahora?

–Mi padre murió hace dos años. Mi madre se ha vuelto a casar y se ha ido a Nueva Zelanda. Su marido es un buen hombre, y ella es feliz. ¿Y tus padres?

–Mi padre abandonó a mi madre después de que yo naciera. Mi madre tuvo que criarnos sola. Nunca encontró otro hombre. Mis hermanos están casados ahora, y tienen sus propias familias.

–¿Qué piensa ella de que te hayas venido? ¿Quería venir contigo?

–Se alegró por mí. Tía Helen es mi madrina y siempre se ha lamentado de haber estado poco tiempo conmigo. Pero mi madre tiene miedo a volar. Está contenta de tener a sus nietos cerca de ella. Van a verla casi todos los días.

–¿Tienes hijos?

–No, por suerte.

Roger no había querido. Le había dicho que no soportaba a los niños.

–¿No quieres tener hijos? –la miró como si no la comprendiera.

–Por supuesto que sí. Solo me alegro de no haber tenido hijos con Roger. Porque estoy segura de que los hubiera apartado de mí después de divorciarnos.

–Tal vez los hijos hubieran ayudado a que no se rompiese tu matrimonio.

–Nada hubiera podido ayudar a arreglarlo. Ha sido la peor experiencia de mi vida. De hecho, dudo que me vuelva a casar.

–Es un error. No todos los hombres son como tu ex.

–Tal vez no, pero no estoy dispuesta a arriesgarme. Intentaré conseguir un trabajo mejor cuando vuelva a Inglaterra. Me compraré una casa y no le rendiré cuentas a nadie.

Él sonrió débilmente.

–¿Y qué pasa si conoces al hombre adecuado? Debe de haber alguno en algún sitio, esperándote, ya sabes…

–Tal vez. Cuando ocurra, veré qué hago. En este momento, los hombres son lo último en la lista de mis prioridades.

–Pero has dejado que me acerque –señaló él.

Lara sonrió brevemente.

–Estoy loca, ¿verdad?

–No, no estás loca, Lara.

La sonrisa de Bryce hizo que el corazón le diera un vuelco. Aquello iba a ser más difícil de lo que ella creía.

–Eres una mujer adorable que ha tenido una mala experiencia. Y yo voy a hacer todo lo posible para restablecer tu confianza en los hombres.

–Te llevará mucho trabajo.

–Tengo tiempo.

Lara empezó a sentirse incómoda. Sería mejor cambiar de tema.

–¿Cómo has conocido a mi tía? Tiene muy buena opinión de ti –dijo Lara.

–Como yo de ella. Es estupenda. Es cálida, amable, inteligente, caritativa. Nos conocimos en casa de un amigo común. Yo estaba arreglando una puerta y ella me preguntó si podía arreglar una

barandilla de su galería. Empezamos una amistad, y siempre que puedo voy a verla.

–Eres muy amable. Creo que eres como un hijo para ella… ¿Qué trabajo haces, además de ayudar a mi tía cuando te necesita?

Lara no podía creer que se dedicase a hacer arreglos.

–De todo tipo –dijo él, y pinchó una gamba.

–No puedo creer que hayas dejado el colegio o la universidad sin ninguna profesión en mente –agregó ella.

Él sonrió.

–Bueno, veamos… Empecé Derecho y luego decidí que no era para mí. Entonces hice un curso de electrónica. Luego de programador de informática… –miró la gamba en el extremo del tenedor–. Cuando me interesa algo, me dedico mucho a ello… Supongo que sé de todo un poco, pero no sé mucho de nada. Tengo buena mano para la carpintería.

–Comprendo. ¿Dónde vives?

Lara estaba cada vez más interesada en él.

–Tengo una casa no muy lejos de aquí. Puedo llevarte allí si quieres.

–Tal vez otro día.

Todavía no se fiaba demasiado de él, pensó Lara.

–¿Todavía no confías en mí?

–¿Qué te hace pensar eso?

–Tus ojos. Tu marido realmente te ha hecho daño, ¿verdad? Para mí, sería un placer demostrarte que no soy como él. Mañana te recogeré e iremos al puerto. ¿Te gusta la idea?

Aunque Lara hubiera querido decir que no, dijo:

–Me encantaría.

Él sonrió, y a ella le dio un vuelco al corazón.

Sabía que no debía dejarse envolver por su encanto. Pero no podía resistirse.

Al final de la noche, Lara estaba feliz, y mucho más relajada. Bryce la dejó en casa de su tía con la promesa de pasar a buscarla a las diez de la mañana siguiente. Ella creyó que él iba a besarla, sintió una vibración especial, pero solo se inclinó y le dio un beso rápido en la frente.

–He disfrutado mucho de esta velada, Lara. Espero que tú también.

Ella asintió, y se puso tímida.

–Así es –contestó.

–Esperaré deseoso a mañana.

–Yo también. Eres muy amable. No tienes por qué dejar tus ocupaciones para entretenerme.

–Créeme, no lo haría si no quisiera.

Bryce la miró con aquellos ojos grises de humo. Y ella se estremeció.

Era hora de marcharse. Lara puso la llave en la cerradura y dijo:

–Buenas noches, Bryce. Gracias otra vez por una noche estupenda.

Helen estaba esperando despierta. Lara esperó que le hiciera muchas preguntas, pero su tía solo dijo, algo preocupada:

–Me ha llamado tu madre.

Capítulo 3

LARA la miró, asustada.

–¿Mi madre se encuentra bien? ¡Oh, Dios mío! ¡Sabía que no debía dejarla!

–Por supuesto que está bien. Solo que Roger se ha puesto en contacto con ella y…

–¿Roger? ¿Qué diablos quería?

–Preguntó por ti. Al parecer, quiere volver contigo.

–¿Qué? No quiero saber nada de él. Espero que mi madre le haya dicho que desaparezca. ¿Te importa que la llame?

–Le he dicho que lo harías mañana.

–Mañana saldré con Bryce nuevamente.

–¿Lo has pasado bien entonces? Es encantador, ¿no crees?

–Sí, es agradable. Pero no quiero que te hagas ideas equivocadas. Hemos acordado ser amigos, y eso es todo.

Helen alzó las cejas, pero no hizo ningún comentario, solo sonrió.

Y cuando Lara se fue a la cama, se hizo la misma pregunta que seguramente se había hecho su tía. ¿Cómo iba a evitar enamorarse de él?

Lara miró asombrada el barco que llevaba Bryce en el remolque de atrás del coche.

–Me has sorprendido. Pensé que iríamos en uno de los barcos del puerto.

Y no dejó de preguntarse cómo podría pagar aquello. No eran cosas baratas. Al parecer, hacer reparaciones daba más dinero de lo que ella pensaba.

–No te habría tenido para mí sola en ese caso –contestó con voz sensual Bryce.

Lara se alarmó.

–Da la impresión de que hay algo poco honorable en esto, Bryce.

Él dejó de sonreír.

–Te aseguro que esa no era mi intención, Lara. Pensé que sería divertido. Pero si…

Ella agitó la cabeza, lamentando sus palabras.

–No tienes que cambiar de planes. Solo que no era lo que esperaba –dijo Lara.

Ella había supuesto que habría más gente con ellos…

–Bien, es hora de marcharnos.

Bryce pareció un poco decepcionado, como si no le hubiera gustado su comentario. Y en el coche apenas habló.

Después de un rato de viaje, Bryce aparcó a la orilla del agua.

–¿Crees que puedes mantener el barco firme mientras aparco? –preguntó él con cortesía exagerada.

Lara asintió, deseando no haber dicho nada sobre sus sospechas, porque estaban arruinando el día.

Al poco rato llegaron al puerto.

El barco golpeaba las olas. Bryce aceleró el motor, y Lara disfrutó de cada instante. Hubiera querido decírselo. Pero él tenía la vista fija en el horizonte, y no la miraba.

Pero mientras Lara se estaba poniendo crema protectora del sol en las piernas, los brazos y la cara, no se daba cuenta de que Bryce la estaba observando con aquellos ojos grises, y que apretaba más el timón.

Cuando Harbour Bridge apareció ante ellos, Bryce disminuyó la velocidad, y atravesaron el puerto lentamente. Se veía distinto desde el agua. Las velas del Opera House fue lo primero que apareció al pasar por debajo del puente, luego Centre Point, la torre del Correo, los bloques de edificios… Era una vista excitante.

Luego se alejaron. Bryce jugaba con las olas, aminorando la velocidad y aumentándola.

El silencio entre ellos aumentó, y Lara lamentó sinceramente su desafortunada reacción anterior. Lo que hubiera sido un día maravilloso se había transformado en una jornada llena de incomodidad. Bryce estaba amable, pero nada más. No tenía una actitud amistosa ni divertida como había tenido la noche anterior. Y ella tenía la culpa.

Incapaz de seguir aguantando la tensión entre ellos, Lara comentó:

–No he querido disgustarte.

Él la miró y disminuyó la velocidad.

–Cuando te he dicho que te quería toda para mí, era una manera de hablar. No tengo ninguna intención de forzarte a hacer nada que tú no quieras. Me olvidé de que para ti todos los hombres son autoritarios y controladores.

–Tal vez no todos los hombres.

–Pero tú no estás dispuesta a darle una oportunidad a nadie más –la miró severamente–. Si es así, no tiene sentido que continuemos nuestra… amistad.

–No es eso –protestó ella. ¿Por qué habría abierto la boca?, pensó–. Quiero que seamos amigos, Bryce. Supongo que estoy irritable porque Roger llamó a mi madre ayer.

–¿Tu ex? –Bryce se dio la vuelta.

Lara asintió.

–¿Qué quería?

–Que volvamos a estar juntos.

Él se quedó inmóvil un momento y luego preguntó:

–¿Y?

–Se suponía que yo llamaría a mi madre esta mañana. ¡No puedo creer que se me haya olvidado!

Había estado tan excitada ante la perspectiva del paseo con Bryce, que se había olvidado de todo lo demás.

Bryce miró el reloj.

–Ahora tu madre estará en la cama. Te lo recordaré cuando estemos en casa. ¿Le ha dicho tu madre dónde estabas? ¿Crees que Roger puede molestarte?

Lara no había reflexionado sobre ello.

–No creo –contestó Lara frunciendo el ceño.

–¿Qué le hace pensar que podrías querer volver con él? ¿Hay algo que no me hayas contado?

Lara no quería hablar de Roger con aquel hombre. No era asunto suyo. Pero tenía que decir algo.

–Él no quería divorciarse si te soy sincera. No comprendía por qué me sentía así. Él no veía nada de malo en su comportamiento.

–No hay peor ciego que el que no quiere ver –contestó Bryce.

–Así es. Él creía que comprándome cosas bonitas, teniendo una casa con todo tipo de comodidades, y haciendo reuniones con

amigos, yo tenía que ser feliz. No se daba cuenta de que a mí me habría gustado tener mis propios amigos, que me habría gustado que tuviera en cuenta mi opinión en algunas cosas. No tenía ni idea de lo ahogada que me sentía.

–Es una pena que Roger te haya arruinado las vacaciones –dijo Bryce–. Anoche empezaste a relajarte. Y hoy estás tan tensa como cuando te conocí. Has vuelto a construir una muralla a tu alrededor. Y yo estoy fuera.

Lara sonrió forzadamente.

–No ha sido mi intención. Te agradezco las molestias que te has tomado por mí. Estoy disfrutando mucho del paseo.

–¿Estás segura?

–Completamente segura.

La culpa de la tensión que se había alzado entre ellos era solo de ella, pensó Lara.

–¿Te apetece que almorcemos ya? –le preguntó él.

Lara miró a su alrededor.

–¿Dónde propones que comamos? –preguntó ella.

–Tienes dos opciones. Podemos ir a Doyles en Watson Bay… Habrás oído hablar de nuestro famoso restaurante de pescado frito con patatas fritas, ¿no es verdad? O podemos poner el ancla y comer aquí. Tengo una cesta en la cabina.

–Creo que prefiero el picnic –decidió Lara.

Ya no quería estar rodeada de gente. Estaba disfrutando mucho de la compañía de Bryce.

–¿Ya no me tienes miedo? –preguntó él, achicando los ojos.

–No debí ser tan desconfiada –sonrió Lara, a modo de disculpa–. Debí actuar de otra manera.

Y entonces Bryce sacó la cesta; había lonchas de jamón, pollo frío, ensalada y queso, con pan fresco y vino, y de postre, mango en rebanadas, plátanos, pudin y yogur de distintos gustos. Demasiadas cosas para ellos dos, pero todo delicioso.

–Esto es maravilloso –dijo ella una vez más–. Realmente me haces un honor con todo esto.

–Siempre te haría un honor si fueras mía –dijo él seriamente–. Nunca te trataría como una posesión.

La mirada de Bryce fue tan seria como sensual, y ella sintió un calor en su cuerpo. Bebió sin mirarlo.

Él rellenó sus vasos inmediatamente, y se quedaron en silencio unos minutos. Un barco pasó al lado de ellos. Sus ocupantes lo saludaron con la mano y le dijeron algo… Bryce parecía conocer a mucha gente, pero sus conocidos no se entrometieron en su intimidad.

–No pensarás volver con Roger, ¿verdad?

–¡No, por Dios! ¡Es lo último que haría!

–A veces los hombres como tu ex tienen un poder al que las mujeres no pueden resistirse.

Lara agitó la cabeza.

–Romper ese matrimonio fue lo mejor que hice en mi vida.

Bryce dijo que era hora de que se movieran y quitó el ancla, pero cuando giró la llave del motor no pasó nada. El motor rugió pero no arrancó. Él juró entre dientes.

Lara se preguntó si el motor de un barco sería como el de un coche, y luego maldijo al recordar a Roger. Siempre se mezclaba en sus pensamientos… Debía de ser por la llamada telefónica. Hasta que no llamase a su madre no sabría exactamente qué había dicho su ex marido, y no dejaría de invadir sus pensamientos.

Lara observó a Bryce mirar el motor, hurgar entre cables y plomos, y volver a intentar arrancar. Pero no hubo resultados positivos. Siguió investigando, y al final el motor arrancó.

Bryce dio un resoplido de satisfacción.

–¿Qué ocurrió?

–Creo que ha sido la bomba de gasolina. No es la primera vez que pasa. De hecho… –dejó la frase a medias.

–¿De hecho qué? –preguntó ella frunciendo el ceño.

–Creo que debería ir a la orilla y examinarla. Es mejor asegurarse y no lamentarse luego.

En la costa había lujosas casas que debían de valer millones de dólares. Tenían jardines formando terrazas que bajaban hacia la orilla del agua. Ella las había estado mirando durante el almuerzo, preguntándose qué tipo de gente las habitaría.

–No veo ningún sitio donde puedas atracar.

–Eso no es problema. Yo vivo ahí –Bryce señaló una de las elegantes mansiones.

Lara frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir con que vives allí? –ella sintió cierta

inquietud.

Él tenía que ser inmensamente rico para poder vivir en una de esas casas. Y si era así, ¿por qué no se lo había dicho? ¿Por qué no se lo había dicho Helen? Bryce la había convencido de que era un hombre en quien podía confiar. Ella había empezado a relajarse con él, a sentirse contenta en su compañía… ¡Y ahora aquello!

Bryce notó que ella cambiaba de expresión y se rio.

–Vivo en una nave remodelada, arriba del cobertizo de botes.

Lara siguió la dirección que señalaba su dedo, y entonces lo vio.

–¿Quieres decir que… alquilas la nave?

–En realidad me la dan gratis con el trabajo –contestó él.

–Debe de ser un buen trabajo –comentó ella con alivio–. ¿Qué haces ahí? ¿Tienes un puesto fijo?

–En cierto modo, sí. Pero también arreglo los barcos. Son mi pasión. El hombre este tiene una flota, y siempre me da trabajo.

–Por el momento, quieres decir –dijo ella riendo, dándose cuenta de lo equivocada que había estado al no confiar en él–. Hasta que otra cosa despierte tu interés.

–¡Qué bien me conoces! –contestó él riendo también.

–Tu jefe debe de ser terriblemente rico si vive en un lugar así.

Era la casa más grande de la zona. Y Lara se preguntó cómo sería aquel hombre del que hablaba Bryce. ¿Se le habría subido la riqueza a la cabeza?

El barco de Bryce parecía el primo pobre al lado del crucero junto al cual estaban atracando. Tal vez ni siquiera fuera suyo. Quizás también fuera del dueño de la casa. No debía de ser un ogro si además le daba la vivienda gratis a Bryce.

Bryce la ayudó a bajar del barco, y al sentir su mano, Lara sintió una oleada de deseo. Intentó no hacer caso de ella, bajó la mirada y rogó que Bryce no se hubiera dado cuenta. Sospechaba que no necesitaría que lo animasen mucho.

Cuando él la soltó, ella respiró aliviada y enfadada consigo misma por aquellos sentimientos. En realidad, él se había comportado como un caballero; no había hecho nada que estimulase aquel deseo. Entonces, ¿por qué reaccionaba ella así?

Bryce la acompañó por una escalera de madera hacia la nave.

La casa principal estaba a un lado de una colina, por encima de ellos y no se veía.

–¡Qué lugar tan bonito! –exclamó ella entusiasmada–. Tienes mucha suerte.
–A mí me gusta.
–A mí también. No me movería de aquí.
El suelo era de madera, y las paredes estaban parcialmente cubiertas de madera también. Una encimera dividía el salón de la cocina, y una escalera conducía a una especie de buhardilla donde estaba el dormitorio y el cuarto de baño. Solo el cuarto de baño tenía intimidad. Pero para un hombre solo era perfecto.
–Sírvete una copa mientras termino con el barco. No tardaré.
–¿Quieres que te ayude?
–Te ensuciarías esas hermosas manos. Mejor que no. Esto es trabajo de hombres.
Lara se puso en jarras y dijo:
–¿Y ese machismo? ¿Te olvidas de que tengo cuatro hermanos? Puedo hacer cualquier cosa que haga un hombre.
–¿De verdad? –sonrió él, divertido–. Te lo recordaré uno de estos días. Por el momento, siéntate y conserva ese aspecto tan hermoso. No tardaré.
Lara no pudo relajarse. Salió al porche y observó a Bryce.
Se quedó sin aliento. Bryce se quitó la camisa y ella se deleitó viendo sus poderosos músculos bajo aquella piel bronceada. Tenía los hombros anchos, las caderas estrechas… Era evidente que aquel hombre la excitaba, y la atraía.
Lara volvió a la habitación. Era un lugar perfecto para vivir. Tenía el suficiente espacio y a la vez no era demasiado grande como para tenerlo ordenado y limpio sin esfuerzo.
Hasta la cocina tenía todo lo indispensable.
Lara estaba tan inmersa en sus pensamientos, que no notó la presencia de Bryce hasta que en un momento dado se dio la vuelta y se chocó con él. Sintió aquellos duros músculos, el calor de su cuerpo. Volvió a sentir deseo.
Instintivamente miró a Bryce, y vio también el deseo en él.
«Apártate, si no quieres que suceda algo de lo que más tarde te arrepentirás», se dijo Lara.
Pero no podía hablar, y menos moverse.
Lo vio inclinarse hacia ella, y esperó lo inevitable.
De pronto él se apartó y con un bufido de frustración exclamó:

–¿Por qué me haces esto?

Lara se sintió confusa, agitó la cabeza y preguntó:

–¿Hacerte qué?

–Tocarme de ese modo, ¡maldita sea!

Bryce estaba excitado. Se le había acelerado el pulso.

Sabía que Lara se habría arrepentido más tarde. Tal vez se hubiera dejado llevar en aquel momento, pero ella había dejado muy claros sus sentimientos.

Si él traspasaba los límites de la amistad, la perdería para siempre. Aunque se muriese por hacer el amor con ella, estrecharla en sus brazos, y sentir aquel cuerpo maravilloso contra el suyo, tenía que tener paciencia. Aunque aquello supusiera una ducha fría cada vez que se despidiera de ella.

–No te estaba tocando –respondió ella–. No del modo como tú dices. Solo estaba tratando de recobrar el equilibrio. Eres un tonto si crees que fue otra cosa.

Ella estaba tan hermosa… con aquellos ojos azules brillantes y aquellas mejillas rojas encendidas por el enojo. Ella no lo reconocería jamás, pero aquel segundo de contacto la había turbado tanto como a él, pensó Bryce. Si él hubiera cedido a la tentación, ella le habría devuelto el beso, con la pasión que intentaba negar tan ferozmente.

Él intentó disimular su respiración agitada, intentó no mirarla, pero era como intentar retener el flujo de la marea.

–Has tardado en moverte –contestó él–. A mí me ha parecido una invitación –no era cierto, pero él no encontró otro modo de defenderse–. Si ese es el tipo de relación que quieres, ¿por qué no eres sincera contigo misma y lo admites?

Lara movió la cabeza, enfadada, y se puso de espaldas a él, con las manos apoyadas en la encimera, sin dignarse a contestarle.

Él se maldijo por su estupidez. Debía haberse apartado inmediatamente. No debía haber dado tiempo a que surgiera el deseo, aunque había sido tan inmediato, que no había tenido tiempo de reprimirlo.

–¿Está listo el barco?

¡Ella ya había tenido bastante compañía suya!

–Casi. He subido para beber algo. ¿Quieres beber algo? –Bryce abrió el frigorífico, tratando de actuar naturalmente, y sacó una lata helada.

–No, gracias –respondió ella, tensa aún.

–Bueno, aquí hay bebidas si quieres –Bryce se fue de la habitación. No podía permanecer allí, sintiendo que ella lo odiaba.

El día había empezado mal, y él culpaba a Roger por ello. Si aquel hombre no la hubiera disgustado, nada de aquello habría sucedido.

¿Por qué se habría divorciado si ahora quería que ella volviera? ¿Le habría dicho la verdad Lara? Tal vez Roger fuera un buen hombre, y fuera ella la que no había estado preparada para casarse. Tal vez Lara hubiera querido liberarse de las limitaciones que suponía su nuevo estado civil, y se hubiera arrepentido de perder su soltería. Sucedía a veces.

Bryce bebió el refresco de un trago, y tiró la lata al cubo de la basura, luego trató de concentrarse en lo que estaba haciendo. Realmente no había necesitado subir a beber algo, puesto que había bebida fría en la nevera del barco. Pero al ver cómo lo miraba Lara había sentido deseo, si bien sabía que era inútil.

Era una situación ridícula. Estaba en terreno peligroso. Ni siquiera era totalmente sincero con ella.

Quería quitársela de la cabeza, pero era imposible. El más mínimo pensamiento hacía que sus hormonas se revolucionaran. Lo mejor que podía hacer era llevarla de vuelta a casa de Helen y olvidarse de ella. No había solución posible. Aquel trato de amistad no funcionaba. Era demasiado atractiva.

Aquel último incidente se lo demostraba.

En cuanto la bomba de gasolina estuvo conectada y todo funcionó sin problemas, Bryce se lavó las manos en un grifo de fuera y luego volvió a la nave.

Lara estaba leyendo una revista. ¡Una revista de hombres! O fingía leerla. Alzó la mirada cuando apareció él.

–¿Está listo?

–Necesito una ducha –respondió él.

La ducha fría no le ayudó mucho. No le llegaba al corazón, donde la necesidad y el deseo continuaban azotándolo.

Cuando salió del cuarto de baño, con una toalla atada a la

cintura, no pudo evitar mirar hacia abajo.

Lara estaba yendo de un lado a otro de la habitación. Pero debía de haberlo oído, porque alzó la mirada y luego la desvió inmediatamente. Su expresión la delataba.

Era una pena que tuviera tanto miedo de bajar sus defensas. Una experiencia negativa no debía alejarla de los hombres el resto de su vida, pensó Bryce, mientras se secaba enérgicamente. ¿Pero qué podía hacer él?

Nada.

Tal vez fuera demasiado pronto. Tal vez debería darle tiempo para adaptarse a la situación. Un nuevo país, un nuevo hombre, debía de ser muy inquietante para ella.

El problema era que, si le daba el espacio que parecía necesitar, podría perderla. No era que la tuviera en aquel momento, pero albergaba alguna esperanza, si era capaz de tener paciencia.

Pero no hacer nada, y esperar que aquel desgraciado volviera a entrar en su vida era algo que no podía tolerar.

Debía darse prisa, pero Lara no lo dejaría.

–Vamos –dijo él, turbado por sus pensamientos.

Lara estaba enfadada consigo misma por arruinar lo que había prometido ser una amistad perfecta. ¿Por qué no se habría reído cuando se había chocado con Bryce? Habría sido una reacción natural.

Y ahora Bryce estaba enfadado con ella y el viaje de regreso sería tenso.

Bryce no jugó con el barco como lo había hecho antes. Fue un viaje tranquilo. Parecía ensimismado.

Ella debía pedirle disculpas, suponía… otra vez. Pero había sido culpa de él en parte también. Podría haberse apartado. No debía haberse quedado allí de pie, mirándola como si estuviera a punto de devorarla.

–¿Cuánto tiempo piensas estar de mal humor? –preguntó ella, malhumorada también, sin reflexionar.

–Perdóname, Lara, pero si alguien tiene la culpa aquí eres tú.

–Se ve que no se puede confiar en los hombres. Siempre piensan que ellos no han hecho nada mal.

–¿Eso crees? –él le clavó los ojos–. Analicemos la cuestión. Te chocas conmigo. Tú no te mueves. Y no obstante la culpa me la

llevo yo. ¿Cuál es la lógica?

–Me parece que lo que dices es absurdo –respondió ella, furiosa.

–Creo que deberíamos olvidarnos del tema.

–¿Cómo puedo olvidarme si tú has estado a punto de besarme? –preguntó ella agitadamente.

–¿Quieres decir que tú no querías que te besara? A mí me pareció que no era así, Lara. Creo que tú lo deseabas.

–No –contestó ella, indignada–. Estaba esperando que tú te apartases. Habría sido la reacción de un caballero.

–Me parece que estamos haciendo una montaña de un grano de arena.

De pronto, oyeron la sirena de otro barco. Lara se dio cuenta de que llevaba tocando un rato y que no se habían dado cuenta de ello. Para su horror, vio que iban directamente a embestirlo.

Bryce giró bruscamente el barco, y evitó el choque por poco.

–Ha sido culpa mía –dijo ella.

–No. Debí mirar dónde me dirigía.

–¡Dios! ¡Pensé que nos chocábamos!

–Lo esquivamos por poco. ¿Estás bien?

–Estaré bien en un momento.

–Ven aquí –dijo él.

Sin pensarlo, ella se puso a su lado, y dejó que él le rodeara los hombros con un brazo mientras conducía con la otra mano. No había sitio, y ella estaba apretada contra él. Pero, asombrosamente, no se sintió amenazada.

–Siento mucho haberte puesto en esta situación –comentó él–. No suelo ser tan poco atento…

–No ha sido solo culpa tuya –ella agitó la cabeza–. Yo empecé la discusión. Yo también lo siento.

–Acepto las disculpas –murmuró él–. ¿Qué te parece si lo olvidamos y empezamos de nuevo?

–Estupendo –contestó ella.

No quería perder su amistad. Se sentía bien con él en general. Solo cuando surgía la atracción sexual se sentía incómoda. Pero mientras evitasen esas situaciones, si era posible, no había razón por la que no pudieran ser buenos amigos.

Cuando su cuerpo dejó de temblar, él la soltó y ella volvió a su asiento, aunque le habría gustado estar un poco más de tiempo con

él. Pero habría sido peligroso, por supuesto.

–¡Qué día hemos tenido hoy! –exclamó él.

Ella no sabía si se lo decía a ella o hablaba consigo mismo.

Había sido un error estropear el placer de estar en el Puerto de Sidney. Era el puerto más hermoso del mundo.

–Espero que, pese a todo, hayas disfrutado de este día –dijo él cuando llegaron a casa de Helen.

–He disfrutado mucho. Me encanta estar en el agua.

–Entonces, debemos hacerlo otra vez.

Lara asintió.

–De acuerdo.

–Gracias por hacer de este un día especial, Lara –Bryce se inclinó hacia ella y la miró a los ojos.

Capítulo 4

LARA se alegró de que Helen no estuviera en la casa. Su cara la habría delatado.

Realmente había pensado que Bryce iba a besarla y, aunque lo había deseado, aquello habría sido un error fatal.

Había bajado del coche sin decir una palabra, y ahora estaba apoyada en la puerta, tratando de recuperar la calma. Porque, a pesar de sus intenciones, se sentía atraída por Bryce, y no estaba segura de poder controlar la situación.

Cuando oyó alejarse su coche, pudo moverse por fin.

Se quedó pensando en él. ¿Realmente la habría besado?

Era hora de llamar por teléfono a su madre.

–Mamá, soy yo.

–¡Lara! –exclamó Vera, excitada–. ¡Al fin! Pensé que no ibas a llamarme nunca.

–He estado ocupada, mamá. ¿Cómo estás? –se quedó en silencio un momento, y luego hizo la pregunta que le preocupaba–: Me ha dicho Helen que Roger te ha llamado.

–Sí –contestó su madre después de una pausa.

–¿Qué dijo exactamente? –preguntó ella, aunque sabía lo que le iba a decir su madre.

«No debiste haberte separado. Él está enamorado de ti aún. Dale otra oportunidad…», oyó las palabras de su madre en su cabeza.

–Tiene problemas.

–¿Cómo? –preguntó sorprendida.

–Lo han acusado de violación. Tú y yo sabemos que no es capaz de hacer semejante cosa, pero es lo que dice la chica. Lo va a llevar a juicio.

¡Oh! ¡Claro que Roger era capaz!, pensó Lara. Lo sabía por experiencia propia. Tal vez técnicamente él no la hubiera violado, porque estaban casados, pero él había utilizado su cuerpo cuando ella no había querido. Ella había sido muy joven e ingenua, demasiado ansiosa por salvar su matrimonio, como para hacer algo

al respecto. «Tú eres mi esposa y puedo hacer lo que quiera», había dicho. Pero su madre no sabía nada de eso. No era algo de lo que se enorgulleciera ella.

–Quiere que aportes tu testimonio para la defensa. Dice que eres la única que puede ayudarlo.

Ni loca lo haría. Si había cometido el delito, se merecía el castigo. De hecho, se alegraría de saber que lo culpaban. Era lo que se merecía, pensó Lara.

–Le he dado el teléfono de Helen.

–¿Que has hecho qué? No tienes derecho a hacerlo. No quiero que me llame aquí. Si él se ha metido en un aprieto, tiene que salir solo. Yo no puedo ayudarlo.

–Lara, es lo menos que puedes hacer.

–Tú no sabes ni la mitad de las cosas. Yo rompí el matrimonio porque… Bueno porque Roger no era el hombre que creí que era. No puedo ayudarlo. Por favor, dile que no me llame aquí.

–¿Qué es lo que me ocultas?

–No quiero hablar de ello. Digamos simplemente, que no me trató demasiado bien, y que me alegro de haberme librado de él.

Cuando Helen volvió, Lara estaba en la cama. Eran apenas las diez, pero había querido evitar las preguntas de su tía.

Afortunadamente había podido apartar el recuerdo de Roger y había podido pensar en Bryce, y en las sensaciones placenteras de aquel día con él.

Bryce la embriagaba, y sabía que tarde o temprano su amistad platónica desembocaría en algo más. Y que ninguno de los dos podría evitarlo.

Pero afortunadamente no ocurriría demasiado pronto. Ella necesitaba tiempo para hacerse a la idea, para prepararse, y decidir cómo manejar aquella historia. De momento, no estaba preparada para una relación, un poco de coqueteo sí, quizás, un beso o dos, pero nada más.

Durante el desayuno, a la mañana siguiente, Helen hizo tantas preguntas acerca del día que había pasado con Bryce, que Lara perdió la paciencia.

–¿Y cuándo va a volver a invitarte a salir?

–No tengo idea. No hemos hecho planes.

–No creo que tarde en llamarte por teléfono –sonrió Helen.

Y en ese momento justamente sonó el teléfono.

–¿Ves? Ya te lo decía yo.

El corazón de Lara se aceleró.

Pero no era Bryce.

–Era una antigua compañera del colegio –explicó Helen–. Su hija tiene intención de recorrer Australia, y me ha preguntado si podía quedarse en casa unos días. Le he dicho que sí, por supuesto. No te importa, ¿verdad? Me gusta tener la casa llena de gente joven. Realmente lamento que Tom y yo no tuviéramos niños.

–¿Por qué no tuvisteis hijos? –preguntó Lara. Era algo que se había preguntado muchas veces.

–Tom era estéril. Hablamos de adoptar, pero no era algo que realmente quisiéramos. Pensamos que nos tendríamos el uno al otro toda la vida, y que eso sería suficiente.

–Lo siento.

–No lo sientas. Soy feliz ahora, a mi modo. Pero no cometas mi error, Lara. Llena tu casa de niños.

–Cuando encuentre al hombre adecuado.

–Creo que ya lo has encontrado.

Lara no quiso contestar, ni siquiera quiso mirar a su tía. Era demasiado pronto para pensar en esas cosas.

Pero no pudo evitar excitarse cuando Bryce la llamó más tarde. Era un hombre demasiado excitante para ser un amigo.

–¿Me estás escuchando, Lara? –preguntó él.

—Sí. No. ¿Qué has dicho?

–¿He llamado en un mal momento?

–No, claro que no.

–Entonces, ¿qué me dices?

Lara no sabía de qué le estaba hablando.

–Acabo de invitarte a cenar esta noche.

–No tienes obligación de hacerlo –dijo ella inmediatamente–. Estoy segura de que hay otras cosas que prefieres hacer.

–Es una invitación para ti y para Helen.

–¡Oh!

¿Necesitaría una tercera persona para resguardarse él también?

–No me había dado cuenta de ello. Espera que se lo pregunto a

Helen.

Su tía aceptó gustosa.

–Traed vuestros trajes de baño. Tengo permiso para usar la piscina.

La casa estaba aislada de la carretera por una valla alta y portones de hierro. No se veía el cobertizo de botes más que a través de la verja. En cuanto llegaron, los portones se abrieron y apareció Bryce.

Su corazón dio un vuelco. Solo llevaba un par de shorts blancos. Aquella imagen de sus piernas bronceadas y pecho musculoso cubierto de vello era turbadora.

–Bienvenidas, me alegro de volver a veros –dijo, mirando primero a Helen y luego a Lara, como si hiciera años y no veinticuatro horas que la había visto.

Ella se volvió a su tía. Esta se llevó la mano a la boca.

–¿Qué ocurre? –preguntó Lara, ansiosa.

–¡Acabo de recordar que debía de estar en otro sitio! ¡Oh!

–Es un poco tarde ahora –señaló Lara. ¿Por qué no llamas y les explicas que…?

–No puedo. Es muy importante. Y más vale tarde que nunca. ¡No sé cómo he podido olvidarme! Bryce, querido, tienes que disculparme, ¿quieres?

Lara miró a Helen y a Bryce con desconfianza, preguntándose si aquello no lo habrían planeado.

Pero Bryce parecía sorprendido también. Aunque rápidamente pareció recuperarse y ponerse contento.

–Date prisa, Helen. Yo me ocuparé de que Lara llegue a casa sana y salva.

Cuando Helen se fue, Bryce dijo:

–Esta será una noche mejor de lo que esperaba.

Lara alzó una ceja.

–¿Sabías que Helen se echaría atrás en el último momento?

–¡Por supuesto que no lo sabía! Pero no lo siento –él la miró de arriba abajo hasta que finalmente fijó sus ojos en los de ella.

–Me quedaré con una condición –dijo ella.

–Que no te toque –suspiró él–. De acuerdo, conozco las reglas.

Bajemos y tomemos una copa.

Atravesaron la increíble mansión con sus jardines formando terrazas y su parque. No había nadie a la vista. No comprendía para qué su dueño se habría comprado una casa así si no la disfrutaba. Vio una pista de tenis, y una piscina olímpica, que tenía un aspecto muy tentador.

Bryce se detuvo allí. La terraza estaba cubierta por un toldo. Había una mesa puesta para tres personas con tres vasos azules. Al menos, demostraba que había contado con Helen.

–Tengo vino frío. ¿Quieres beber ahora o después del baño? –preguntó él, no pudiendo creer su suerte al tener a Lara para él solo.

Por un momento Bryce había pensado que Helen lo había hecho a propósito. Si así era, mejor. Y si no, daba igual, seguía siendo una ventaja.

–Creo que después –dijo Lara.

–Entonces, vamos a nadar. Hay vestuarios allí –indicó un edificio bajo. Podría ver aquellas curvas femeninas que lo volvían loco.

Jugarían en el agua. ¡La deseaba tanto…! No como un amigo, sino como amante. La deseaba como no había deseado a ninguna mujer.

–Ya llevo puesto el traje de baño –dijo ella. Y empezó a desabrocharse el vestido con timidez.

Las mujeres no solían comportarse con timidez delante de él. El cambio era refrescante.

Lo que a él le habría gustado habría sido quitarle el vestido. La sola idea lo estremecía. Lo haría lentamente, saboreando cada centímetro que quedara al descubierto. Por supuesto que sería mejor encontrarla desnuda debajo del vestido, así podría acariciar y besar todo su cuerpo.

No se había dado cuenta de que la estaba mirando con deseo hasta que Lara soltó un grito de desesperación y se dio la vuelta. ¡Maldita sea! Lo estaba haciendo fatal, reflexionó Bryce.

Se maldijo por su estupidez y se zambulló en el agua. Hizo un largo para desahogarse. Cuando sacó la cabeza, no vio a Lara por ninguna parte.

De pronto, apareció cerca de él, agitando su cabello. Lara se rio y le dijo:

–Te echo una carrera.

Él se alegró de que estuviera contenta y respondió:

–¿Quieres que te dé ventaja?

–No, en absoluto –respondió ella, desafiándolo con los ojos–. Si gano, quiero que sea justo.

No creía que Lara pudiera ganarle, pero se había olvidado de lo alta que era.

Le ganó él, pero no por mucho.

–Eres buena –comentó él con admiración.

–Nadaba en el colegio, y competía.

–Debiste elegirlo como profesión. Podrías haber representado a tu país.

Lara agitó la cabeza.

–Me gusta, sí, pero no ha sido nunca mi ambición.

–¿Entonces cuál era?

Ella no contestó. Se zambulló y luego dijo al salir:

–No tenía ninguna.

¿Qué había dicho para que ella se pusiera así? Tal vez alguien hubiera frustrado su ambición.

Bryce la dejó nadar sola mientras la admiraba.

Después de unos minutos, se unió a ella. Jugaron en el agua un rato, riendo. A él le resultaba erótico. Ella estaba muy atractiva, y él le habría hecho el amor allí mismo.

–Estoy agotada –dijo de pronto ella–. No debo de estar en forma.

O tal vez estuviera asustada, pensó Bryce. Evidentemente ella no era inmune a él. Si se lo decía, ella lo negaría. Pero se había delatado. Estaba más agitada de lo que debería estar por el ejercicio que había hecho.

–¿Puedo ducharme en algún sitio?

–Ven, te mostraré dónde –contestó él.

Ella tenía un cuerpo hermoso. Bien tonificado, delgado pero no demasiado, con las curvas necesarias. El traje de baño le hacía juego con los ojos.

Sus pensamientos eran poco decentes, tenía que admitir Bryce. No sabía cuánto tiempo más podría tener las manos lejos de ella.

Lara se sintió impresionada por los vestuarios y la ducha. Eran cuatro en total, cubiertos de azulejos turquesa. Mientras se duchaba en uno de ellos oía a Bryce en otro.

No pudo evitar imaginarse su cuerpo desnudo. Ella habría querido tocarlo, meterse en la ducha con él, acariciarlo…

Aquel pensamiento le secó la boca. Cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y dejó caer el agua en su cara.

Tenía ganas de sentir las manos de Bryce en sus pechos, apretarse contra él.

Cerró la ducha y se envolvió en una toalla.

Cuando Bryce terminó de ducharse, ya estaba vestida, al lado de la piscina. Se había hecho de noche, y las luces de la piscina se habían encendido. La atmósfera era mágica. Ella se habría quedado allí eternamente.

Aunque caminó sin hacer ruido, Lara intuyó que Bryce se estaba aproximando. Incluso se tensó pensando que la tocaría. Pero no sucedió.

–Vamos a ver cómo va la cena. ¿Tienes hambre?

No había nada en su voz que le hiciera suponer que estaba excitado, pero en el agua, ella había sentido que estaba tan excitado como ella. Suponía que debía alegrarse, pero en realidad deseó tener el mismo control que él.

Lara lo siguió. Bryce estaba cubierto apenas con una toalla. Era casi seguro que no tenía nada debajo. Ella intentó desviar la mirada de su cuerpo, pero no pudo.

–¿Puedes usar la piscina cuando quieres?

–Cuando quiera.

Lara siguió a Bryce al cobertizo de botes sin quitarle la vista de encima. La luz acentuaba sus duros músculos, resaltaba su figura, y lo hacía más deseable aún. Ella tragó saliva.

–Me gustaría que Helen tuviera una piscina.

–Puedes usar esta siempre que quieras –le ofreció él.

–Está muy lejos. En cualquier caso, no me atrevería a usarla si no estuvieras tú aquí. ¿Te imaginas si viene el dueño y me encuentra aquí?

–Estoy seguro de que estaría encantado. Además, es muy generoso y comprensivo.

Él la miró un instante. Y con eso solamente la derritió. La dejó débil, insegura, y de pronto, sin saber cómo, si se había resbalado o si perdió pie, empezó a caerse hacia adelante.

Su grito alertó a Bryce, e inmediatamente la sujetó. Pero ella cayó tan descontroladamente, que lo arrastró y lo hizo caer, y ambos rodaron un par de escalones hacia abajo y fueron a dar contra la pared que limitaba la escalinata.

–¿Estás bien? –preguntó él.

–Eso creo.

–¿Qué sucedió?

–No lo sé.

–Muchas mujeres se han abalanzado sobre mí, pero no de este modo –sonrió él.

Lara intentó levantarse, no haciendo caso al dolor que tenía en el brazo.

–Tranquila. Déjame ayudarte –dijo Bryce–. Aunque no te hayas roto nada, debes de haber forzado los músculos.

Se pusieron de pie, Bryce la sujetó. Ella sintió que su cuerpo la rozaba tentadoramente, despertando el deseo nuevamente en ella.

De pronto, cuando Lara quiso separarse de él, sintió un dolor insoportable en el brazo y gritó.

–¿Qué sucede? –preguntó él.

–Creo que me he caído encima del brazo. Me duele mucho.

–Déjame ver. No, quédate quieta. Iremos dentro. ¿Puedes caminar? ¿No te duele nada más?

–No.

Ella se sujetó el brazo herido con el sano, y Bryce le rodeó la cintura para ayudarla a caminar. A ella le gustó que la llevara de aquel modo. Valía la pena el golpe que se había dado.

Bryce abrió la puerta y la hizo sentarse en el sofá. Un olor delicioso a comida los sorprendió.

–Voy a echar un vistazo a tu brazo –dijo él.

Bryce se arrodilló enfrente de ella y examinó su brazo con delicadeza.

–¿Sabes lo que estás haciendo? –preguntó ella.

–Lo sé. Y no me gusta. Creo que te lo has roto. Tienes que hacerte una radiografía.

–¡No seas tonto! –exclamó Lara–. Debe de ser un golpe

simplemente. Me parece que me he golpeado la cadera también, pero no me la vas a examinar.

Él sonrió, y la miró.

–Lara, te llevaré al hospital, o a la consulta de un médico para confirmarlo. De un modo o de otro, terminarás en el hospital. Así que será mejor que vayas por ti misma.

–Eres un exagerado…

–No creo.

–¿Y cómo sabes lo que me he hecho? –preguntó ella.

–Porque he hecho un curso de primeros auxilios. Es algo necesario, cuando andas con los barcos. Pueden ocurrir muchos imprevistos. Créeme, Lara. No soy un paranoico.

Capítulo 5

LA radiografía confirmó que Lara tenía una fractura en la muñeca y los tendones dañados. Cuando terminaron de ponerle la escayola, era demasiado tarde para volver a su casa, así que la llevó a casa de su tía.

Helen no había vuelto todavía, por lo que Bryce la dejó en una silla en la galería, y él se puso a preparar una tortilla de champiñones, algo que Lara pudiera comer cómodamente con una mano. Lo acompañaron con pan francés y tomates de la huerta de Helen. Pusieron velas perfumadas para ahuyentar a los insectos, y si no hubiera sido por el dolor en el brazo, Lara habría disfrutado enormemente del rato aquel que compartió con Bryce.

En el hospital, Bryce se había comportado como el amigo que quería ser. No había habido ningún malentendido ni ningún avance que la hubiera hecho sentir incómoda. En todo caso, había sido ella la que hubiera querido más.

–No es la comida que había planeado que comiéramos… –dijo él sirviéndole vino.

Pero estaba deliciosa.

–Siento haber estropeado la noche. Te has tomado tantas molestias, que me siento fatal…

–No te preocupes. Puedo congelar la comida. Vas a tener que volver otro día para comer conmigo.

–Si es comida que necesite cuchillo y tenedor, no podré hacerlo.

–Te lo cortaré en trocitos, y te daré de comer uno a uno, mirándote a esos hermosos ojos –respondió él con una mirada pícara. Luego asintió para sí mismo, imaginándose la escena, y agregó–: Sí. Será muy placentero. Un buen juego.

Sus pupilas se dilataron al mirarla, y Lara sintió que aumentaban sus pulsaciones.

De pronto sonó el teléfono, y Lara le pidió que contestase.

Mientras tanto, ella se preguntó cuál sería el resultado de su relación con Bryce. De una cosa estaba segura, no podía fingir

indiferencia por mucho más tiempo.

Había habido chispas de atracción desde el comienzo, a lo que ella no había querido dar importancia, pero esa atracción había aumentado, y ella temía que cualquier día de aquellos ascendiera hasta límites en que ninguno de los dos pudiera hacer nada.

Aunque no hacía demasiado tiempo que lo conocía, Lara había empezado a confiar en Bryce. Se sentía atraído por ella, sin duda, pero respetaba sus deseos. Hacía un gran esfuerzo por ocultar sus sentimientos, y lo admiraba por ello.

–Era Helen –dijo Bryce cuando volvió del teléfono.

Lara miró a Bryce alzando la ceja.

–No va a volver esta noche.

Lara se quedó con la boca abierta.

–¿Por qué? –preguntó.

–Dijo algo así como que no había terminado de arreglar un asunto y que tenía que solucionarlo por la mañana.

Lara frunció el ceño.

–¿Qué asunto? –¿a qué estaba jugando su tía?, se preguntó Lara.

–No tengo ni idea. Pero cuando le conté lo que te había ocurrido en el brazo, se alegró de que estuviera contigo. Y me pidió que me quedase por la noche.

Lara sintió una punzada de pánico. Bryce en la misma casa, durmiendo en la habitación de al lado… Sentía miedo y excitación a la vez.

–¿Te lo ha pedido o lo has sugerido tú? –preguntó Lara.

–¿Y eso qué importa? –respondió él alzando los hombros brevemente.

–No te necesito, Bryce. Puedo arreglármelas sola.

–Por supuesto. Pero podrías darme el capricho, por si acaso.

–No quiero darte el capricho –contestó ella. Se sentía atrapada.

Se sintió manipulada, y eso no le gustó. De hecho, habría apostado a que su tía se había quedado fuera de casa a propósito. Tal vez hubiera llamado para decir que llegaría tarde, pero al encontrarse con Bryce al teléfono, después de oír lo del incidente del brazo, hubiera decidido no dejar pasar la oportunidad.

–¡Qué pena! Porque, quieras o no, voy a quedarme a pasar la noche.

Lara se sintió manejada por su tía y por Bryce.

¿Por qué no la dejaban decidir a ella?

Lara terminó de comer en silencio, consciente de que Bryce la estaba observando, y maquinando cosas probablemente. Su tía y él se habían aprovechado de la fractura de su brazo, si bien no podía culparlos por aquel accidente.

–Pondré esto en el lavaplatos –dijo él cuando terminaron de comer–. ¿Hay algo que pueda ofrecerte? ¿Vino? ¿Café?

Lara agitó la cabeza.

–No, gracias, nada más. Lo que me gustaría realmente sería que me dejaran sola, pero supongo que no hay ninguna posibilidad.

–No. Me necesitas, Lara, aunque no te des cuenta. No tardaré.

Lara apoyó la cabeza en la silla y cerró los ojos. No tendría modo de liberarse de aquella situación, así que lo mejor sería pasarlo lo mejor posible. Lo peor que podría suceder sería que Bryce quisiera aprovecharse de la situación… Aunque hasta ahora no lo había hecho, así que tal vez tampoco lo intentase aquella noche.

En realidad, para ser sincera, de lo que tenía miedo era de sí misma. Eran sus sentimientos los que le provocaban temor. Bryce no haría nada contra los deseos de ella.

Estaba a salvo.

–Todo listo –Bryce se sentó al lado de Lara–. Pareces cansada, Lara. ¿Quieres irte a la cama?

–Estoy cansada, después de nadar tanto… Y luego, todo ese tiempo en el hospital…

–Yo también estoy cansado. Creo que deberíamos acostarnos –miró su reloj–. No me extraña, son casi las doce de la noche –se puso de pie y extendió la mano.

–Puedo sola –dijo ella, presa del pánico.

–Sí, seguro que puedes –sonrió él–. Pero yo soy un caballero y quiero ayudarte.

No podía rechazar semejante caballerosidad, pensó ella.

Bryce se aseguró de que las puertas y las ventanas estuvieran cerradas antes de acompañarla por el pasillo que conducía a los dormitorios.

La habitación de Helen tenía un cuarto de baño privado. Las otras compartían el cuarto de baño.

Lara se detuvo en la segunda puerta.

–Esta es la mía. Buenas noches, Bryce. Gracias por cuidarme.

Él la miró como si no quisiera dejarla.

–Estoy bien, Bryce –dijo ella.

–¿Estás segura?

–Sí.

Bryce tomó su cara entre las manos y le dio un suave beso en los labios. Fue un beso amistoso, sin embargo Lara se encendió con él. Tragó saliva e intentó fingir que no la había afectado, pero el modo torpe en que entró en su habitación debía de haberla delatado.

No le importaba, él no debía haber hecho eso. Sobre todo porque estaban solos en la casa.

Lara se quedó escuchando sus movimientos, y solo cuando dejó de oírlos, se relajó.

Pero no se había dado cuenta de lo difícil que era arreglárselas con una sola mano. La escayola le llegaba casi hasta la punta de los dedos, y se los inutilizaba.

Cuando estuvo segura de que Bryce no estaba usando el cuarto de baño, recogió sus cosas de aseo y se dirigió a él.

Le costó mucho esfuerzo cepillarse los dientes.

Cuando volvió al dormitorio, intentó desabrocharse los botones de su vestido, lo que le resultó imposible. La prenda era demasiado ajustada como para quitársela sin desabrochar los botones.

Bryce pareció intuir lo que le ocurría, golpeó la puerta y preguntó:

–¿Te las arreglas bien? ¿Quieres que te ayude en algo?

Antes de que pudiera contestar, él abrió la puerta y entró.

Bryce había querido desabrochar esos botones desde el principio. Un vestido abierto con botones hasta abajo, despertaba las fantasías de cualquier hombre.

Él se había imaginado que a Lara iba a costarle desabrochárselos, y al parecer, su intervención había sido muy oportuna.

¡Y ella lo sabía!

Por la expresión de su cara, parecía disgustarle que él tuviera que desvestirla. Pero él sabía que había que tratarla con delicadeza y cuidado.

–Déjame a mí –dijo Bryce.

Lara se apartó nerviosa. Bryce pensó que no iba a dejar que la ayudara. Pero luego Lara pareció relajarse un poco y entregarse a él en la confianza de que estaría segura en sus manos, y de que, si no lo dejaba, tendría que dormir vestida.

–Es incómodo, ¿no? –sonrió ella–. Uno no se da cuenta de cuánto necesita las dos manos. Hay muchas cosas que no puedo hacer.

–Estoy a tu servicio, mi querida dama –contestó él con una reverencia en broma.

–¿Durante seis semanas, más o menos?

–Si ese es tu deseo, puedo arreglar mis horarios para…

–No seas tonto, Bryce –lo interrumpió inmediatamente–. Tía Helen me ayudará. Me gustaría que estuviera aquí ahora.

–¿Todavía no confías en mí? –preguntó él con cierta tristeza.

No estaba acostumbrado a que lo mantuvieran a distancia, y menos cuando él la amaba tanto.

¡Amarla! Estuvo a punto de caerse de espaldas del shock. ¿Cómo se le había ocurrido aquel pensamiento? ¿Sería verdad? Pensaba mucho en ella, sí. La deseaba locamente, quería pasar más y más tiempo con ella. Pero, ¿amarla?

Tal vez fuera porque Lara era muy distinta a otras chicas que había conocido. Ninguna de las novias que había tenido habían intentado disimular su interés. Lara era diferente. A veces le resultaba frustrante, pero algo hacía que insistiera. ¿Sería amor ese algo? ¿Habría ocurrido tan deprisa que no se había dado cuenta?

–Confío en ti, Bryce –oyó decir a Lara–. Solo que es un poco desconcertante tener que pedirte que me desvistas.

–Puedes fingir que soy… tu hermano –él le había visto un gesto de disgusto al verla adivinar lo que él había estado a punto de decir, y había cambiado de palabra en el momento.

–No me imagino a ninguno de mis hermanos haciendo esto. Pero, sí, puedo aceptar tu ayuda. Este debe de ser el peor vestido que tengo para ponérmelo y quitármelo con facilidad.

Bryce se reprimió las ganas de tomarla en sus brazos. Era tan deseable, tan femenina… Tan adorable… ¿Cómo no iba a amarla?

Los botones eran pequeños, los ojales muy justos, y sus grandes dedos, torpes. Y el estar cerca de Lara no le facilitaba la tarea tampoco. Era una prueba para su concentración.

Cuando los primeros botones estuvieron desabrochados, vio su piel blanca, y vislumbró sus pechos, y el delicado encaje de su sujetador. Tuvo que reprimir las ganas de tocarla, de quitarle el vestido y adorar su desnudez.

Tuvo que hacer un terrible esfuerzo para fingir que no estaba alterado. Y cuando llevaba desabrochados varios botones, ya no pudo disimular más.

–Gracias, Bryce –la oyó decir.

Le pareció percibir un cierto temblor en su voz antes de sujetarse el vestido para que no cayera al suelo. Él sabía que era mejor no atreverse a mirarla, por si a sus ojos asomaba el desesperado deseo.

Sin poder evitarlo, sus dedos tocaron las provocativas curvas de sus pechos, y los acariciaron. No podía dejar de mirarla. Tenía la boca seca. Se sentía como un adolescente frente a su primera experiencia con una chica, un poco torpe, dudoso, con miedo de hacer el ridículo.

Pero al ver que ella no se apartaba, Bryce se animó a tomar uno de sus pechos en la palma de su mano. Acarició su pezón con el pulgar. No pudo evitar gemir, como un animal herido. Cuando oyó a Lara gemir también, finalmente la miró. Vio el mismo ardor en sus ojos.

Él pensó que ella se apartaría, pero no fue así, sino que arqueó el cuello, lo que hizo que sus pechos se apretasen más contra su palma. Bryce no pudo más y le quitó el sujetador con un solo movimiento, y, durante un momento, se quedó maravillado, viendo su desnudez, sus pechos duros, sus pezones rosados… ¡Eran tan hermosos, tan perfectos, tan tentadores! ¡Tan deseables!

Sin siquiera detenerse a pensar si podía rechazarlo, si aquello era indecente, o si aquello iba a terminar con una amistad platónica, Bryce bajó la cabeza y succionó hambrientamente un pezón, luego el otro. Fue como beber el néctar de la vida. Ella tenía el sabor de una fruta exótica. Ninguna mujer lo había excitado tanto.

Y eso debía de ser, pensó, porque nunca había amado verdaderamente a una mujer.

¡Cómo deseaba contarle a Lara que la amaba! Pero no podía hacerlo hasta que ella no se olvidara de su pasado y aceptase que él

era diferente. Aquel momento era un poco especial. Tal vez las circunstancias le hicieran sentir gratitud hacia él, y eso le permitiese bajar sus defensas.

–¡Eres tan hermosa, Lara! –murmuró él contra su pecho–. ¡Me siento tan afortunado por haberte conocido!

Ella suspiró como respuesta.

Animado por su reacción, Bryce mordió suavemente uno de sus pezones. Ella se retorció de placer. Él alzó la cabeza para mirarla. Sus ojos habían cambiado, de azul cobalto a azul marino, había echado la cabeza hacia atrás, y tenía los labios entreabiertos. Bryce gimió, y le dio diminutos besos. Luego mordió su labio inferior, y penetró su boca con la lengua.

Cuando ella, tímidamente, cautelosa, lo tocó con su lengua, él creyó volverse loco de placer. Estaba a punto de perder el control. Había deseado tanto besarla, y había temido tanto su rechazo… Y ahora, ella lo invitaba…

Sus lenguas se encontraron. Él la exploró, la saboreó, y se deleitó en su beso. Pero en el fondo de su mente sabía que no debía ir demasiado lejos tan pronto, porque podría perderla.

Aquel era un momento especial para saborearlo y disfrutarlo, pero debía apartarse de Lara.

Como si hubiera escuchado sus pensamientos, Lara se separó de él lentamente. Pero solo apartó su boca, no su cuerpo. Apoyó su cabeza en el hombro de Bryce y se quedó un momento en sus brazos.

Él tuvo la sensación de que eran dos almas gemelas, como si lo que le hubiera faltado en todos esos años fuera aquello.

Se preguntó si Lara sentiría lo mismo.

No debía presionarla más. Lo sabía.

Entonces, reacio, la soltó y se apartó un paso.

–¿Puedes seguir sola ahora? –preguntó con la voz aún llena de deseo.

Lara asintió tímidamente. Su vestido había caído a sus pies, y lo único que la cubría eran unas braguitas blancas. Pero no intentó tapar su cuerpo, por increíble que pareciera. Se quedó allí, de pie. Él la miró a los ojos.

–Buenas noches, entonces. Sabes dónde estoy, si necesitas algo. Golpea la pared, simplemente.

–Lo haré –contestó ella.

Con un gran esfuerzo, Bryce se dirigió a la puerta. Cuando llegó, no pudo evitar volver a mirarla.

–¿Estás bien? –le preguntó.

Lara asintió simplemente. Pareció decirle «Vete».

Él cerró la puerta y se quedó de pie un momento, en silencio. Sabía que ella podría arreglárselas sola. Pero quería estar a mano por si lo necesitaba. Él sabía por experiencia, lo incómodo que podía ser tener el brazo con una escayola. De adolescente se había roto el brazo más de una vez jugando al fútbol.

Oyó pequeños ruidos. Seguramente Lara se estaría preparando para acostarse. Se excitaba de solo pensar en ella.

Bryce agitó la cabeza y por fin abrió la puerta de su habitación.

Lara se despertó por la noche. Había sido un ruido, como si alguien hubiera intentado abrir la puerta. Ella gritó, alarmada.

–¿Qué sucede? –Bryce apareció al instante.

–He oído un ruido, como una puerta golpeándose, y luego un cristal roto.

Bryce se rio.

–No ha entrado nadie. He sido yo. No podía dormir. Y he estado sentado en la galería con un vaso de whisky. He sido yo quien ha hecho ruido al entrar. Una corriente de aire golpeó la puerta, y en mi apuro por sujetarla para que dejase de hacer ruido, he roto un vaso.

Lara se sintió tonta.

–Tú no tenías por qué saberlo. Yo no debí ser tan torpe. Helen se enfadará conmigo cuando se entere de que le he roto un vaso.

Helen jamás se enfadaría con Bryce. A ella le gustaba. Y más le gustaría si se convertía en novio de ella.

Ella había tardado un buen rato en dormirse. Se había quedado confusa. ¿Qué le había sucedido? ¿Por qué le había permitido que la tocase tan íntimamente?

La respuesta era muy sencilla. Porque había querido que lo hiciera. Incluso se lo había imaginado haciéndole el amor.

Desde el mismo momento en que había tenido problemas para desabrocharse el vestido había empezado a fantasear con que lo

hiciera él.

Y de no ser porque él había parado, ella no habría sido capaz de detenerlo.

No estaba enamorada. Pero él era un hombre atractivo, sensual. Sus caricias, sus besos, la habían enloquecido. Y se había quedado echada en la cama, deseando más.

–Estás muy callada, Lara. ¿Estás agitada aún?

«Sí. No por el susto, sino porque no dejas de excitar mis instintos. Te quiero en mi cama. Quiero que me hagas el amor. Quiero sentirte dentro de mí. Quiero torturarte del mismo modo que tú me torturas», pensó ella.

–Tenía una pesadilla –dijo Lara, sin embargo–. Estaba caminando por la orilla del mar. La playa estaba desierta, y yo caminaba y caminaba y oía el ruido de las olas. De pronto oí otro ruido también. Me di la vuelta porque pensé que alguien me estaba siguiendo… –balbuceó–. Me parecieron pasos… Pero no eran pasos, era el latido de mi corazón… Y luego oí el ruido del cristal roto. El resto ya lo sabes.

–He sido yo, que estaba caminando de un lado a otro de la galería. He intentado no hacer ruido, pero en el silencio de la noche todo se oye más.

Lara se preguntó si sería ella la causa de que Bryce no hubiera podido dormir.

Ambos se habían ido a dormir excitados e inquietos. Pero mientras que ella se había dormido, Bryce se había pasado la noche caminando de un lado a otro.

–¿Crees que podrás dormirte ahora? –preguntó ella.

–Estoy desvelado. ¿Quieres que prepare algo caliente?

Lara asintió.

–Creo que a mí también me apetece sentarme en la galería, al fresco –dijo Lara.

Se sentaron allí y conversaron de muchas cosas. Lara se sintió cómoda en su presencia. Juntos vieron cambiar el color del cielo, de negro a gris, de gris a azul, hasta verlo estallar de luz cuando salió el sol. Era espectacular.

Siempre recordaría aquel momento.

Y se alegró de haberlo compartido con Bryce.

Era un nuevo día. Un nuevo comienzo, incluso tal vez el

comienzo de una nueva relación, más comprometida y profunda.

Estaba segura de que para él también aquello había tenido mucha importancia.

Bryce le tomó la mano y la apretó. Ella pensó que iba a decir algo, pero no lo hizo. La miró a los ojos y acercó su cabeza hacia ella. Lara supuso que iba a besarla, pero no fue así.

Finalmente la soltó y se puso de pie.

–Voy a ducharme –comentó.

¿Lo haría para enfriar su ardor?, se preguntó Lara.

–Yo también. Pero no puedo mojarme la escayola –contestó ella.

–Entonces, veremos cómo hacemos. Quédate aquí –le dijo Bryce.

Volvió con una bolsa de plástico y una goma para sujetarla a su brazo.

–Es una suerte que Helen no tire nada –comentó Bryce–. Ven, dúchate tú primero.

¿Estaría pensando en verla ducharse, volver a ayudarla a desvestirse?

Ella se puso nerviosa.

–Puedo hacerlo sola –dijo, alarmada.

–Por supuesto que sí. Pero me gustaría cerca por si me necesitas. ¿Hay algún problema?

–Supongo que no.

Ella se las ingenió para quitarse el vestido y se envolvió en una toalla, pero fue un gran esfuerzo. No debía haber tenido vergüenza de pedirle ayuda a Bryce. Él era un hombre de honor, y no intentaría tocarla si ella no quería.

Cuando ella abrió la puerta del cuarto de baño, lo encontró fuera.

–¿Estás lista para que te ponga el protector de plástico?

–Mmmm… Sí.

Lo dejó envolver su brazo con el plástico. Y cuando terminó, Lara se preguntó cómo haría para ducharse con una sola mano.

–Puedo ayudarte si quieres –dijo él, leyendo sus pensamientos.

Lara asintió.

–Podemos ducharnos juntos. Te prometo ser un buen chico.

Pero ¿podría prometer lo mismo ella?, se preguntó Lara.

Capítulo 6

HOLA, ya estoy en casa –saludó Helen alegremente.

Lara y Bryce estaban sentados en la galería, que a esa hora de la mañana estaba en sombra.

–Estamos aquí fuera –gritó Bryce.

Lara lo miró y se lamentó de que no pudieran seguir estando solos.

Bryce también sonrió, hizo un gesto de pesadumbre, y quitó el brazo que rodeaba los hombros de Lara antes de que Helen llegase a la galería.

Pero a Helen no la engañaron. Esta miró a uno y a otro alternativamente, notó el gesto de disimulo en ellos, y sonrió complacida.

–Siento haberte dejado en la estacada, Lara. Me alegro de que Bryce estuviera aquí cuando llamé por teléfono. ¿Cómo está tu brazo?

–Bien, gracias. Apenas me duele ahora.

¿O sería porque tenía otras cosas que ocupaban su mente?, pensó Lara.

Bryce se puso de pie de un salto y cedió el asiento a Helen:

–Siéntate, Helen. Lara está deseando que le cuentes dónde has estado. Yo iré a preparar algo de beber. ¿Qué queréis, café, limonada?

–Limonada –dijeron Lara y Helen al unísono.

–Actúas como si te sintieras culpable de algo –dijo Helen en cuanto Bryce desapareció de escena–. Una buena noche, ¿verdad? –Helen alzó una ceja y sonrió.

–Si lo que quieres saber es si me he acostado con Bryce, la respuesta es no. No dejes correr la imaginación.

–Algo ocurrió –dijo Helen–. Tendría que estar ciega para no ver el cambio en vosotros dos. Pero no me inmiscuiré en tus cosas.

–Dime, tía Helen. ¿Has dormido fuera de casa deliberadamente anoche?

–¿Para qué iba a hacerlo? –contestó Helen con exagerada inocencia, pensó Lara–. Ha ocurrido lo que le he dicho a Bryce por teléfono. La reunión de negocios continuó hasta más tarde de lo que esperaba.

–¿Qué reunión de negocios? –preguntó Lara, sorprendida.

–La de los accionistas. Cuando murió Tom, vendí su empresa, pero aún tengo inversiones en ella. Me gusta controlarlas yo misma.

Aunque sonaba posible, Lara no quedó completamente convencida de que su tía no hubiera dormido fuera de casa a propósito.

–Debe de haber sido una reunión interminable. Y es raro que hagáis reuniones por la noche.

Helen se encogió de hombros.

–Nos gusta hacerlo así. Es más sociable. Pero la cena se retrasó por alguna razón. Problemas en la cocina, creo. Creí que no te importaría, sobre todo cuando me enteré de que Bryce estaba contigo. Claro que no te habría dejado sola sabiendo que te habías hecho daño. Me acuerdo que una vez Bryce me cuidó cuando me torcí un tobillo. Es muy eficiente en las emergencias.

Lara se sonrió. La definición de su tía de «eficiente» sería muy diferente a la suya. Seguramente no habría ayudado a Helen a que se duchase. Lara no sabía por qué había dejado que lo hiciera, pero se había transformado en la experiencia más sensual de su vida.

Élla había enjabonado y luego había sido ella quien lo había enjabonado. Él la había tocado en los sitios más íntimos. Ella había dudado al principio y luego lo había tocado por fin. Habían terminado haciendo el amor allí mismo, en la ducha.

El cuerpo de Lara se estremeció al recordar el momento de máximo placer. Todo su cuerpo se había convulsionado con aquella intensa sensación. Se había visto envuelta en una interminable oleada de placer. Nunca le había sucedido nada así.

–Tienes razón, Bryce es eficiente en las emergencias –respondió Lara–. No sé qué habría hecho sin él.

Bryce volvió con la limonada. El solo mirarlo la hacía estremecer.

Bryce sonrió y dejó su vaso frente a ella. Era una sonrisa íntima, que sugería secretos compartidos, y felicidad.

Helen los miró, pero no dijo nada, aunque Lara notó un

asentimiento de aprobación.

Más tarde, cuando Bryce se fue a trabajar, su tía le dijo:

–Me alegra ver que os lleváis tan bien al final. Es lo que esperé desde el primer momento. Jamás he visto a dos personas tan enamoradas como a ti y a Bryce.

–¿Enamorados? –repitió Lara–. Yo no iría tan lejos.

Helen agitó la cabeza.

–Tal vez tú no lo sepas todavía, o quizás no quieras admitirlo, pero, créeme, es más claro que el agua.

¿Lo amaba?, se preguntó Lara cuando Helen entró en la casa para cambiarse de ropa. ¿Tendría razón su tía?

¿O era solo deseo lo que sentía? Bryce era atractivo, divertido, y era ciertamente un magnífico amante. Ella había disfrutado con él como jamás lo había hecho. Pero, ¿amor? ¿Compromiso? ¿Querría ella ir tan lejos?

Más tarde, cuando Lara recibió una llamada de Roger, se dio cuenta de que hacía bien en ser precavida. Roger había cambiado totalmente cuando se habían casado, y ella no tenía la prueba de que Bryce no fuera a hacer lo mismo. Ella tenía amigas que se quejaban de lo mismo, de que sus maridos habían cambiado. Era mejor no acercarse tanto a Bryce, aunque fuera un estupendo amante.

–Hola, Lara, soy yo.

–¿Qué quieres?

–¿Te parece manera de saludar a un marido?

–A un ex marido –le recordó ella.

–Lo que sea. Necesito tu ayuda.

–Eso me han dicho. Pero si tú te has metido en problemas, no seré yo quien los solucione. Si ese es el motivo por el que me llamas, entonces, adiós, Roger.

–Espera, Lara –le ordenó–. Tú no conoces toda la historia.

–No quiero conocerla. Tú ya no eres parte de mi vida y mi madre no debería haberte dado este teléfono.

–Por favor, escúchame.

Lara suspiró y se quedó callada.

–Mi nueva novia me ha acusado de violación. Y me va a llevar a los tribunales.

Así que se trataba de su nueva chica.

–¿Qué quieres que haga al respecto? –preguntó ella bruscamente.

–Quiero que des referencias sobre mi personalidad.

Lara reprimió una amarga risa. Le había hecho a esa chica lo mismo que le había hecho a ella. Solo que la chica había tenido más agallas que ella. Lara había pensado que Roger se había sentido en el derecho de tratarla como una posesión suya por haberle dado una casa hermosa y una vida sin preocupaciones económicas, pero se había equivocado.

–No puedo hacer eso, Roger. Sé lo que siente esa chica. Tú me has hecho lo mismo a mí. ¿Y sabes una cosa? Espero que te declaren culpable. Así, tal vez aprendas –dijo Lara, y colgó.

Se quedó temblando. Al verla, su tía le sirvió un coñac y le dijo que se lo bebiera.

–Es un cerdo –comentó Lara.

–De primer orden –asintió su tía después de que Lara le contase la historia–. Es una suerte que te hayas librado de él.

–¿Crees que no volverá a molestarme?

–Si lo hace, tendrá que vérselas conmigo o con Bryce. Es un desgraciado. Has hecho bien en no aceptar dar buenas referencias.

Bryce volvió por la noche. Helen lo hizo pasar y luego desapareció. Lara estaba con sueño después de la noche sin dormir que habían pasado. Bryce, en cambio, estaba tan fresco, como si acabase de levantarse: recién afeitado, el pelo limpio y peinado, la ropa limpia y planchada.

El corazón de Lara se aceleró al verlo.

–¿Cómo estás? –Bryce se inclinó y la besó en la frente–. ¿Cómo está tu brazo?

–Estoy bien, tratando de acostumbrarme, gracias –ella le habría dado un beso en la boca.

–Pareces cansada. ¿Quieres que me vaya?

–No. Esperaba que vinieras.

–No iba a faltar de ninguna manera. Me gustaría haber podido venir antes, pero tenía mucho trabajo atrasado.

–No te he dejado trabajar –dijo ella, apenada.

–Ha sido un placer.

–¿El esperar en un hospital? –preguntó ella alzando una ceja.

–Hasta eso tuvo su parte buena. Pero no estaba hablando de eso,

como tú bien sabes. ¿Te arrepientes de que ocurrió?

Lara agitó la cabeza y sonrió.

–No. ¿Y tú?

–No estaría aquí si así fuera –declaró él dulcemente, y la besó.

Luego se sentó al lado de ella en el sillón y la besó apasionadamente. Ella se apretó contra él.

Fue un beso interminable, excitante, estremecedor, lleno de pasión y tensión, porque ambos sabían que Helen andaba por allí.

–Me hacía falta –dijo él cuando la soltó finalmente.

–A mí también –dijo Lara.

El beso le había dado vida. Ahora el sueño parecía haber desaparecido.

–¿Cuánto tiempo puedes quedarte? –preguntó ella.

–Todo el tiempo que quieras.

–Anoche no has dormido nada.

–No me hace falta.

–¡Muy macho! Te quedarás dormido en el trabajo. Deberías irte.

–Después de que esté un rato contigo.

–Es tarde, son casi las diez.

–Podemos irnos a la cama.

–¿Y dejar a Helen con la boca abierta?

–¿Eso crees? Estará encantada. Ella quiere que estemos juntos.

–Lo sé.

–¿Sospecha algo? –preguntó Bryce.

–Sí.

–Entonces, no tenemos nada de qué preocuparnos –Bryce la volvió a besar.

Una vez más la excitó. Ella rozó su cuerpo contra el de él, demostrándole su deseo.

Lara sintió decepción cuando vio entrar a Helen, pero no se separaron inmediatamente, con culpabilidad, puesto que no tenía sentido ya. Pero las palabras que pronunció su tía entonces arruinaron el momento por completo.

–¿Le has contado a Bryce lo de Roger?

Ella no quería hablar de su ex. Tenía ganas de saborear sus sentimientos, quería irse a la cama sintiendo aún el abrazo de Bryce y sus besos.

–¿Vas a volver con él? –preguntó Bryce con tono grave.

–Por supuesto que no. Mi madre no conoce la historia.

–Hoy ha llamado a Lara. Su novia lo ha acusado de violación –dijo Helen, incapaz de callarse–. Quiere que Lara testifique a su favor en el juicio.

–Le he dicho que desaparezca de mi vida –agregó Lara rápidamente antes de que Bryce pudiera sacar cualquier conclusión equivocada.

Bryce pareció relajarse.

–¿Crees que te hará caso? ¿Que no te volverá a llamar? Si es así, yo… –empezó a decir él.

Lara agitó la cabeza.

–Estoy segura de que lo ha comprendido bien.

–Y si no lo ha comprendido, tendrá que vérselas conmigo. No permitiré que moleste a Lara –comentó su tía.

–Y si yo estoy aquí, tendrá que enfrentarse a mí también –dijo Bryce–. ¿Quieres que vaya allí y me ocupe de él? –se puso de pie, con los puños apretados.

Lara se sintió halagada, pero era un problema suyo. Y era ella quien tenía que solucionarlo.

–No hará falta que os molestéis. Puedo arreglármelas sola.

–No tiene derecho a molestarte –declaró Bryce vehementemente–. Me gustaría decírselo a la cara, y si hiciera falta, me enfrentaría a él físicamente.

–Bryce, la violencia no arregla nada. Esperemos que Lara tenga razón y que no vuelva a aparecer.

Y pareció ser así. En los días siguientes no hubo más llamadas de Roger. Lara y Bryce pasaron todo el tiempo que pudieron juntos, y algunas veces incluso él la convenció de que pasara la noche en su casa. Fueron días muy felices.

La hija de la amiga de Helen llegó por fin. Se llamaba Charlie Rowan. Era rubia y de pelo corto, delgada y de aspecto algo andrógino, pero con unos ojos verdes muy bonitos.

Lara la conocía porque había ido a su mismo colegio. Era varios años menor que ella. Había sido una muchacha poco femenina, que se metía en problemas a menudo, y la conocían en todo el colegio por su comportamiento un poco rebelde.

–¡Qué pequeño es el mundo! –exclamó Charlie cuando Helen le presentó a Lara–. Fuimos al mismo colegio –agregó, dirigiéndose a

Helen.

–¡Qué gracioso! No sabía que os conocierais. Tendréis mucho de qué hablar –dijo Helen.

Lara no tenía interés en charlar con Charlie. Nunca le había caído bien, y no tenían nada en común. Pero fue amable, por su tía.

Aquella noche, cuando Bryce fue a recogerla, Lara le presentó a Charlie. La chica lo miró y desde entonces no le quitó la vista de encima. A Lara no le sorprendió, puesto que Bryce era muy atractivo, un imán para cualquier mujer.

Afortunadamente, Bryce no pareció notarlo. Llevó a Lara a su restaurante favorito a comer mariscos. Parecía un poco nervioso, algo extraño en él. Al final de la noche ella se dio cuenta del motivo.

Bryce le dio un beso en la mano y le dijo:

–Lara, sé lo que sientes, y que no quieres comprometerte con ningún hombre, pero no puedo esperar más. ¿Me harías el honor de ser mi esposa?

Lara se quedó sorprendida, puesto que en ningún momento habían hablado de amor. Ella sabía que la relación iba profundizándose, pero ¿matrimonio? No podía aceptar. Aún no. No estaba preparada.

«¿Por qué no estás preparada?», se preguntó Lara. Necesitaba más tiempo.

¿Tiempo para qué? Para estar segura de que era el hombre adecuado. «¡Excusas!», pensó. No encontraría a nadie más considerado y cariñoso que Bryce. Y ella ya estaba casi enamorada de él. Entonces, ¿qué le pasaba?

–Me he precipitado, ¿verdad? Lo siento, olvídalo. Todavía no estás preparada para creer en mí, ¿no es cierto? Lo comprendo. No debí precipitarme. Lo que pasa es que en lo que a ti concierne, no tengo paciencia. Te quiero ahora, Lara. En mi cama todas las noches. Te quiero a mi lado. Quiero… todo…

–Lo siento –susurró ella–. Estoy cambiando, de verdad. Si pudieras tener paciencia y esperar un poco más de tiempo…

–Por supuesto… Vámonos –dijo Bryce.

No la llevó directamente a casa.

Caminaron por el puerto. La noche era mágica. Había otros amantes disfrutando de ella y cenando al aire libre. La luna se

reflejaba en el mar y lo iluminaba. Sonaba música a lo lejos…

Se quedaron en silencio, sumidos en sus pensamientos. Ella le tomó la mano y le dijo:

–Te prometo no hacerte esperar demasiado.

–Jamás te haría daño. Lo sabes, ¿verdad? Jamás te haría infeliz.

Lara asintió.

–No puedo evitar ser como soy. Me han hecho daño, y mi reacción ha sido esta –le explicó Lara.

–Sí.

–Espero no haber estropeado lo nuestro –ella lo vio tan callado que tuvo miedo de que lo hubiera ahuyentado totalmente.

Él suspiró profundamente y la obligó a mirarlo.

–Soy yo quien ha arruinado todo. Debí tener más paciencia. Perdóname, Lara.

–No hay nada que perdonar –ella alzó la cara y él la besó

Fue un beso apasionado, profundo, que la dejó sin aliento.

Ella volvió a preguntarse por qué hacía esperar a aquel hombre perfecto.

Tal vez fuera demasiado pronto después de su traumático divorcio.

Al día siguiente, Bryce no fue a verla. Ella temió que, a pesar de sus palabras, estuviera ofendido y hubiera decidido que estaba mejor sin ella.

Al día siguiente, Lara y Charlie fueron en tren a Sidney. Tomaron el ferry a Manly, pero no fue tan excitante como una salida con Bryce. Cuando Charlie decidió ir a nadar, Lara se quedó sentada, mirando.

Se alegró de regresar a casa, y más contenta se puso aún cuando vio aparecer a Bryce, lleno de disculpas por su ausencia.

–Tuve mucho trabajo –dijo él y le dio un beso cálido y posesivo que la tranquilizó.

Los temores de Lara desaparecieron.

–No te preocupes. Sé que eres un hombre muy ocupado.

Lara lo hizo pasar al salón, donde Charlie y ella habían estado viendo la televisión. Helen había salido.

Pero cuando Charlie empezó a monopolizar la conversación, y hacerle todo tipo de preguntas a Bryce acerca de Australia y de los lugares que debía visitar, y a mostrarse más animada de lo que

había estado en todo el día, Lara empezó a lamentar la aparición de Bryce.

Cada vez que Lara quería cambiar de conversación, Charlie se las ingeniaba para seguir hablando. Bryce sonreía íntimamente a Lara, como demostrando su complicidad con ella, alzando la ceja como diciéndole «Lo siento, pero, ¿qué puedo hacer?». El caso era que no había manera de frenar a Charlie.

Cuando Charlie agotó el tema de su viaje por Australia, bebió un sorbo de coca-cola y preguntó a Lara:

–¿Por qué os separasteis Roger y tú?

–¿Por qué se separa la gente? Porque no funcionó.

Lara no comprendió por qué Charlie no le había hecho aquella pregunta cuando habían estado solas.

–Por lo que me han dicho, tú te casaste con él por su dinero. ¿Qué sucedió? ¿Te lo gastaste todo? ¿No te servía para nada más?

Lara se puso colorada y no pudo mirar a Bryce.

–Pienso que lo que pasó no es de tu incumbencia.

Lara sabía que Bryce la estaba mirando. Necesitaba estar a solas con él para explicárselo. No podía hablar con él delante de aquella chica con aspecto de muchachito que se complacía en hacerla sentir incómoda.

–Jamás me casaría por dinero si no estuviera enamorada –dijo Charlie–. Apuesto a que él odiaba que gastases su dinero. Apuesto a que fue por ese motivo por lo que Roger te abandonó.

–Ya está bien –la interrumpió Bryce–. Las relaciones de Lara no tienen nada que ver contigo, Charlie, ni conmigo, ni con nadie más que con ella.

Lara se sintió agradecida por su intervención, hasta que Bryce agregó:

–Es hora de marcharme. Tengo que levantarme temprano mañana. No te molestes en acompañarme a la puerta –Bryce miró a Lara breve y distantemente, pero antes de que Lara pudiera levantarse, se había marchado.

–Lo siento. ¿No lo sabía Bryce? –preguntó Charlie inocentemente.

Capítulo 7

BRYCE estaba enfadado, profundamente enfadado.

Había pensado que Lara era distinta. Se había convencido de ello. Y ahora se enteraba de que era como las demás.

Cuando Charlie había dicho que Lara se había casado con Roger por dinero, había pensado que estaba bromeando, pero al ver la cara de Lara se había convencido de que era verdad. Aquello lo había destrozado, y se había quedado pensando cómo había podido engañarlo de aquella manera.

Ella había fingido inocencia, sí. No le había dado ninguna pista de que estuviera al tanto de su riqueza, haciéndolo entrar en el juego perfectamente, hasta el punto de rechazar casarse con él, pidiéndole paciencia.

¿Para qué? ¿Para que pudiera informarse más acerca de su procedencia social, para asegurarse de que no estaba cometiendo un error? Tal vez Roger no fuera lo suficientemente rico. Quizás ahora hubiera puesto el listón más alto.

Bebió su tercer whisky apresuradamente.

Helen debía de haberle contado la verdad a Lara, a pesar de que él le había pedido expresamente que no lo hiciera. Y probablemente Charlie Rowan también lo supiera, si no, ¿por qué iba a hacer aquellos comentarios tan malintencionados?

Pero al menos lo había descubierto antes de que fuera demasiado tarde.

¡Él, que se jactaba de oler a los interesados en su dinero a un kilómetro de distancia! Se había dejado engañar por una cara bonita y un delicioso cuerpo. Había creído la historia de su falta de suerte, incluso había sentido pena por ella. Movió la cabeza repetidamente. ¿Cómo había podido ser tan tonto?

Al llegar a su casa, se había dirigido a su mansión, en lugar de ir a su apartamento encima del cobertizo de botes. El lugar albergaba demasiados recuerdos. Recuerdos de largas noches con Lara en sus brazos, noches de pasión y de amor. Y de agradables momentos

compartidos.

Bebió otro whisky antes de dirigirse a la ducha. Gimió al sentir el agua fría en sus hombros, pero era lo que le hacía falta. Necesitaba exorcizar a Lara de su cuerpo y de su mente.

Pero era imposible.

Salió del cuarto de baño temblando, y sin poder borrarla de su mente aún. Unos whiskys más era lo que necesitaba, decidió, y se llevó la botella al dormitorio.

Un rato más tarde, se quedó sumido en el estupor del alcohol.

Se despertó a media mañana con dolor de cabeza y tristeza en el corazón. Tomó la cafetera y se dirigió a la terraza.

Lara lo había engañado completamente. De no haber sido por Charlie Rowan jamás hubiera descubierto sus intenciones hasta casarse con ella.

Él se había enamorado, había querido pasar el resto de su vida con ella, formar una familia con ella, llenar su casa de risas de niños, de amor. ¡Su casa entonces no le habría parecido grande!

–¡Maldita sea! –juró en voz alta, y golpeó la mesa.

Se cayó la taza de café y este se derramó por toda la mesa–.

–¡Maldita sea! –volvió a gritar.

Y esa vez tiró la mesa.

Fue hacia la piscina y se sumergió. Hizo varios largos para desahogarse.

Pero el ejercicio no lo ayudó aquella vez.

Debía alejarla de su vida, era lo mejor que podía hacer.

–¿Bryce?

Bryce apretó los puños y maldijo por dentro al oír la voz de Lara.

Frunció el ceño. ¿Cómo diablos había entrado? A no ser que no hubiera cerrado las puertas la noche anterior, cuando había llegado en aquel estado.

–Lara –dijo él, y se incorporó en la tumbona.

Lara tenía buen aspecto. Llevaba unos shorts vaqueros blancos, que dejaban al descubierto sus largas piernas levemente bronceadas. Una camiseta amarilla amplia completaba el conjunto. Podía equivocarse, pero le parecía que no llevaba sujetador.

¿Sería para tentarlo? ¿O porque no podría abrochárselo con un solo brazo?

Debía de ser por la última razón.
Alzó la mirada y vio tristeza y confusión en su cara.
Era una consumada actriz. No debía olvidarlo.
–Tenemos que hablar –dijo Lara con una voz casi imperceptible.
–¿Sí? Creo que anoche he oído lo suficiente como para saber que he estado perdiendo el tiempo –contestó Bryce.
Pero sus hormonas aún se revolucionaban al verla. «¡Maldita sea!», pensó.
¿Por qué había tenido que ir ese día? ¿Por qué no había esperado a que pusiera sus ideas en orden?
Todavía le dolía la cabeza, no se había cepillado los dientes, ni se había afeitado. Se sentía fatal.
Lo que menos quería en aquel momento era un enfrentamiento con Lara.
–Tengo que explicarte… –dijo ella.
Parecía nerviosa. Iba de un lado a otro, se mordía el labio inferior. Llevaba un bolso de lona colgado del hombro y se le resbaló, pero no pareció notarlo.
–Voy a hacer café –dijo él.
Y se marchó dentro.
Cuando volvió, Lara estaba sentada esperándolo. Había puesto la mesa en su posición y había intentado limpiarla.
–No sabía que podías usar la casa libremente, igual que la piscina –dijo ella, frunciendo el ceño, llena de confusión.
–¿No lo sabías? –preguntó él, con tono escéptico y mirada fría.
–¿Por qué iba a saberlo? –parecía confusa.
–Creí que lo sabías todo sobre mí.
–Y lo sé; pensé que lo sabía. Me estás confundiendo, Bryce. ¿Qué estás diciendo?
Era una pena. ¡No había acertado en su profesión! Era una actriz excelente, pensó él.
–Hablemos de Roger y de ti, primero –dijo él.
Lara hizo un gesto de incomodidad. Estaba visiblemente incómoda.
–Charlie dijo que te habías casado por dinero. ¿Es cierto?
Lara se mordió el labio, calibrando hasta dónde contarle.
–Creo que tu silencio es suficiente –soltó él.
–En realidad, sí, eso hice –admitió ella finalmente–. Pero no es

como te imaginas.

–Si te casaste por dinero y no por amor, es exactamente lo que es –dijo él con desprecio–. Me has decepcionado, Lara. No me imaginé que fueras una mujer mercenaria y calculadora. He sido un tonto, un estúpido.

Lara sintió el golpe de sus palabras, pero agregó:

–No comprendes. Tuve una infancia difícil. He visto a mi madre luchar desesperadamente para darnos de comer y vestirnos. Y juré que a mí no me pasaría lo mismo.

–Entonces, en lugar de jugar a la lotería como los demás, y de casarte por amor, te casaste con un hombre rico –dijo él–. ¿Tuviste en cuenta alguna vez el amor? ¿Realmente pensaste que podía durar?

Él rogó que ella dijera «sí». Quería estar equivocado. No quería saber que ella no tenía moral alguna. Pero su respuesta echó por tierra toda esperanza.

–Era atractivo. Estaba interesado en mí. Creí que lo amaba.

–¿Quieres decir que te aprovechaste de que le gustaras a él? Tenías el signo dólar en los ojos cuando decidiste que estabas enamorada. ¡Ha sido una suerte haberme enterado a tiempo! ¡Ya he tenido bastantes mujeres ambiciosas a mi alrededor!

Lara frunció el ceño.

–¿De qué estás hablando?

–¡Como si no lo supieras! –exclamó él–. Si Charlie no hubiera abierto la boca, me habrías seguido engañando. Tengo que agradecérselo…

–Aún no sé de qué estás hablando –dijo ella.

Bryce se levantó de un salto, y casi golpeó la mesa nuevamente. Se acercó, puso las manos en sus hombros, y le dijo:

–Si quieres fingir que no sabes que soy rico, que no sabías que soy el dueño de esta mansión, que no sabías que soy el dueño de toda una flota de barcos, te sugiero que te des por vencida. Porque no me creo que seas inocente.

Lara se quedó helada. Su mente era incapaz de digerir lo que estaba oyendo. Helen se lo habría advertido. Bryce se lo habría dicho. ¿Por qué motivo iban a ocultárselo?

–¿No tienes nada que decir?

Lara estaba paralizada. Se estremeció.

–¿Es verdad? –susurró Lara, de pronto.

Nunca había visto a Bryce de aquel modo. No había sospechado que pudiera tener esa faceta, y no le gustaba.

–Por supuesto que es verdad, y tú lo sabes.

–Yo no… No sabía… Jamás…

–¿Jamás qué? ¿Jamás pensaste que descubriría tu juego? Lo que no comprendo es por qué rechazaste mi ofrecimiento de casarme contigo. ¿O fue otra de tus artimañas para despistarme? ¡Muy lista! Tenías pensado aceptar la próxima vez que te lo pidiera, supongo.

Lara no aguantó más. Se puso de pie, se dio la vuelta y lo miró a los ojos:

–¿No se te ha ocurrido ni por un momento que podías estar equivocado?

–¡Oh, sí! Se me ha ocurrido, pero solo durante un breve instante. La prueba la tengo delante. Lo que has hecho una vez puedes hacerlo dos. ¿Sabes una cosa? El pobre Roger casi me da pena. ¿Estaba en lo cierto, Charlie? ¿Volvió en sí y te abandonó?

–¡Maldito seas! ¡Vete al infierno! Y la próxima vez que creas que alguien está detrás de tu dinero, asegúrate bien de ello antes de hacer acusaciones! –Lara echó la cabeza hacia atrás y se marchó.

No sabía cómo iba a volver a casa. Le había dicho al taxista que esperase cinco minutos por si Bryce no estaba en casa, pero hacía mucho que se había marchado. Y ella no estaba dispuesta a seguir allí para que la insultase.

El hecho de que fuera un millonario, y debía de serlo para vivir en un sitio como aquel, la había dejado perpleja. Bryce no le había dado ni una pista. No había estado preparada para algo así. Ahora comprendía por qué él había desconfiado cuando Charlie había hecho aquellos comentarios malintencionados, pero al menos podía haberle dado el beneficio de la duda, podría haber hablado con ella, en lugar de acusarla. Y lo más importante, ¿por qué no le había dicho la verdad?

Cuando aquel pensamiento penetró en su mente, Lara se detuvo. Se dio la vuelta con ojos de fuego y dijo:

–Me acusas de no ser sincera. ¿Por qué no te miras al espejo? Me acusas de mentirosa, pero tú también lo eres.

–Con buena razón –respondió él fríamente–. Desde que mis negocios van bien, soy un blanco para mujeres como tú.

–Y entonces inventaste la farsa de que te dedicabas a hacer reparaciones, ¿no?

Le había explicado muy convincentemente lo de los restaurantes caros, el uso de la piscina… Ella no se había imaginado que podía ser de otro modo.

–Supongo que le has dicho a tía Helen que no me dijera nada, ¿verdad?

Él agitó la cabeza, frustrado.

–¿Qué importa lo que le he dicho a Helen? La verdad está al descubierto. Ahora sé qué tipo de persona eres.

–Sabes el tipo de persona que era… –le gritó, furiosa–… No la que soy. Cometí un error, y lo admito. Y te diré una cosa, puesto que estás tan interesado en saber la verdad: si hubiera sabido que eras rico, ni te hubiera mirado…

¡Y menos se hubiera enamorado de él!, pensó Lara.

–¡Estoy harta de los hombres con dinero! ¡Sois intolerantes y engreídos! Así que, si crees que te has enterado a tiempo, mira, a mí me ha pasado lo mismo.

Aquella vez Lara se dio la vuelta y siguió caminando sin mirar atrás.

–Lara.

Ella lo ignoró.

–Adiós, Bryce –dijo ella.

Pero cuando llegó a los portones de hierro, estos no se abrieron. Los había cerrado electrónicamente, haciéndola su prisionera.

Ella se dio la vuelta y lo vio acercarse. Era muy atractivo, pensó ella, pero era igualmente peligroso.

Cuando Bryce llegó hasta ella, su corazón latía incontroladamente. Se miraron. La mirada de Bryce era fría y amenazadora, la de ella, demasiado reveladora, se imaginó ella, a punto de derretirse. A pesar del enfado de Bryce, o por ello, ella sentía un deseo más voraz que nunca. Su respiración era agitada, sus pechos se alzaban y bajaban.

Bryce parecía que iba a comérsela. Lara tuvo miedo. No había nadie por allí para protegerla. Solo ellos dos. Ella había caído en su propia trampa.

–Hay algo más que quiero hacer antes de sacarte de mi vida –gruñó él–. No debo olvidar que besarte es como besar a una avariciosa y calculadora prostituta.

Lara cerró los ojos. ¿Debía aguantar aquello o debía seguir sus instintos? Sus instintos ganaron. Alzó la mano, y antes de que él pudiera adivinar sus intenciones, ella le dio un bofetón.

Él se echó hacia atrás, y la miró sorprendido. Ella vio sus dedos marcados en su cara.

No lo sentía. Se lo merecía. Era un cerdo. Quería destruirla.

–Tú lo has pedido –dijo ella fríamente–. Y ahora, abre la puerta y déjame salir.

–No hasta que haga lo que he dicho.

–Vete al infierno.

–Ya estoy allí –y antes de que ella pudiera evitarlo, la rodeó con sus brazos, sin tener en cuenta su brazo escayolado, y la besó.

Fue un beso para humillarla.

Pero también fue un beso que le envió otro mensaje: estaba enamorada de él, sin dudas.

Se decía que no podía besarlo, pero deseaba hacerlo…

El problema era que no podía disfrutar de aquel beso. No podía relajarse, no podía apretar su cuerpo contra el de él deleitándose. Porque eso era lo que esperaba él.

Bryce quería echarle en cara que quería atraparlo, no importaba de qué modo. Esperaba que frotase su cuerpo contra el de él y lo excitase hasta tal extremo que pudiera perdonarla.

No lo haría.

Si quería pensar lo peor, que lo pensara.

Él no era ni la sombra del hombre que había creído.

Cuando él deslizó una mano por debajo de su camiseta, y tocó su pecho, haciéndole daño y a la vez excitándola, ella hizo lo posible por no verse afectada. Y cuando bajó su cabeza y succionó su pezón, se reprimió un grito, no de dolor, sino de placer.

¿Placer en un momento como aquel? Su cuerpo vibraba con ritmo erótico. Hubiera sido fácil dejarse llevar.

Con un grito de desesperación, ella se soltó. Sus piernas temblaban violentamente, y temió derrumbarse indignamente.

–¿Has tenido suficiente? –preguntó él.

–¿No debía ser yo quien te hiciera esa pregunta? –respondió

ella–. ¡Abre la puerta y déjame marchar! ¡Maldita sea!

Él la seguía mirando con reproche.

–¡Vete! –le ordenó él mientras las puertas se abrían lentamente.

Luego se cerraron detrás de ella.

Cuando tía Helen descubrió lo que había ocurrido, se quedó consternada.

–¡No puede ser! –protestó, preocupada–. Hablaré con Bryce. Ha habido un malentendido.

–Por favor, no lo hagas –le rogó Lara–. Lo nuestro ha terminado. De todas formas, nuestra relación no era seria.

–Eso, porque tú no has querido –contestó Helen.

Helen puso la mano en el brazo de Lara. Estaban sentadas en la galería. Charlie había ido a Sidney a ver a otros jóvenes con los que planeaba viajar. Estaban bebiendo el vino casero de Helen.

–¿Es verdad que pusiste tus ojos en Roger por su dinero? –preguntó Helen.

–Me temo que sí. Empezó con una broma en el colegio, donde yo decía que me casaría con un hombre rico. Mis hermanos y yo nos sentíamos marginados, porque usábamos ropa de segunda mano. No quería que mis hijos pasaran lo mismo que yo. Y me pareció una solución sencilla.

–¿Y luego descubriste que el dinero no hace la felicidad? ¿Le has contado a Bryce lo que pasó?

–Algo. No la verdadera razón por la que me casé. Me habría gustado que me contases que Bryce era rico. No lo habría mirado dos veces, en ese caso.

–Lo siento –dijo Helen con una sonrisa a modo de disculpa–. No podía decirle que no cuando me pidió que no lo hiciera. Pensé que no importaría. Creí que sería una maravillosa sorpresa.

–Es duro aceptarlo. Me habéis convencido ambos de que él hacía reparaciones. Creí que era un hombre honesto, generoso y trabajador.

–Y lo es –insistió Helen –sorbiendo lo que le quedaba de vino–. Todas esas cosas. A pesar de tener un negocio muy rentable y mucho éxito en su empresa, le queda tiempo para la gente. Bryce Kellerman es así.

Era evidente que su tía jamás había visto la faceta de Bryce que ella acababa de conocer.

No había tenido nada de generoso aquella mañana. Se había formado una opinión, y se había aferrado a ella.

–¿Te casaste con ese hombre por su dinero? –le había preguntado Bryce.

–Bueno, yo…

–Contesta sí o no, por favor.

Bryce no había querido explicaciones.

Aquello probaba que jamás había sentido nada por ella.

Y el último beso… Solo lo había hecho para humillarla.

Se había marchado con un gran peso en el cuerpo y en el alma. Y le había costado gran esfuerzo llegar al primer pueblo donde encontrar un taxi que la llevase a casa de su tía.

–Creo que debo invitar a cenar a Bryce una noche de estas. Es evidente que tenéis que hablar –dijo su tía.

Lara cerró los ojos.

–Ni lo pienses. Yo he intentado hablar con él. Y no funcionó.

–Pero tal vez funcione cuando él logre digerir lo que descubrió. No puedes culparlo por pensar lo peor. Ha tenido malas experiencias con algunas mujeres sin escrúpulos. Le daremos unos días y luego…

–Prefiero que no lo hagas –insistió Lara.

Cuando Charlie volvió a casa, fingió no advertir sus gestos contrariados y dijo contenta:

–¿No ha venido Bryce esta noche? ¡Qué pena! Quería despedirme de él. Mañana me marcho de viaje.

Ahora que había estropeado la relación de Bryce y ella, se marchaba, pensó Lara con resentimiento.

En realidad se sorprendió de que Charlie se fuera.

–Pensé que te quedarías unos días más –dijo Helen, como expresando los pensamientos de Lara.

Charlie sonrió.

–Yo también, hasta que me encontré con Claire y Jaz, y con los otros. Va a ser divertido.

Al parecer, la chica ni se había detenido a pensar en el daño que había causado.

Pero ¿era tan grave? Si ella hubiera estado enamorada de Bryce realmente, no habría rechazado casarse con él.

No era amor lo que ella sentía. Era solo atracción sexual hacia

un hombre muy atractivo. Y era una suerte haber descubierto a tiempo el lado oscuro de Bryce.

Tal vez ella también tuviera que marcharse. Pero, ¿adónde iría? No estaba preparada para volver a Inglaterra. Tal vez ella también pudiera hacer un viaje… O encontrar un trabajo temporal…

En los días siguientes, Helen hizo todo lo posible por convencer a Lara de que llamase a Bryce. Pero no aceptó.

El día que Bryce hizo una visita, Lara no estaba en la casa. Había ido al Imax de Sidney a ver una de las películas tridimensionales en una pantalla gigante.

Luego se había quedado almorzando en un bar de por allí, mirando el puerto, algo que le había recordado a Bryce. Tenía bonitos recuerdos. Y ellos la acompañarían.

Miró los barcos. Había varios con el nombre Kayman Cruises. ¿Serían esos?

Tal vez hiciera una travesía en crucero uno de esos días.

Le habría gustado preguntar si aquella línea de cruceros era de Bryce Kellerman, pero el barco que estaba atracado allí estaba vacío. Decidió no esperar y regresar a casa de su tía.

Cuando volvió a casa, Helen le dijo que Bryce había estado allí.

–He intentado que comprendiese, pero no hubo manera –comentó Helen, con tristeza–. Debo confesar que nunca lo he visto tan cabezota.

–Te lo había dicho, lo nuestro se ha terminado. No puedes hacer nada.

–Pero estáis hechos el uno para el otro…

–Esa es tu opinión –dijo Lara–. Querida tía, no tienes buen aspecto, ¿por qué no te echas un rato?

–No quiero echarme. ¿Qué sentido tiene que estéis tristes? Arreglad las cosas entre vosotros, por el amor de Dios…

Lara no había visto nunca a su tía tan enfadada y contrariada. Y era culpa suya.

–Voy a prepararte una taza de manzanilla –dijo Lara.

–Olvídate. Si quieres hacer algo útil, ve a ver a Bryce.

Lara no sabía qué hacer. Tal vez fuera mejor ir a su habitación y esperar que su tía se calmase.

–Lo siento –dijo–. Pero no puedo hacer eso. Voy a ducharme.

Pero antes de llegar al cuarto de baño oyó a su tía llamarla.

Cuando llegó, Helen estaba inconsciente en el suelo.

Capítulo 8

AL parecer, los problemas de corazón de Helen habían salido a la luz por primera vez cuando había muerto su marido, pero desde entonces no había vuelto a tener problemas.

Hasta aquel momento.

Lara se sintió culpable. Pensaba que Bryce no lo sabía, ni su madre, porque de haber sido así, se lo habrían dicho a ella.

Había llamado a una ambulancia y había ido con su tía al hospital. Su tía estaba inmóvil, luego la habían conectado a una máquina, y las horas que Lara había tenido que esperar habían sido las más largas de su vida.

Finalmente, para alivio suyo, le habían dicho que su tía estaba fuera de peligro, aunque querían que se quedase ingresada para controlarla y hacerle unas pruebas.

Lara tomó un taxi de regreso a casa y, al llegar, una vecina la paró en la entrada de la casa.

–He visto una ambulancia, ¿qué sucede?

Y cuando Lara le contó, Mary se sintió consternada.

–Pobre Helen… Siempre ha sido tan buena conmigo. Dile que la recordamos. ¿Puedo hacer algo para ayudarla?

–No puede hacer nada por mi tía –dijo Lara–. Pero hay algo que podría hacer por mí. ¡Este dichoso brazo es un estorbo!

Lara volvió al día siguiente al hospital.

Su tía parecía mejor. Tenía algo de color en la cara, aunque le estaban controlando las pulsaciones y los latidos del corazón.

Cuando vio a Lara, sonrió.

Su sobrina la besó con cariño y le dijo:

–Es culpa mía. Si lo hubiera sabido, no te habría…

–¿Cómo ibas a saberlo si no se lo he dicho a nadie? –la interrumpió Helen–. A nadie le gusta que lo agobien con problemas ajenos. ¿Has llamado a Bryce?

Lara agitó la cabeza y se sentó al lado de la cama.

–Me gustaría que lo hicieras.

–Lo haré cuando vuelva a casa.

–Bien –Helen cerró los ojos, como si hasta esa breve conversación fuera demasiado para ella.

–¿Quieres dormir un poco?

–¿Dormir? ¿En este sitio? –sonrió Helen débilmente–. ¡Es imposible! Te dicen que te duermas y, luego, apenas te has dormido, vienen a tomarte la tensión o la temperatura o lo que se les ocurra. Puedes irte y llamar a Bryce, antes de que se vaya a trabajar.

–No tengo su número de teléfono.

–Yo no lo recuerdo en este momento –dijo Helen–. Llama a información.

Cuando oyó la voz de Bryce, las piernas se le aflojaron.

–Soy Lara –balbuceó.

Después de un silencio, se oyó un gruñido:

–Vete al diablo –dijo Bryce antes de colgar.

Era evidente que no quería saber absolutamente nada de ella. Ya lo sabía, pero fue desagradable confirmarlo.

Hizo un esfuerzo y llamó nuevamente. Con el corazón en un puño, esperó a que contestase.

El teléfono sonó seis veces hasta que saltó el contestador.

–Sé que estás ahí, Bryce. Levanta el auricular, ¡maldita sea! No te llamo por mí, se trata de Helen. Ha tenido…

–¿Helen? ¿Qué ha sucedido? –contestó él.

–Ha tenido un ataque al corazón.

–Iré enseguida –y colgó.

A los pocos minutos llegó al hospital.

Actuó como si ella no existiera, y miró directamente a Helen. Se inclinó y le dio un beso. Luego tomó su mano y le preguntó:

–¿Qué ha pasado?

–Me alegro de que hayas venido.

–No me has contestado la pregunta. Un ataque al corazón no se tiene así como así.

–Siempre he sido propensa a ellos.

–¿Desde cuándo? En los años que nos conocemos, no has sufrido ninguno.

–El primero lo tuve cuando murió Tom.

–¿Y desde entonces?

–Ninguno –contestó Helen.

–Entonces, ¿qué te ha causado este? –se giró y miró acusadoramente a Lara mientras hablaba.

–No lo sé. Son cosas que pasan… Pero no hablemos de eso.

–Creo que me iré a casa –dijo Lara a su tía–. Volveré más tarde.

«Cuando estés sola», pensó ella.

A media tarde volvió, Y Bryce estaba allí aún. Helen estaba dormida.

–Me gustaría hablar un momento contigo –dijo él, advirtiendo a Lara que había estado esperándola.

Helen debía de haber hablado con él, y ahora querría culparla a ella del ataque que había sufrido su tía.

Lara lo siguió.

Salieron afuera. Era un día caluroso.

–¿Qué quieres decirme? –dijo ella. Su corazón latía aceleradamente, porque él aún tenía el poder de embriagar sus sentidos.

Bryce se metió las manos en los bolsillos, y frunció el ceño.

–Estoy preocupado por Helen.

–Yo también –contestó ella.

Aquella postura hacía que sus pantalones se tensaran y que recordase su cuerpo firme, sus excitantes caderas, desencadenando imágenes eróticas en su mente.

–Nuestra discusión la ha afectado mucho –dijo Bryce–. Y aunque sea imposible que volvamos a estar como antes, creo que, por Helen, deberíamos al menos fingir que seguimos siendo amigos.

Lara tragó saliva. Aquello no era lo que ella esperaba.

–¿Tú estás de acuerdo?

–Eh… Sí… –contestó Lara.

–No pareces muy convencida.

–Claro que lo estoy –ella no podía apartar la vista de sus pantalones, el modo en que…–. Helen debe estar tranquila.

–Se le ha metido en la cabeza que debemos ser una pareja de verdad.

–Lo sé.

–Así que creo que es muy importante que ella piense que hemos arreglado nuestras diferencias. Al menos hasta que esté en casa y se sienta mejor. Después, podemos ir preparándola poco a poco para la

verdad.

Lara asintió.

–Sé que será difícil… para ambos.

–Muy difícil.

–¡Maldita sea, Lara! ¿Qué tienes en la cabeza? –le sujetó los hombros y la obligó a mirarlo–. Para mí es tan difícil como para ti, pero no quiero que nuestras diferencias empeoren a Helen.

–Yo tampoco. Quiero mucho a mi tía, y quiero que se mejore. No quiero sentirme culpable el resto de mi vida. No quiero que tenga un ataque al corazón por mi culpa.

–Precisamente por eso. Recuérdalo. Y ahora, volvamos con ella –dijo él.

Antes de abrir la puerta de la habitación de su tía, Bryce se detuvo y miró a Lara.

–Tenemos que actuar convincentemente –dijo Bryce. Le tomó la cara entre sus manos y la besó.

Ella se quedó temblando.

¿Hacía falta que la besara tan profundamente? Se estremeció mientras él la invadía con su lengua.

Su tía no necesitaba que la convencieran tanto, ¿no?

El beso siguió y siguió, y al final, Lara no pudo contener sus sentimientos. Se apretó contra sus caderas, y para su horror, descubrió que él también estaba excitado.

Lara hizo un esfuerzo por separarse de él, estremecida.

–¿Hacía falta esto realmente? –preguntó.

–Sí. Ahora Helen no tendrá problema en creerse que nos hemos reconciliado. Ahora sí tienes aspecto de estar excitada.

Y antes de que ella pudiera contestar, le tomó la mano y entró con ella en la habitación.

Helen los miró y sus ojos se encendieron.

–Decidme que no me lo invento.

–No te lo inventas –dijo Bryce con una sonrisa–. Nos hemos reconciliado.

Bryce rogó que Helen se lo creyera. Había tenido una conversación muy esclarecedora el día anterior con ella.

Helen los miró y vio que Lara asentía.

–Estamos enamorados –dijo Lara simplemente.

Aquello lo desconcertó. El amor estaba muy lejos de sus pensamientos. Helen no le había dicho nada sobre él a su sobrina. Lo que significaba que Lara lo había rechazado porque pensaba que no tenía dinero. Justo lo contrario de lo que él había pensado ¡Maldita sea! Había sido un tonto. Y ahora había dicho que «estaban enamorados», así, con esa facilidad. Bryce se estremeció al pensarlo.

–Soy tan feliz –dijo Helen con los ojos llenos de lágrimas, y les extendió los brazos.

Cuando se fueron del hospital, Helen se estaba durmiendo, con una sonrisa de felicidad en los labios.

–No creo que tarden en darle el alta –dijo Bryce mientras se dirigían a sus coches.

Lara asintió.

–Me alegro de que hayas sugerido que fingiéramos una reconciliación. Parece haber funcionado. Me sentía tan culpable… –ella tenía los ojos encendidos al mirarlo.

Bryce sintió una advertencia en su cabeza.

–Esto no es permanente. Yo no he cambiado de parecer. Es mejor que lo recuerdes.

Lara sintió como si la golpease.

–¿Cómo crees que puedo ser amable contigo cuando me hablas de ese modo? ¿Quieres que sea amable o no? No puedo cambiar de actitud cada vez que se te ocurra. No soy buena actriz.

Reacio, él aceptó que ella tenía razón. Y tal vez no resultase tan desagradable. Después de todo, ella seguía teniendo un cuerpo que lo excitaba. ¿Por qué no aprovecharse? No se merecía otra cosa.

–En ese caso, ¿tienes planes para esta noche? –preguntó él, dejándose llevar por sus hormonas.

Lara lo miró sorprendida. Él se excitó más al mirarla.

–No creo que haga falta que vayamos tan lejos.

–No estaba pensando más que en una comida. ¿Por qué vamos a comer solos?

–Porque yo lo prefiero. Adiós, Bryce –respondió ella.

–¿Te veré en el hospital mañana?

–¿No tienes cosas más importantes que hacer? –preguntó ella con desprecio–. ¿Como ocuparte de tus negocios?

Él sonrió brevemente.

–Están en manos de una persona muy capaz, Gloria, mi directora general. No hay nada que no pueda hacer esa chica.

Bryce notó la cara de sorpresa de Lara y supo que ella se estaba preguntando si él tenía algún tipo de relación con Gloria. Aquello le divirtió.

–Me llama todos los días para informarme de todos los detalles. No sé qué haría sin ella –dijo con suavidad.

–Podrías tomarte en serio tus responsabilidades en lugar de fingir que eres lo que no eres –dijo Lara con resentimiento.

Él se alegró de que ella le recordase por qué lo había rechazado.

–Yo no soy el único que escondió la verdad –dijo Bryce–. Tal vez tengas razón. No deberíamos pasar demasiado tiempo juntos –agregó, y se marchó.

Lara pasó la tarde muy sola. Mary había preparado comida para ella, pero no tenía ganas de comer.

Estaba bien fingir una reconciliación con Bryce, por el bien de su tía, pero, ¿no se daba cuenta Bryce, de lo duro que era para ella? ¿Y encima invitarla a cenar? ¡Qué falta de sensibilidad!

No era de extrañarse que no pudiera dormir. No podía quitarse a Bryce de la cabeza. La atormentaba… Y se preguntaba si podría quitárselo de la mente alguna vez.

Se vistió de azul la mañana siguiente. Últimamente solo llevaba faldas con cinturilla elástica y tops que pudiera ponerse con una sola mano. Los sujetadores eran cosa del pasado. No podía abrochárselos.

Cuando llegó al hospital, Bryce ya estaba allí. Pareció alegrarse de verla. Sonrió y se levantó de la silla. La tomó en sus brazos y la besó sonoramente. Y fue muy duro recordar que solo lo hacía por el bien de su tía.

Lara miró a Helen por encima del hombro. Esta estaba sonriendo, y asintió. Estaba mucho mejor que el día anterior. Valía la pena fingir. Aunque ella no fingía; su sangre corría aceleradamente por sus venas y su corazón parecía salírsele del pecho.

–Bryce no veía la hora de que llegases –dijo Helen cuando ambos se sentaron al lado de su cama, con las manos entrelazadas–.

Ha estado ansioso por tu llegada. ¡No sabes cuánto me alegro de que hayáis solucionado vuestros problemas!

–Nosotros también nos alegramos, ¿no es verdad, cariño? –Bryce la miró a los ojos y Lara casi se cayó de la silla.

¿No se daba cuenta de que, de seguir así, sería aún más difícil separarse de él? ¿O lo hacía a propósito? ¿Era aquel el modo de castigarla? ¿Sabía que aún podía excitarla con una sola mirada o una sola caricia?

Lara sonrió y asintió, incapaz de verbalizar aquella farsa.

–¿Cuándo van a darte el alta, Helen?

–Tal vez mañana –respondió su tía–. Están esperando los resultados de unas pruebas. No veo la hora de marcharme de aquí.

Lara también estaba ansiosa de que se marchase de allí, porque así vería menos a Bryce. Él iría a ver a su tía, sí, pero ella intentaría no cruzarse en su camino.

Pero según estaban las cosas, él parecía dispuesto a pasar noche y día allí. Gloria debía de ser una persona muy valiosa, porque daba la impresión de estar dirigiendo la compañía. Un tesoro. ¿Sería parte de la vida privada de Bryce también? A Lara le sorprendía lo celosa que estaba. ¿Estaría enamorada de él aquella mujer? ¿Tendrían una aventura? ¿Sabría Gloria que Bryce le había pedido que se casara con él?

En realidad, daba igual. Bryce podía hacer lo que quisiera, salir con quien le diera la gana, y acostarse con quien le apeteciera. Ella ya no tenía nada que ver en todo aquello. Pero aquel pensamiento la entristecía de todos modos.

Una hora más tarde, Bryce se marchó y dijo que volvería a buscarla para almorzar.

–No hace falta –dijo Lara–. Puedo tomar un sándwich en la cafetería.

Antes de que Bryce pudiera responder, Helen contestó por él.

–Por supuesto que tienes que ir, Lara. Este es un lugar muy depresivo. Pásatelo bien. Seguramente me eche una siesta después del almuerzo, de todos modos. Así que es la oportunidad perfecta para que compartáis más tiempo juntos.

Lara no tuvo elección.

–Si estás segura… –contestó.

Pero no disfrutó del almuerzo. Estaba demasiado pendiente de

Bryce, de lo que la excitaba, demasiado consciente de que él la estaba desnudando con la mirada.

Lara contestaba a sus preguntas con monosílabos, revolvía la comida, y deseaba estar a kilómetros de allí.

¿Cómo iba a poder vivir sin aquel hombre? Si al menos ella le hubiera dicho la verdad desde el principio… Podría habérselo tomado a broma, contarle que el dinero ya no le interesaba. Y tal vez él le hubiera dicho la verdad también.

–Esto no va a convencer a tu tía.

–¿El qué?

–El que te comportes como si yo fuera un extraño. Fuiste tú quien dijo que no podías cambiar tu comportamiento constantemente.

–Me he equivocado. No puedo seguir con esto, Bryce. Es imposible.

–¿Quieres que Helen vuelva a tener un ataque al corazón? ¿Te has olvidado de cuánto desea que formemos una pareja?

–Por supuesto que no –contestó ella–. Pero tú te estás pasando. Cuando he llegado esta mañana, creí que ibas a comerme. ¿Era necesario que demostrases tanto entusiasmo?

Él sonrió maliciosamente.

–A Helen la puso muy contenta. Y creo que tú también te pusiste muy contenta. ¿O fue teatro la reacción de tu corazón? ¿Fingiste excitación hasta llegar al punto de derretirte? Dime si me equivoco.

Lara no pudo mentir. Se puso colorada.

–Hay cosas que una no puede evitar.

–Así que puedes ponerte fría y luego estar excitada… ¿Eso quieres decirme? –clavó sus ojos grises en ella.

–Supongo que sí –respondió ella.

–¿Supones? ¿No lo sabes?

–¿Qué es esto? –dijo Lara alzando la voz. De pronto notó que la gente los miraba–. ¿Por qué me estás interrogando? ¿Por qué no me dejas en paz?

–Porque, si te soy sincero, me intrigas –contestó Bryce, moviendo circularmente la taza de café antes de bebérsela–. Me deseas terriblemente, aunque intentes fingir que no quieres saber nada conmigo.

–No te deseo –dijo Lara–. Ocurre solo… cuando me besas. No

puedo evitarlo. Eres… bueno en eso. Pero no te felicites, porque ya no me interesas. Jamás volveré a casarme con un hombre rico.

Bryce alzó una ceja, incrédulo, y miró el reloj.

–Tengo una reunión dentro de media hora. Debo marcharme. Pero esta conversación no se ha terminado. Intentaré regresar al hospital antes de que terminen las visitas. Volveremos a hablar durante la cena.

–No.

–No tienes elección, querida, si quieres tener contenta a tu tía.

El contentar a su tía no quería decir que tuviera que pasar todo el tiempo con él, pensó Lara.

Al ver que no regresaba al hospital, Lara se alegró. Quería decir que podría pasar una tarde sola y relajada. Vería una película que había grabado por televisión, y no se acordaría de él. Sería un placer.

Pero no era fácil quitárselo de la cabeza, sobre todo porque la película no era muy buena. Era un aburrimiento, y decidió apagar el televisor.

A las nueve y media estaba poniéndose la camisola de dormir, dispuesta a irse a la cama temprano, cuando sonó el timbre de la puerta. No tenía la ropa adecuada para ir a abrir, pero el timbre volvió a sonar. Y ella de pronto pensó en su tía. Claro que, si hubiera ocurrido algo, la habrían llamado por teléfono primero.

¿Sería Bryce? Tal vez hubiera estado en el hospital y fuera a buscarla porque…

Lara corrió a abrir.

–Pensé que no ibas a abrir.

–¿Ocurre algo malo? ¿Se ha puesto peor Helen?

–¡No! No ocurre nada. Se me ha hecho tarde. ¿Es tarde para cenar?

Capítulo 9

EN cuanto Bryce hizo la pregunta se dio cuenta de que era una tontería preguntarlo.

–¿Te parece que tengo el aspecto adecuado para cenar?

Él sonrió para disimular su incomodidad.

–Depende de dónde comamos. Si comemos aquí, da igual cómo estés vestida –le gustaba cómo le quedaba aquella camisola. Daban ganas de abrazarla.

¿Por qué pensaba en esas cosas cuando sabía que no podía pensar en nada serio con ella?

¿Por qué había ido allí tan tarde? ¿Por qué se había molestado cuando sabía cómo era ella?

La respuesta era sencilla. No podía resistirse a su delicioso cuerpo. Y al verla con aquel aspecto, su imaginación echó a volar más aún.

Tenía ganas de tocar su piel perfumada. Quería saborearla. Deseaba reencontrarse con el calor de su cuerpo.

–Es muy tarde para comer –dijo ella.

–Perdona, pero algunos mortales tenemos que comer, sea la hora que sea –sonrió él–. ¿No tienes ni un mendrugo de pan?

Ella no sonrió.

–Toma lo que quieras. Ya sabes dónde están las cosas.

–¿No vas a acompañarme? ¿Ni siquiera con una copa? –preguntó él con un brillo malévolo en los ojos.

Sabía que ella no era indiferente a él. Más tarde le probaría lo bueno que era con los besos.

En la cocina encontró jamón, tomates y pan. Tendría que conformarse con eso. Habría preferido una comida caliente, pero puesto que Lara estaba decidida a mantenerse a distancia, él no pensaba pasar mucho tiempo en la cocina. Puso la comida en una bandeja, junto con una botella de vino y dos vasos.

Encontró a Lara, acurrucada en el sofá, viendo la televisión. Se había tapado las rodillas con la camisola, y lo ignoraba.

–¿Vino? –preguntó él.

Por un momento, no pareció que fuera a aceptar. Sus ojos estaban llenos de resentimiento, y le llevó un momento alzar el brazo y aceptar el vaso.

–Me gustaría saber por qué haces esto –le dijo ella.

–¿Hacer qué?

–Convertirte en una molestia.

–No me había dado cuenta de que lo era. Creí que tú… disfrutabas de mi compañía.

Sabiendo el tipo de chica que era, él no se iba a dar por vencido. Seguramente ella tenía muy calculada su estrategia. Debía de tener cuidado, porque si no, podría caer en su trampa.

No, no caería en su trampa. Era él quien estaba jugando. Se aprovecharía de ella, no ella de él.

Bryce untó mantequilla en su pan, le puso jamón y dio un bocado. Por el rabillo del ojo, vio a Lara mirándolo.

–¿Quieres un poco? –le ofreció sin mirarla.

–Un trocito.

Bryce preparó otro trozo de pan con jamón, le agregó tomate y se lo dio.

–Gracias.

–De nada. Puedo hacer más. Queda mucho jamón.

–Tengo algo de hambre. Se me ha olvidado comer.

¿Porque había estado pensando en él? ¿Había estado planeando una emboscada? Seguramente ahora estaría arrepentida de haber rechazado su ofrecimiento de matrimonio.

–Podrías haberme dicho que preparase algo para los dos.

Lara agitó la cabeza.

–Esto está bien.

Era una conversación frívola, cuando lo que quería hacer en realidad era abrazarla. Bryce se sentó al lado de ella. Comieron juntos, bebieron, y ella fue afable. Pero todo era platónico. Y cuanto menos posibilidad veía de que pasara algo, más la deseaba.

Bryce recogió los platos y volvió a sentarse al lado de ella.

Lara se distanció de él y le dijo:

–Creo que es hora de que te vayas.

–¿Sí? Estoy muy cómodo aquí. Helen y yo hemos pasado muchas noches aquí, tratando de arreglar el mundo.

–Pero Helen no está aquí. Y yo quiero irme a la cama –protestó ella.

–¿Y quién te lo impide?

–Tú. Nadie te ha invitado, ni desea tu presencia.

Él no estaba seguro. Quería que se fuera porque la perturbaba. Ella quería ser indiferente a él, pero no podía, porque reaccionaba en un nivel básico. Él notaba que estaba excitada, oía casi el latido de su corazón. Lo que de verdad quería era que él la besara, y posiblemente que le hiciera el amor. ¿Por qué si no se había quedado vestida con tan poca ropa?

Si de verdad hubiera querido que él se mantuviera a distancia, se habría cambiado mientras él cenaba. Era una invitación, aunque lo negase en caso de que él se lo sugiriese. No se detuvo a pensar que desvestirse era una tarea difícil para ella con el brazo escayolado.

–Y volviendo a la conversación de esta tarde, no creo que ya no estés interesada. Lo que pasa es que no sabías que era rico.

Lara alzó la barbilla.

–Eres increíblemente estúpido. Lo que te he dicho es verdad.

Era una mentirosa, pensó él.

¡Y qué deseable estaba así, enfadada! Con aquellos ojos de color cobalto, mirándolo con fuego, los pechos agitados con aquella respiración irregular. No llevaba sujetador. Parecía que sus pechos pedían que los tocasen.

–¿Y se supone que tengo que creérmelo? ¿A una mujer con tu historial?

–Piensa lo que quieras –dijo ella furiosamente–. Tengo la conciencia limpia. Todos cometemos errores. Todos hacemos tonterías cuando somos jóvenes. ¿No has hecho nunca nada estúpido?

–Por supuesto, pero nada tan extremo.

Para él haberse casado con Roger por dinero no era un error, era un calculado riesgo. Ella había dicho que él no la había tratado bien, pero ahora dudaba hasta de eso.

–Siento no haber estado a la altura de tus exigencias. Estoy cansada de la conversación. ¿Quieres marcharte por favor?

Cuanto más enfadada estaba, más deseable se ponía. No podía irse sin un beso al menos.

Se puso de pie lentamente, y caminó hacia la puerta.

–¿No vas a acompañarme?

Reacia, se incorporó y luego se levantó. Su actitud era la de una mujer decente, pero eso lo excitaba más aún.

Al pasar por su lado, sus hormonas le jugaron una mala pasada, y deseó abrazarla y besarla. ¡Dios! ¡Ella lo excitaba como ninguna mujer lo había hecho! Casi le hacía olvidar el tipo de persona que era.

Él la siguió por el pasillo, observando cómo se balanceaban las curvas de sus caderas al caminar, ¡y no tenía marcas de llevar braguitas!

Cuando Lara llegó a la puerta, él le puso la mano encima de la de ella para que no la abriera. Aquel era el momento que había estado esperando. Él notó que ella se alarmaba, que respiraba agitadamente, y le dio la vuelta suavemente, con la esperanza de que ella no pudiera resistirse.

–Solo un beso de despedida –dijo él, inclinándose para besarla.

Ella intentó apartarlo con todas sus fuerzas. Pero a medida que la besaba, Lara iba perdiendo sus fuerzas, hasta que finalmente sus brazos, incluido el escayolado, rodearon su cuello. Ella se apretó contra él, y sus labios se abrieron, rindiéndose.

Lara sabía que era una locura, pero no podía consigo misma. Bryce tenía aún el poder de excitarla, bajo las más terribles circunstancias. Tendría que haberse distanciado de él en el mismo momento en que había aparecido. De hecho, no debería haberlo dejado entrar. Debería haber sabido que ocurriría algo así.

No comprendía por qué él la deseaba todavía. Debía de ser pura excitación sexual, nada más. ¿Sería un modo de castigarla? ¿Robarle algo sin darle nada a cambio?

Fuese como fuese, ella no podía hacer nada. Podría encarar una guerra con él desde su mente, pero no podía controlar su cuerpo.

Las manos de Bryce acariciaron su espalda. Su boca mordía sus labios eróticamente. Ella oyó su propio gemido de placer, la respuesta de Bryce apretándola contra su cuerpo viril.

La excitación de Bryce era impresionante. La excitaba y sorprendía a la vez. Le daban ganas de darse la vuelta y marcharse,

y de entregarse a él, todo al mismo tiempo…

Pero cuando sintió sus manos levantando su camisola empezó a preocuparse. Y al sentir su mano acariciando su trasero, tuvo miedo.

Bryce la deseaba, y estaba decidido a tomar lo que quería. Y ella no se estaba resistiendo lo suficiente. Frente a él debía de dar la impresión de que se estaba entregando totalmente.

¡Oh, Dios! ¿Cómo se había metido en aquel lío?

El problema era que en aquel momento no le parecía un lío. Tal vez eso lo sintiera más tarde.

Lo que sentía eran ganas de apretarse contra él, de besarlo apasionadamente, de dejarse llevar por los sentidos…

–¡Oh, Bryce! –exclamó.

En respuesta, él le acarició los pechos, y ella gimió. Él jugó con sus pezones. Luego le quitó la camisola, y volvió a poseer esos dos capullos de rosa con los dientes y la lengua. Y ella se arqueó de placer.

Bryce la volvió a besar. Tomó su cabeza con una mano, y con la otra acarició el corazón de su femineidad. Ella estaba húmeda y preparada, y no habría sido capaz de detenerlo aunque su propia vida hubiera dependido de ello.

–¡Oh, sí, sí, Bryce! –susurró.

Con un gruñido desesperado, y sin dejar de besarla, la alzó en sus brazos y la llevó a su dormitorio. Ella se quedó inmóvil, gimiendo como un niño. No podía más. Y solo Bryce podía aliviarla.

Bryce la dejó encima de la cama.

–Quédate así –le dijo Bryce, mientras se quitaba los pantalones, la camisa y zapatos, sin dejar de mirarla con deseo.

Observó sus pechos, su vientre, su sexo…

Ella se retorció de deseo mientras veía cómo se desvestía. Bryce tenía un cuerpo perfecto. Era una tortura para sus ojos. Ella quería sentirlo contra su piel, dentro de ella, llenándola. ¡Ya! ¡No podía esperar!

Bryce sentía lo mismo, porque le hizo el amor inmediatamente, ferozmente.

Ella tenía la ligera noción de que él la estaba castigando, pero no quería recordarlo. Quería que la transportase a aquella ola de pasión…

Cuando las olas de estremecido placer se apagaron, Lara se sintió satisfecha. Se quedó tumbada con los ojos cerrados, y con una sonrisa beatífica en los labios.

Sentía a Bryce al lado de ella. Su cuerpo caliente y sudoroso, su respiración aquietándose poco a poco. No la abrazaba ni la tocaba, como lo hubiera deseado ella. Él solo se quedó allí, echado, recobrándose. Ella pensó que volvería a hacerle el amor.

Pero en cambio, juró en voz alta, y saltó de la cama, enfadado. Lara agrandó los ojos y vio cómo se ponía la ropa.

–Ha sido un error –dijo él mientras se cerraba la cremallera de los pantalones–. ¡Un error enorme!

–Lo tenías en mente desde que has llegado –le dijo ella, disimulando el gran daño que le había hecho–. No ha sido algo que surgiera de repente. Me has estado mirando con ojos lascivos toda la noche.

–Y entonces, ¿por qué no me has impedido que lo hiciera? No, no me contestes. Creías que podía haber alguna posibilidad de que cambiase de parecer, ¿no? Piensas que, si me dejas hacerte el amor, serás irresistible para mí. Crees que podría volver a pedirte que te cases conmigo.

Furiosa por aquella interpretación de los hechos, Lara se levantó de la cama, tapándose con la sábana, y lo encaró.

–No seas tan engreído. Has sido tú quien ha dado el primer paso. Has sido tú quien me ha acosado para que hiciéramos el amor, así que no quieras hacerme responsable a mí ahora.

Lara quería desaparecer, pero no iba a darle el gusto de que notase su verdadero estado.

–Hacen falta dos para formar un equipo…

–Debí imaginarme que no aceptarías ninguna responsabilidad. Pero dejemos las cosas claras, aquí y ahora: no quiero nada contigo. Si intentas besarme… Te arrepentirás.

Él la miró divertido, más que ofendido.

–Eres una hoguera cuando te encienden… –él se sentó al borde de la cama para ponerse los calcetines y los zapatos.

Lara lo miró.

Él se levantó y dijo:

–No te olvides de que somos buenos amigos delante de tu tía. No se te ocurra dejarme solo frente a ello.

–Creo que será mejor que no visites a mi tía cuando yo esté en casa. De ese modo, no habrá problemas.

–Así no servirá. Haz teatro, Lara. Si no…

–¿Qué?

¡Cómo se atrevía a amenazarla!, pensó ella.

–Si no, tendrás problemas conmigo.

–Si la escena anterior es indicativa del modo en que piensas mantener las apariencias, olvídate –contestó ella.

–No se repetirá –le aseguró él–. Debo haberme vuelto loco.

–¿Estabas loco cuando sugeriste que guardásemos las apariencias por el bien de Helen?

–Son cosas independientes –él agitó la cabeza.

–Entonces, ¿por qué has venido esta noche exactamente?

Él no contestó. Se acercó a la puerta y la abrió.

Lara sintió tristeza de que la noche hubiera terminado de aquel modo.

Después de que él se fuera, ella se echó en el sofá y reflexionó sobre lo que había pasado. No dudaba de que Bryce había ido allí con la intención de hacer el amor con ella. Había sido una tonta por no resistirse. En realidad, ella había disfrutado terriblemente. Pero, ¡cómo se atrevía a culparla! Él había sido quien la había instigado, el que había planeado seducirla.

Era muy tarde cuando Lara decidió irse a la cama. Estaba cansada y nerviosa, y no podía dormir. Las imágenes de Bryce no paraban de atravesar su mente. Bryce desnudo, con un cuerpo que cualquier mujer se moriría por tocar. Bryce fuera de control, llegando a su máximo placer, su cuerpo encima del de ella. Y luego su enfado cuando la había culpado.

Al día siguiente, en el hospital le quitaron la escayola, y afortunadamente, también le dieron el alta a su tía. Y contrariamente a lo que había pensado, cuando Bryce se presentó en la casa, fue fácil fingir su amistad con él.

Fue fácil porque Bryce hizo que lo fuese. No hubo muestras de que hubiera habido algún problema entre ellos. Bryce hizo el papel de amigo y amante a la perfección. Su tía Helen quedó totalmente convencida. Y Lara casi se lo creyó.

En los días siguientes, él no dejó de mirarla con deseo. Le tomaba la mano con frecuencia, como si de verdad ella significase

algo para él. Lo hacía tan bien, que parecía que había cambiado.

Cuando estuvo seguro de que Helen estaba lo suficientemente bien como para quedarse sola, Bryce invitó a salir a Lara.

–¡Ya es hora! Pensé que ibais a cuidarme para siempre. Empezaba a sentirme culpable de que no tuvierais tiempo para estar solos.

–No nos importa quedarnos contigo –protestó Lara.

–Pero a mí, sí –respondió Helen–. Deberíais divertiros. No hay nada que podáis hacer por mí. Ahora estoy perfectamente bien. De hecho, debería llamar a una de mis amigas y salir a almorzar mañana. Es hora de que reinicie la vida social.

–Si estás segura… –dijo Lara.

A ella no le importaba el tiempo que tardase en recuperarse. Cuanto más tiempo, mejor.

–Entonces, Lara, ¿qué te gustaría hacer? –preguntó él, con una expresión que revelaba que sabía el dilema en que la estaba poniendo, y que a él le divertía aquello.

–Eso te lo dejaré a ti –respondió ella.

–¿Qué te parece un paseo en uno de mis cruceros?

–Una idea excelente –dijo Helen antes de que Lara pudiera contestar–. Me preguntaba cuándo ibas a mostrarle a Lara la faceta seria de tu vida.

–Mañana tengo un día de mucho ajetreo. Pero podemos cenar en el barco. Te recogeré sobre las siete.

Lara asintió.

–Estaré lista entonces.

Cuando Bryce se marchó, su tía dijo:

–No pareces contenta. ¿No quieres ir con Bryce?

–Tú eres la que me preocupa –mintió Lara–. No me gusta la idea de dejarte sola.

Helen hizo un gesto con la mano desdeñando las palabras de Lara.

–Lara, estoy bien. Ya estoy como antes.

–Si estás segura…

Lara se puso un vestido amarillo brillante. Necesitaba ponerse algo luminoso para contrarrestrar su estado de ánimo. Se recogió el pelo, y dejó caer algunos rizos alrededor de su cara.

Cuando llegó Bryce, salió a la puerta. Él la miró pero no dijo

nada. La acompañó al coche, no el mismo viejo Ford negro de la vez anterior, ahora que no tenía que seguir fingiendo, sino un Mercedes plateado.

–Helen no está en casa. Sigue con su amiga. Ha llamado por teléfono y me ha dicho que no la esperase. Parece que tiene un baile o algo así.

–Pero, ¿va a volver esta noche?

Lara lo miró con dureza y respondió:

–Por supuesto.

–Esto no te hace gracia, ¿verdad, Lara? –le dijo él–. Te has arreglado para salir, y has querido animarte, pero se ve que todo es muy artificial. Si no querías venir, tendrías que habérmelo dicho.

–¿Y disgustar a tía Helen? –preguntó ella, decepcionada al saber que él se había dado cuenta de lo que le pasaba.

–Ahora no está. Puedo llevarte a casa –respondió Bryce contrariado.

–Pero cuando regrese hará todo tipo de preguntas que no podré contestar –dijo Lara–. No, Bryce, haremos lo que habíamos planeado.

–Quiero que te lo pases bien.

–¿De verdad? –comentó ella, incrédula–. A ti no te importa lo que siento. Lo único que te interesa es mi cuerpo.

Bryce sonrió irónicamente.

–Entonces, somos dos. Yo me dije, ¿por qué no sacar alguna ventaja a una situación mala?

Lara estaba horrorizada.

–¿Te refieres a hacernos amantes solo por eso? ¿Porque nuestros cuerpos se niegan a aceptar que lo nuestro ha terminado?

–Puede ser divertido.

–Tal vez lo sea para ti.

–¿Quieres decir que no disfrutaste la otra noche?

Se detuvieron en un semáforo y él la miró a la cara. Pero Lara no lo quiso mirar.

Ella había perdido el control aquella noche. Y él lo sabía. Pero no hacía falta que le hiciera esa pregunta.

–Tu silencio es suficiente respuesta –sonrió Bryce.

–No creas que vas a conseguirlo otra vez. He salido contigo por mi tía y nada más.

–¿Y no te parece que sería bueno que, mientras, te lo pases bien?

–En absoluto.

–Una pena.

–¿Por qué?

–No hay nada peor que salir con una chica y que esté aburrida e incómoda toda la noche.

–Quizás sea mejor que me marche a Inglaterra.

–Eso sí que disgustaría a tu tía.

El semáforo cambió, y él arrancó tan bruscamente, que Lara se dio un golpe hacia atrás.

–Ella está ilusionada con nosotros.

–Y tal vez hubiera sido cierto si no hubieras llegado a conclusiones equivocadas –respondió ella.

–¿Equivocadas? No lo creo. No obstante, creo que debemos olvidarnos de todo eso en las próximas horas. No tiene sentido seguir con algo pasado.

Una persona tan cabezota como Bryce jamás admitiría que había cometido un error. Pero él tenía razón. Iban encaminados al desastre.

Cuando subieron al crucero, Bryce saludó al capitán con una palmada en la espalda. No había una relación de jefe y empleado, no había barreras. Eran amigos, en apariencia.

–Quiero que conozcas a Lara –dijo él, girándose hacia ella–. Lara, este es Steve Slater; Steve, Lara, mi novia.

¡Novia! Lara se quedó con la boca abierta. Sonrió y le dio la mano.

–Hola, Steve.

Steve era delgado y apuesto, debía de tener cuarenta y tantos años.

–¿Novia, eh? –dijo sorprendido–. Ya era hora, Bryce. Has estado demasiado tiempo solo.

–Hace poco que estamos juntos –se rio Lara para disimular–. No nos cases todavía.

–Siempre me he preguntado por qué le dejaste a Gloria la dirección de tus negocios. Y ahora lo comprendo –dijo Steve–. Es una gran chica. Es buena para los negocios, y guapa. Hubo un tiempo en que…

–Déjalo ya, Steve –le advirtió Bryce–. Ven, Lara, voy a mostrarte

el barco.

Lara frunció el ceño, preguntándose si sus sospechas sobre Gloria eran fundadas.

Bryce le presentó a la tripulación. Todos la miraron con interés.

Cuando estuvieron solos, Lara le dijo:

–¿Por qué dices que soy tu novia? Es embarazoso.

–¿Y por qué otro motivo iba a estar con una chica hermosa?

–¿No te importa tener que dar explicaciones luego cuando desaparezca de tu vida?

–Eso es problema mío –dijo él–. Dejemos eso ahora, y pasémoslo bien.

El crucero era más grande de lo que Lara se había imaginado, y muy lujoso. El comedor de la cubierta inferior parecía preparado para una banquete real.

–¿Es normal esto? ¿O es especial porque el jefe está aquí esta noche?

Bryce sonrió.

–Siempre es así. Nosotros tratamos a nuestros clientes como si fueran todos gente importante.

–Es precioso.

–Me alegro de que te guste.

–¿Y tienes una flota entera?

–Varios barcos, sí.

Bryce era modesto. Y al parecer, aunque a Lara no le gustase admitirlo, el dinero no se le había subido a la cabeza.

La noche fue un éxito. Ella había deseado no sentarse a solas con él en la mesa, y no fue así. Había otras dos parejas, todos extraños al principio de la noche, pero al final parecían viejos conocidos.

Helen estaba en casa cuando regresaron, y Lara, como había bebido champán, estaba contenta y relajada. Su tía se puso contenta al verlos tan animados, y les preguntó todo tipo de detalles de aquella velada.

Al día siguiente Lara tenía dolor de cabeza y se sentía mareada, y Helen la acusó de haber bebido demasiado.

–Aunque de vez en cuando no está mal –agregó.

Pero en los días siguientes tampoco se sintió bien. Debía de ser algo que había comido, pensó Lara. Aunque Bryce le había asegurado que siempre servían la mejor comida a bordo.

Ella no le dijo nada a Bryce cuando llamó por teléfono, y se alegró de que él le dijera que se marchaba a Queensland en viaje de negocios.

–No sé cuánto tiempo estaré. Estoy expandiendo mi negocio.

«Tomate todo el tiempo que quieras», pensó ella. Era un alivio. Le daría un respiro. Aunque no comprendía por qué no se lo había dicho la noche anterior. Hasta Helen pensó que era raro. Pero Lara se preguntó si no sería un modo de apartarse de aquella difícil situación.

Una semana más tarde, Lara descubrió por qué no se había estado sintiendo bien.

Capítulo 10

ERA la primera vez que Lara no tenía el periodo. La idea de que pudiera estar embarazada la sumió en la desesperación más absoluta. Bryce y ella habían hecho el amor solo una vez sin protección… No, dos veces, reflexionó Lara. Pero la otra noche no contaba. Ella estaba pensando en el día en que se había roto el brazo, en la ducha… Una ocasión que jamás olvidaría. Hasta el recordarlo la excitaba. Había habido algo en aquella primera vez…

Pero lo tenía muy claro: no se lo diría a Bryce. Se marcharía de Australia primero. Porque sabía que él pensaría inmediatamente que lo había hecho deliberadamente para obligarlo a casarse con ella.

Y la destruiría.

Se las ingenió para disimular sus náuseas delante de Helen. La ayudaba el hecho de que su tía fuera una persona que empezaba el día muy temprano, y que le gustase tomar el desayuno en el jardín. Una sola vez había entrado en el momento en que Lara se encontraba mal y esta la había convencido de que se había ahogado con un trozo de fruta.

Bryce llamaba por teléfono a menudo para que Helen no sospechase que su relación amorosa había terminado. Siempre pedía hablar con Lara. Solía contarle cómo le iba, y todo tipo de cosas, pero no hablaba sobre su relación. Y al final de cada conversación, sin excepción, le pedía que le dijera que lo amaba.

–Dilo fuerte para que te oiga Helen –insistía–. Tenemos que tenerla contenta.

Lara se sentía terriblemente mal, pero a él parecía gustarle aquel juego. Le habría gustado decirle algo al respecto, pero siempre estaba su tía cerca de ella, y no podía hacerlo.

Una noche, Bryce le anunció que volvería de su viaje al día siguiente. El corazón de Lara se aceleró.

¿Y si se daba cuenta de que le pasaba algo? ¿Y si adivinaba lo del embarazo? ¿Qué haría?

Debía ser valiente y representar perfectamente su papel para que él no sospechase nada.

–No sé a qué hora llegaré. Tal vez sea muy tarde. Pero no te vayas a la cama. No es lo que haría una chica enamorada.

Lara no sabía si no había un doble sentido en lo que decía. «No te vayas a la cama hasta que esté yo en ella», le parecía entender. ¿O eran ideas de ella?

Era muy tarde, y Lara, pensando que Bryce no llegaría, estaba a punto de irse a la cama cuando apareció. Helen se había acostado ya.

–Estoy cansada –había dicho Helen–. No puedo seguir levantada. Además, es a ti a quien quiere ver, Lara. Dale un beso de mi parte.

Era lo último que haría. No quería ninguna intimidad con él. Ni un casto beso. Tenía que empezar el proceso de distanciamiento de él.

Cuando abrió la puerta, vio a Bryce cansado. Pero estaba tan sexy como siempre, a pesar de la fatiga que expresaban sus ojeras.

–Entra –dijo ella, sorprendida de su tono sensual–. Helen se ha ido a la cama.

¿Por qué sentía aquella debilidad en las rodillas? ¿Por qué su corazón daba un vuelco al verlo?

–Pero me ha dicho que te dé un beso de su parte –continuó Lara.

–Es tarde, lo sé, pero… –dijo Bryce.

–Debiste dejarlo para mañana.

–Soy tu ansioso amante, no lo olvides –él clavó en ella sus ojos grisáceos–. Pareces cansada. ¿Te ha hecho trabajar mucho Helen?

Lara sonrió débilmente.

–Es mucho más tarde de la hora en que suelo acostarme –ella se dio la vuelta. No quería que viera ningún otro signo de su estado–. ¿Quieres una copa?

Él se pasó la mano por la frente.

–Una taza de café bien cargado me vendría bien. Sé que dicen que no hace bien por la noche, pero me hace falta.

Entonces, ¿por qué había ido? No tenía sentido. Ni su tía habría querido que fuese si estaba tan cansado, pensó Lara.

Lara preparó el café y se lo llevó a la galería. Creyó que Bryce estaba dormido. Tenía sus largas piernas extendidas, los pulgares metidos en el cinturón, y la cabeza apoyada en el respaldo de la

silla. Pero cuando ella se estaba acercando, Bryce entreabrió los ojos y la miró.

Lara se alegró de que estuviera oscuro y de que él no pudiera ver su expresión turbada. En los últimos días, había intentado convencerse de que él ya no significaba nada para ella, de que debía borrarlo de su mente. Pero en cuanto lo tenía cerca, volvía a ser suya.

–Es el primer momento de paz que tengo desde que me fui –dijo Bryce, como hablando consigo mismo.

–¿Resultó fructífero tu viaje?

–¿Preguntas por alguna razón en particular?

Lara sabía qué estaba pensando, pero intentó no darse por enterada.

–No. Hemos recibido una postal de Charlie ayer. Está en Coober Pedy.

Él se dio cuenta de su deliberado cambio de tema.

–¿Comprando todos los ópalos que ve?

–Ha conocido a un chico allí, y está profundamente enamorada. Tanto, que ha conseguido trabajo en una de las tiendas que venden ópalos para poder estar con él.

–A esa chica le gustan todos los hombres –dijo él.

Lara asintió.

–De hecho, creo que si no hubieras estado tú, habría intentado seducirme.

–¿Y a ti te gustaba?

–No.

¡Pero, no obstante, él le había hecho caso a Charlie y se había puesto contra ella!, pensó Lara.

Bryce sabía que había sido una locura ir allí tan tarde. Pero había estado desesperado por llegar. Aunque pensara cosas desagradables de Lara, su cuerpo lo volvía loco. Lo atormentaban los pensamientos acerca de hacer el amor con ella.

Se había pasado noches enteras pensando en ella, en su cuerpo, en las caricias, los abrazos, en el acto de hacerle el amor. Y aquellos pensamientos lo habían llevado hasta allí aquella noche, a pesar de la hora.

Lo más absurdo era que mientras Helen estuviera en la casa no podría aliviar su excitación.

Helen era una mujer moderna, y no se sorprendería de saber que tenían relaciones íntimas, pero para Bryce habría sido una falta de respeto hacerlo en casa de Helen.

La única luz que los alumbraba era la de la habitación que estaba detrás de ellos, y Bryce no podía verle la cara. Pero en un momento en que ella se giró y la luz iluminó parte de su rostro, Bryce notó su aspecto cansado. De todos modos, estaba muy atractiva. Él volvió a excitarse.

Se maldijo.

De no haber sido por Helen y su amistad de años, se habría alejado de Lara hacía tiempo. La habría apartado de su vida sin pensarlo dos veces. Pero, lamentablemente, el verse obligado a estar en su compañía hacía que sus sentimientos siguieran vivos. Lo torturaban. Durante su viaje, en varias oportunidades había tenido que pedir que le repitieran lo que habían dicho porque no podía dejar de pensar en Lara.

Y ahora le ocurría lo mismo, con la misma persona que era la causa de su distracción.

–Lo siento, ¿qué has dicho?

–He dicho que pienso regresar a Inglaterra muy pronto.

Él se incorporó.

–No puedes hacer eso –dijo él, prestándole toda su atención ahora.

Inmediatamente, Bryce se dio cuenta de que era ridículo haber dicho aquello. Era lo mejor que podía sucederle. Su vida volvería a la normalidad. No tendría más noches en blanco.

–¿Por qué no?

–Por Helen.

¡Porque él la deseaba, maldita sea!, pensó Bryce.

–Helen lo aceptará. Iré preparándola.

–Se disgustará aun así. Podría causarle otro ataque al corazón.

Él sabía que era un chantaje emocional. ¿Qué diablos le pasaba?

–Te he dicho que lo haré con cuidado –le dijo ella mirándolo con sus ojos azules–. Y te agradecería que enfriases nuestra relación si tengo que prepararme para volver a Inglaterra.

Él no pudo reprimir una sonrisa.

–No veo la gracia –dijo ella.

–No la tiene. Pero es imposible.

–¿Por qué?

–Helen es muy astuta. Tenemos que tener una razón muy sólida para terminar nuestra relación.

Lara desvió la mirada, sorbió el café y miró a lo lejos.

Bryce notó que estaba un poco rígida. Y él debía alegrarse de que quisiera marcharse. Porque eso probaba que había abandonado la idea de conseguirlo.

–Estoy segura de que a ti se te ocurrirá una buena razón. A no ser que quieras que yo hable de unos cuantos defectos de tu carácter que no me gustan. ¿Crees que me creerá? Me da la impresión de que para mi tía eres incapaz de hacer algo mal.

–Helen me conoce tanto como si fuera mi madre.

–O sea que soy yo quien tiene que ser la mala –Lara lo miró enfadada–. Puedes decirle que tú has hecho lo posible, pero que no puedes perdonar ni olvidar.

–Es posible que haga eso –asintió él–. Pero todavía, no. Helen no necesita más disgustos de momento. Como tú dices, tenemos que hacerlo poco a poco –tomó la taza de café y se lo bebió–. Me voy.

En realidad, no había servido de nada ir a verla. Al contrario, había agregado tormento a su estado de desasosiego. Lo que no comprendía era la decisión de Lara de marcharse. Él había pensado que ella, tarde o temprano, intentaría atraparlo, y evidentemente se había equivocado. No podía creer que se hubiera dado por vencida tan pronto.

Bryce se puso de pie y Lara lo acompañó a la puerta. Aquella vez él no intentó besarla. Solo le sonrió débilmente.

–Buenas noches, Lara. Dile a Helen que la llamaré mañana.

Pasaron varios días en que Lara logró no verse obligada a hablar con Bryce cuando este llamaba. Salía todo lo que podía, a caminar, a hacer compras, se marchaba en tren a la ciudad.

Helen supuso que Bryce tenía mucho trabajo. Pero después de una semana en que no se habían visto empezó a sospechar.

–¿Os habéis distanciado Bryce y tú nuevamente? –preguntó una noche.

Habría sido fácil decirle que sí y haber terminado la historia de una vez por todas, pero Lara notó preocupación en Helen.

–¿Cómo crees que podría haberme distanciado de él si no lo he visto? Está muy ocupado. Me dijo que no vendría en unos días.

–Está bien –dijo su tía–. Solo que como no te he visto muy bien últimamente, me preguntaba si…

–No tienes de qué preocuparte, Helen. De verdad.

¿Cuánto tardaría Helen en aceptar que la relación que ella esperaba entre ellos jamás tendría lugar?

Dos días más tarde, su tía la sorprendió con náuseas.

–Esta vez no es un trozo de fruta. Será mejor que me digas qué sucede.

Lara tragó saliva, y se preparó para decírselo, pero su tía se adelantó.

–Estás embarazada, ¿verdad?

Lara asintió y hundió la cabeza entre sus manos.

–¡Pobrecita mía! –Helen rodeó los hombros de su sobrina para consolarla–. ¿Por qué diablos no me lo has dicho? ¿Lo sabe Bryce? No debe de saberlo, si no, no habría estado tanto tiempo fuera. Va a ponerse muy contento. Siempre ha querido tener hijos.

–No quiero que lo sepa. Al menos, por ahora.

Aquello iba a estropear sus planes. Ahora su tía no iba a dejar que se marchase.

–Pero debes decírselo, Lara. Él tiene derecho a saberlo. ¿Qué estás pensando? No tienes por qué apresurarte a casarte… Sé cómo sois vosotros, la gente joven… Pero Bryce debe saberlo. Llámalo ahora, y hazlo el hombre más feliz de la tierra.

–No se alegrará –murmuró Lara mirando a su tía con tristeza–. Es mejor que lo sepas: no nos hemos reconciliado. Lo hemos fingido por ti.

Helen se quedó inmóvil un momento, y Lara temió haber dicho demasiado. Pero luego su tía le sujetó los hombros.

–¿O sea que ese era vuestro juego? A veces sospechaba que algo no iba bien. Pero esto cambia radicalmente las cosas. Supongo que puedes decir que es lo mejor que ha podido pasar. Bryce no será capaz de resistirse a ti ahora. Ya verás. Todo irá bien –miró la cara de preocupación de Lara–. Lo amas, ¿verdad?

–No lo sé.

–Por supuesto que sí. Lo he visto con mis propios ojos. Estabas terriblemente triste cuando te peleaste con él y creías que no se iba a arreglar la relación.

–Eso fue porque no me gustó lo que me dijo, de lo que me acusó.

–Pero eso debe de haber cambiado cuando yo le dije que no había revelado su secreto, ¿no?

Lara agitó la cabeza.

–No cambió. Él cree que me casaría con él por su dinero. En realidad, yo no quiero nada de él. No me casaría con él aunque me lo rogase.

–¿Vas a sufrir por una discusión estúpida? –Helen frunció el ceño–. ¿Y Bryce? Sabes que está enamorado de ti… No puedes hacerle esto. No es justo.

Lara agitó la cabeza.

–Estás equivocada. Tal vez Bryce estuvo enamorado de mí, pero ya no.

Helen agitó la cabeza con desesperación.

–¿Cómo es lo que dicen? ¿Que no hay peor ciego que el que no quiere ver? Lara, cariño, créeme, él te ama, aunque no lo sepa siquiera.

Pero Lara no quería decírselo. Y Helen insistía en que se lo dijera.

–Si no se lo dices tú, se lo diré yo.

–¡No puedes hacer eso! Es mi cuerpo, y si no quiero que Bryce se entere, es cosa mía.

Helen alzó la mano, horrorizada.

–De acuerdo. Tú ganas –sonrió tiernamente–. Por ahora.

Pero Lara no se quedó tranquila, y muy dentro de ella sabía que Helen tenía razón, que Bryce tenía derecho a saberlo. Ahora que su tía lo sabía, marcharse a Inglaterra no era una solución. Tendría que haberse marchado antes, en el mismo momento en que supo que estaba embarazada, así nadie se habría enterado.

Como si hubiera estado al tanto de su conversación, Bryce fue temprano aquella noche. Helen lo saludó con un abrazo y un beso, y luego sugirió que invitase a salir a Lara.

–Hace mucho tiempo que no estáis solos, ¿o preferís que me vaya? No es que tenga ganas. Hay una buena película en televisión y…

Bryce se rio.

–¡Oh! Comprendo. Capto el mensaje. Lara, ¿qué opinas?

Lara ocultó su ansiedad.

–Me parece que no tenemos alternativa.

–¿Has comido? –preguntó Bryce.

–No.

–Entonces, vayamos a cenar. Tú ganas, Helen. No nos culpes si te sientes sola.

Lara estaba nerviosa, y una vez que estuvieron en el coche de Bryce, se sintió peor aún. Sabía lo que diría Bryce cuando le diera la noticia. Tal vez fuera mejor esperar al final de la noche. ¿Para qué estropear una buena cena? Apenas había comido en todo el día, y estaba muerta de hambre.

Al ver que Bryce se dirigía a su mansión, se sintió inquieta. ¿Qué tenía en mente?

Cuando le diera la noticia, descartaría la idea.

Quizás fuera mejor que estuvieran solos. Porque Bryce podría hacer una escena en el restaurante.

Cuando Lara vio por la ventana la mesa cuidadosamente puesta para dos personas, supo que Bryce lo tenía todo planeado.

–¿Bryce?

–Cortesía de mi ama de llaves. Helen lleva días insistiéndome en que te invite a salir.

–Tuviste suerte de que no hubiéramos comido.

–Es por eso por lo que he ido temprano.

–¿No te lo ha pedido mi tía?

Lara se preguntaba si su tía no lo habría telefoneado después de la conversación de aquella mañana.

–¿Por qué piensas que iba a hacerlo?

–Helen estaba extrañada de que no hubieras venido a verme últimamente.

–¿Y qué le has dicho? –preguntó él alzando la ceja.

–Que estabas ocupado.

–Lo has adivinado. Lo he estado. Helen no estaba preocupada, ¿verdad?

–No creo.

–Bien. Comamos, ¿te apetece? Así me cuentas qué has estado haciendo en estos días –él le ofreció una silla.

–Como si te interesara… –respondió Lara–. Esto es tan difícil para mí como para ti.

–¿Es así como te planteas compartir el tiempo conmigo? –la miró achicando los ojos.

–Tú has hecho que sea así –contestó ella.

–Espero que no le hayas hecho notar a Helen lo que sientes por mí.

–Helen piensa que estamos locamente enamorados.

–Buena chica. ¿Qué quieres beber?

–Coca–cola, gracias.

–No estaba pensando en un refresco –él alzó la ceja.

–Es lo que quiero.

Él tocó el timbre para que fuera su ama de llaves.

–¿Qué sucede? ¿Tienes miedo de que te emborrache para aprovecharme de ti?

–No sería tan raro.

La sopa estaba deliciosa. Y el cordero a la menta exquisito. Lara empezó a pensar que podría disfrutar de la comida después de todo.

–Hay algo raro en ti, Lara. Estoy intentando deducir qué es.

Su corazón empezó a latir aceleradamente. Ella había pensado esperar hasta más tarde para revelarle su secreto.

–¿Es el pelo? Parece más sedoso, y tu piel está más traslúcida.

Al parecer, no había notado que sus pechos estaban más grandes. Tal vez no fuera tan evidente.

–Solo me he protegido del sol.

–Debe de ser eso –él siguió comiendo.

Pero Lara perdió el apetito. Cada vez estaba más nerviosa.

–¿No te gusta?

–¿El qué? –ella alzó la mirada y se encontró con los ojos de Bryce.

–¿No es de tu agrado la comida? Puedo decirle a la señora…

–No, no lo hagas. No es la comida. Soy yo. No tengo mucho apetito. La sopa me ha llenado.

Él sabía que estaba mintiendo. Ella lo veía en sus ojos.

–¿Qué sucede, Lara? Has estado nerviosa todo el tiempo.

Lara giró la cabeza y miró por la ventana hacia las luces del puerto y la luna casi llena. La cara de Bryce se reflejaba en la ventana. Seguía mirándola. Tal vez aquel fuera un buen momento

para decírselo. Cuanto más esperase, sería peor.

Capítulo 11

LARA respiró profundamente y miró a Bryce. Seguía mirándola, como escudriñándola. Sabía que tenía algo importante que decirle.

–Estoy embarazada –las palabras salieron solas, en voz alta, desafiantes.

Lara contuvo la respiración esperando la respuesta.

Pero cuando él contestó, habló con tono sereno.

–¿Estás embarazada?

–Es lo que he dicho.

–¿Esperas un niño?

–¡Sí!

–¿Mío?

–¡Sí!

Hubo un momento de silencio. Luego se oyó su voz como un trueno, como si toda la casa fuera a temblar.

–¡Lo has planeado! ¡Eres una desgraciada!

Lara sintió sus palabras como si fueran un golpe.

–Lo has planeado. ¡Eres una desvergonzada! Sabías que no iba a pedirte nuevamente que te casaras conmigo, después de saber…

–No seas engreído –lo interrumpió Lara–. Ni siquiera iba a decírtelo. Helen me obligó –se habría puesto de pie y le habría dado un bofetón también, pero su cuerpo estaba paralizado.

Bryce se aferró al borde de la mesa y se inclinó hacia delante.

–¿Y supones que me lo voy a creer? ¿Crees que no sé que has…?

–Sabía cómo ibas a reaccionar –Lara agitó la cabeza impacientemente, y agregó con desprecio–: Sabía que pensarías que lo había hecho deliberadamente. ¡Dios! Eres tan predecible… –ella casi olía la furia de Bryce.

–¿Y no ha sido así? –preguntó él con ojos de hielo.

¡Dios santo! Ella quería desaparecer de allí. No quería seguir escuchando acusaciones. Él jamás aceptaría que ella no había planeado nada, aunque se pasara el resto de la vida tratando de convencerlo.

–¿Crees que soy estúpida? –respondió ella igualmente furiosa–. No quiero nada de un hombre que se apresura a condenar antes de oír la verdad.

Lara se puso de pie con esfuerzo. Sabía que no debía de haber hecho caso a Helen.

–Llévame a casa.

Él se echó hacia atrás.

–¡De eso nada! –dijo Bryce con ironía–. Te llevaré cuando me parezca a mí.

Ella sintió que su corazón se paralizaba, y que se le hacía un nudo en el estómago.

–¿Para qué quieres que me quede? Ya has dejado claro lo que sientes.

–Hay muchas razones. Hay mucho de qué hablar.

–No estoy de acuerdo –alzó el mentón desafiante–. Voy a regresar a Inglaterra. No puedes hacer nada al respecto.

–¡Maldita seas! –Bryce se abalanzó encima de ella y le agarró el cuello.

Por un momento Lara pensó que iba a estrangularla. Pero en cambio le tomó la cabeza y la obligó a mirarlo a los ojos.

–¡Vete al infierno! –exclamó fuera de sí.

–¡Qué dulce eres, Bryce! –dijo ella sarcásticamente, sin saber cómo era capaz de inyectar la medida exacta de sarcasmo–. Pero creo que eres tú quien va a terminar allí.

Los fosas nasales de Bryce se agrandaron y achicaron, los músculos de su mandíbula se tensaron, tratando de recuperar el control. Gradualmente sus manos se relajaron, y por fin Bryce dio un paso atrás.

–Di lo que quieras, pero no permitiré que te marches. Tenemos que hablar. Tenemos que llegar a algún… tipo de acuerdo amistoso.

–¿Amistoso? –ella se rio forzadamente–. ¿Crees que es posible? Si tú me desprecias…

–Tenemos que pensar en el bebé.

Lara alzó las cejas. Bryce había reaccionado como había previsto. Pero tenía curiosidad por saber cómo pensaba resolver aquella situación. Para ella, lo mejor era criar a su hijo sola. Si seguía allí, su vida sería un infierno.

Bryce dio pasos a un lado y a otro, con la cabeza agachada.

Parecía tener diez años más que hacía unos minutos. Pero Lara no sentía pena por él. Después de un rato observándolo, notó que había tomado una decisión. Bryce irguió la espalda y detuvo sus pasos. Le dirigió una mirada penetrante y dijo:

–Quiero que te cases conmigo.

Lara dejó de respirar, se quedó petrificada. Solo su mente se mantuvo alerta.

Aquello era algo que no había esperado. No podía hablar en serio. ¿En qué estaba pensando? ¿De qué serviría aquello? Sus sentimientos no cambiarían. Era una receta que conducía al desastre. No era justo criar a un hijo en un hogar lleno de hostilidad.

Cuando quiso hablar, no pudo.

–¿Me has escuchado? –preguntó él.

Ella tragó saliva y asintió.

–Sí –susurró casi imperceptiblemente.

–Haré los preparativos ahora mismo, y…

–No puedo hacerlo.

–¿Qué quieres decir con que no puedes? –Bryce frunció el ceño. La rabia volvió a asomar a sus ojos–. Es la única solución posible. Y la única razón para que te quedases embarazada –agregó Bryce.

–¡Desgraciado! No comprendes nada, Bryce Kellerman. Nada. No es lo que quiero en absoluto. Jamás me casaré contigo.

Él achicó los ojos.

–Entonces, hay una sola alternativa –dijo calculadoramente–. Me das el bebé en cuanto nazca.

Lara sintió que se desmayaba. Se agarró de la silla para no caerse. Pero los brazos de Bryce la sujetaron.

–¿Sabes lo que estás pidiendo? –susurró ella.

–Es mi hijo.

–Y el mío también. Y como no podemos partirlo en dos… Además, la ley está de mi parte –ella sintió frío de repente. Se sintió fría, enferma y preocupada, y desesperada por volver a casa y acostarse.

–No tienes otra elección que casarte conmigo. Porque me niego a perder lo que es de mi sangre.

Lara sabía que casarse con Bryce la haría la muchacha más feliz del mundo, pero no en esas circunstancias.

¿Qué clase de matrimonio iba a ser? ¡Un matrimonio infeliz! ¡Terriblemente infeliz!

Iba a sentirse atrapada en una relación sin amor. A él le iba a importar solo su hijo y no ella.

–No puedo casarme contigo –dijo ella serena pero firmemente.

–Entonces, el niño es mío –declaró arrogantemente él–. No hay discusión. El niño se queda conmigo –fue una declaración de hecho. Ni siquiera esperaba que ella le discutiese más.

Después de una pausa en la que Lara permaneció en silencio, él agregó:

–Ahora te llevaré a casa.

Lara sabía que no podía aceptar aquello, pero estaba muy cansada para discutir.

Dejó que él la ayudase a entrar en el coche, cerró los ojos y Bryce condujo. Ella no tenía fuerzas para nada. Lara aceptó su brazo para subir los escalones de entrada a la casa, pero se marchó a su habitación inmediatamente después de que Helen abriese la puerta.

Oyó sus voces murmurando. Helen debía de pensar que ella era tonta. Pero, ¿cómo iba a aceptar casarse con Bryce sabiendo lo que él pensaba de ella? Era algo que no auguraba felicidad para el futuro.

De hecho no habría felicidad. Lo único que quería él era al niño. Ella no significaba nada para él. Hacía bien en no casarse con él. Y jamás le entregaría al niño.

Eso no ocurriría nunca.

Ella tenía tiempo para decidir lo mejor. Mucho tiempo.

Se quitó los zapatos y se echó en la cama. Tenía que buscar una casa en algún lugar donde él no la encontrase jamás. Tenía que pensarlo muy bien…

Cerró los ojos, y se quedó dormida. No oyó el coche de Bryce cuando este se marchó, ni a Helen entrar de puntillas y taparla con la colcha.

Se perdió en un mundo de sueños. Un mundo de sueños donde Bryce y ella eran felices, estaban casados y tenían varios niños…

Se despertó sudando, y cuando se incorporó, se sintió desesperadamente mareada. Le llevó varios minutos ponerse de pie e ir al cuarto de baño.

Y fue allí donde Helen la encontró, caída en el suelo, pero

consciente.

Helen la acostó y llamó al médico. Este la regañó por no haber ido a verlo inmediatamente después de saber que estaba embarazada, pero le dijo que no había nada de qué alarmarse. Que simplemente tenía que tener más cuidado en aquellos primeros meses.

Luego, llegó Bryce, con cara de preocupación.

Lara suspiró pesadamente. Helen debía de haberlo llamado.

–¿Qué ha sucedido? ¿Está bien el bebé? –preguntó urgentemente.

¡El bebé! ¡No ella! No pronunció una sola palabra acerca de cómo estaba ella. Lara casi rompió a llorar de desesperación.

Bryce tenía aspecto de haberse levantado deprisa. Tenía la camisa mal abrochada, el pelo despeinado.

—Helen se ha asustado por nada –le dijo Lara–. No tienes que preocuparte.

–Pero lo estoy. ¿Estás bien, Lara?

Aquello era lo primero que tendría que haber preguntado, pensó Lara.

–Sí, estoy bien.

–¿Puedo ayudarte en algo, traerte alguna cosa?

–Nada, gracias –dijo Lara reprimiendo una sonrisa irónica.

–¿No tendrías que estar en el hospital? ¿No deberían hacerte una exploración?

–Fue un desmayo tonto, nada más –le dijo ella con impaciencia–. Y ni siquiera estoy segura de si ha sido eso. Estaba mareada y me caí al suelo. He pasado una mala noche.

–Necesitas descanso.

–Quizás, pero no te necesito para que me digas eso. Gracias por venir. Ahora puedes irte. Seguro que Helen te mantendrá al tanto de mi evolución.

Pero él se sentó al lado de la cama.

–¿Ha sido culpa mía algo de esto? –preguntó Bryce frunciendo el ceño con preocupación–. Ayer no fui muy cortés.

Lara agitó la cabeza, lo que lamentó inmediatamente, porque sintió mareo nuevamente.

–No ha tenido nada que ver contigo. He tenido algunas pesadillas y me he levantado sudorosa y sobresaltada. Ahora lo

único que me hace falta es una ducha.

–Déjame ayudarte.

Ella se rio histéricamente. ¿Él, ayudarla?

Bryce le tomó la mano y dijo:

–Cásate conmigo, Lara. Deja que te cuide.

–¡Vete al infierno! –respondió ella, notando que él lo decía como si de verdad estuviera preocupado por ella.

Pero a Bryce solo le interesaba su hijo. Eso lo había dejado claro.

–¡Lara! –protestó Helen, que apareció en la puerta–. ¿Cómo le hablas así a Bryce?

–Creo que es hora de marcharme –dijo Bryce sin esperar la respuesta de Lara–. Llamaré más tarde.

–No hace falta que te molestes –contestó Lara.

Helen puso los ojos en blanco. Bryce suspiró y agitó la cabeza. Y ambos se fueron de la habitación.

Lara se levantó de la cama y corrió al cuarto de baño. Tenía que alejar a Bryce de su vida.

Se metió en la ducha y dejó que el agua cayera sobre sus hombros con toda su fuerza. ¿Cuánto tiempo seguiría importunándola? ¿Y cuánto tiempo podría resistirlo ella? Si cada vez que fuera a verla iba a pedirle que se casara con él, sería mejor marcharse de allí.

Su madre se alegraría de que ella volviera a casa, pero esa no era la solución. El problema era que no sabía cuál era. Ni siquiera tenía la energía necesaria para empezar de nuevo en otro sitio. ¿Y de qué viviría? Quizás pudiera conseguir un trabajo temporal, pero cuando se viera obligada a abandonarlo, ¿qué haría? Los pocos ahorros que tenía los había gastado allí. Helen le había dicho que no se preocupase, pero realmente no podía seguir pidiendo dinero a su tía.

Permitir que Bryce accediera a su cuerpo había sido un error. Él no la había amado jamás. Si no, no habría podido pensar que ella fuera capaz de quedarse embarazada a propósito para obligarlo a casarse. Solo había sido lascivia por parte de Bryce, nada más. Y ahora ella sentía una mezcla de amor y de odio.

Quería alejarlo de su vida, pero él no iba a desaparecer. Era ella quien debía desaparecer entonces.

Pero todavía no, hasta que no se sintiera capaz de hacerlo no lo

haría. Y sería antes de que naciera el bebé.

El shock que había sufrido Bryce cuando Lara le había dicho que estaba embarazada había sido algo que jamás había experimentado antes. Lo había dejado estupefacto. ¿Cómo había sucedido? No tenía sentido. Él siempre había tenido mucho cuidado. Y el hecho de que le hubiera pedido que se casara con él tampoco tenía sentido. Había sido una decisión muy difícil. Lo había pensado mucho, y había pensado que había hecho lo correcto… ¡Y sin embargo ella lo había rechazado!

Lara estaba muy hostil con él. No quería ser su esposa. Él sabía que no había sido amable con ella, pero seguramente el bebé cambiaba radicalmente la situación. No la comprendía. Al menos, había aceptado que él se quedase con el bebé, ¿o no? Ahora que lo pensaba, se daba cuenta de que en realidad no había aceptado nada. Él, en su arrogancia, había dicho que se quedaría con el bebé. Y ella no había dicho nada.

Tenía que observarla cuidadosamente. No quería que huyera. Tal vez el matrimonio pudiera funcionar. ¿Y qué si ella estaba interesada en la buena vida? ¿Importaba realmente? Él podría aceptarlo. Era buena en la cama. Y, ¡maldita sea!, él quería a su bebé.

Iba a tener que convencer a Lara de que había cambiado de parecer, de que quería casarse con ella por las razones adecuadas. Intentó ignorar que siempre habían sido esos sus sentimientos hacia ella.

Pero cuando había ido a verla aquella noche, después de un duro día de reuniones y difíciles decisiones, ella había estado tan hostil como siempre, y él había sabido que sería un trabajo largo y difícil hacerle creer que había cambiado.

Helen y Lara estaban sentadas en los sillones de la galería disfrutando de las últimas horas del calor del día. Helen se levantó de un salto, contenta de verlo, y le ofreció su asiento antes de marcharse y dejarlos solos. Pero cuando Bryce se sentó, Lara se separó unos centímetros de él.

Bryce fingió no darse cuenta y preguntó:

–¿Cómo estás?

–Mejor.

–¿No has tenido más mareos?

–No.

–Me alegro. ¿Has salido hoy?

–No.

–¿No tienes nada más que decirme?

–No quiero que vengas –dijo ella, mirándolo con resentimiento.

–Es una pena –contestó Bryce, sabiendo que, si le contestaba enojado, iba a ser peor–. Porque yo quiero estar aquí. El niño que llevas en tu vientre es también mío, Lara. Yo quiero ser parte de todo el proceso.

–Debiste pensarlo antes –respondió ella–. No tendrás una segunda oportunidad.

Lara estaba dolida, él se daba cuenta, pero había sido ella quien había empezado. Y él tenía que agradecerle a Charlie el no haber hecho el ridículo. Pero ahora las cosas habían cambiado. Él quería que ella volviera a formar parte de su vida. No podía dejar que lo apartase de ese niño. Él siempre había querido tener hijos, y planeaba tenerlos algún día. Para él, su primer hijo era algo especial. Le costase lo que le costase, no iba a permitir que Lara lo privase de ese placer.

–Lara, ¿serviría de algo que me disculpe? –él estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de obtener lo que quería.

–¿Disculparte por qué? ¿Por no creerme? ¿Por dejarme embarazada? ¿Por jurar que me quitarás el niño? ¿O te refieres a las tres cosas? Vete, Bryce. No quiero volver a verte.

¡Estaba tan hermosa enfadada!, pensó Bryce. Este agitó la cabeza, y se reprimió decir algo que podría destruir por completo su relación con ella.

–Mira, Lara. Sé que estás herida. Yo también estoy herido. ¿Por qué no hacemos las paces?

Un pensamiento atravesó su mente: que tal vez estuviera cometiendo una injusticia con Lara. No tenía prueba de que ella lo hubiera rechazado porque no era el millonario al que aspiraba. Y el hecho de que ella hubiera despreciado su última proposición de matrimonio demostraba que aquel no había sido un plan cuidadosamente elaborado.

¿O sí?

Las dudas aún persistían.

¿Sabía ella que él no cejaría hasta que consiguiera lo que quería? ¿Contaría ella con aquello, sabiendo que eso la haría mostrarse mejor a los ojos de él?

–Eso lo intentamos por Helen, y no funcionó. Ahora tampoco funcionará. No hay modo de arreglar las cosas entre nosotros.

–No, no es así–protestó él acaloradamente, sumido aún en el conflicto.

Bryce había tenido tiempo de darse cuenta de lo mal que había reaccionado a la noticia del embarazo. Tal vez hubiera perdido toda posibilidad de casarse con Lara y de ser un padre para su hijo.

¡Aún la amaba!, pensó de pronto. Los sentimientos que creía muertos, estaban allí todavía. Respiró profundamente. ¡Oh, Dios! ¿Qué había hecho?

–No estás en condiciones de discutir –le dijo él con calma–. Necesitas que te cuiden.

–Eso lo hace Helen.

–El niño necesita a su padre.

Lara se rio forzadamente.

–No creo que él sepa en esta etapa del embarazo ni siquiera que estás aquí.

–¿Él?

–Es una manera de hablar. No lo sé. Y no quiero saberlo.

–Lara, tal vez yo haya sacado conclusiones… Tal vez…

Ella suspiró con enfado.

–No quieras convencerme de ese modo. No te servirá. Nada de lo que digas me hará cambiar de opinión.

El corazón de Bryce sentía un peso insoportable. Se quedó sentado allí sin decir nada. ¿Qué podía decir? Ella le cerraba el paso cada vez que quería acercarse. Necesitaba una estrategia más cuidada de la que era capaz de pensar en aquel momento.

Helen salió con una bandeja con tres vasos de limonada.

–Pensé que os apetecería beber algo –dijo animadamente, fingiendo no notar sus caras largas.

–Estaba a punto de marcharme –dijo Bryce. Y se puso de pie.

Helen frunció el ceño.

–¿Tan pronto? –preguntó.

–Lara está cansada.

Lara asintió con la cabeza.

–Creo que me voy a acostar temprano.

–¡Qué flores tan bonitas! –exclamó Helen, oliendo el ramo de rosas que acababa de llegar–. Son para ti, Lara.

Lara frunció el ceño.

–¿De quién son? –preguntó, aunque no era difícil adivinar. Pero no conseguiría nada.

–Será mejor que leas la tarjeta.

«Para la más hermosa futura madre, con amor, Bryce», ponía.

«¡Amor!», pensó. Lara tiró las flores al suelo.

–¡Tíralas! –ordenó.

¡Cómo se atrevía a mandarle su amor cuando ambos sabían que lo único que le interesaba a él era el bebé!

–Lara, no podemos hacer eso. Deben de haber costado una fortuna.

–Entonces, quédatelas. Ponlas en tu habitación. No quiero verlas.

Pero al día siguiente llegó otro ramo. Y durante una semana recibió flores. La casa parecía una floristería, porque Helen no quería tirarlas.

El séptimo día Bryce apareció personalmente con otro ramo de rosas que Lara rechazó. Era tan grande que Lara apenas podía ver la cara de Bryce.

Helen se alegró de verlo, como siempre. Lara simplemente le dijo:

–Estás tirando el dinero.

–Estoy tratando de hacer las paces.

–Te llevará algo más que flores.

De hecho, nada podría borrar el dolor de su corazón, pensó Lara.

Helen tomó las flores y se marchó. Siempre se iba cuando aparecía Bryce.

–¿Cómo estás? –preguntó él con preocupación verdadera.

–Bien.

–¿No has vuelto a tener mareos y desmayos?

–No. Helen me cuida bien.

–Debería ser yo el que te cuidara –dijo él.

–¿Vas a dejarme que te invite a salir?

Lara frunció el ceño.

–¿Cómo dices? –preguntó ella sorprendida.

–Me gustaría que almorzaras conmigo.

–¿Por qué? Has sido tú quien ha puesto fin a nuestra relación.

–He cometido un error.

«¡Claro! ¡Ahora resultaba que había cometido un error! ¡Todo por el bebé!», pensó ella.

–Eso es culpa tuya –contestó ella amargamente.

–Por favor, Lara. Además, te vendrá bien salir un poco.

–¿Cómo sabes que no he salido?

–He telefoneado a Helen todos los días, ¿no te lo ha dicho?

–¿Y ha sido idea de Helen el que me lleves a almorzar?. Sé que ella sigue deseando que estemos juntos. No me lo oculta.

–Helen no conoce mis intenciones. ¿Quieres venir?

Había algo en el modo de pedírselo, un tono de humildad que hizo dudar a Lara. No le haría daño salir un rato, suponía. Y era un cambio de escenario, al menos. Helen le había ofrecido salir varias veces, pero ella no había querido. Se había sentido un poco aletargada. Pero ese día se sentía mejor.

–Podemos ir al puerto –dijo él, como dándose cuenta de que ella se estaba ablandando–. Siempre te ha gustado ir allí. No hace falta que tomes una comida de tres platos. Podemos comer algo ligero, o nada, si no quieres. Y sentarnos a mirar el agua, o dar un paseo. Lo que quieras hacer, Lara.

Realmente quería complacerla, habría sido grosero rechazarlo.

–Bien, iré contigo.

Y realmente disfrutó del día. Bryce hizo todo lo que pudo por complacerla y que estuviera contenta. Fue casi como la primera salida. Fue el mismo hombre cortés, caballeroso, encantador, irresistible y atento del que se había llegado a enamorar.

Pero el hecho era que pensaba lo peor de ella. Podía ser todo lo agradable que quisiera, que no cambiaría nada.

Daba la impresión de que quería volver a ganarse su amor, pero ella estaba decidida a no volver a perder la cabeza aquella vez. Seguía pensando en desaparecer en cuanto encontrase un lugar adecuado para vivir con su hijo.

No obstante, no podía negar la excitación que le producía

tenerlo cerca, la chispa que encendía en su corazón cada vez que se rozaban accidentalmente. Pero si de verdad la hubiera amado, la habría creído, pensaba ella.

Debía recordarlo.

No era fácil. Cuanto más veía a Bryce, más se enamoraba de él. ¡Era tan amable con ella! ¡Tan cariñoso! Siempre preocupado por cómo se sentía, cómo estaba el bebé. Quería que descansara diariamente. Le recordaba las visitas al médico. Iba con ella cuando tenía que hacerse ecografías…

Pero no importaba lo convincente que podía parecer. Era teatro. Lo que le importaba era el niño.

Su madre llamó una noche cuando estaba viendo la televisión con Bryce. Helen no estaba en casa.

–¿Por qué no me dijiste lo del bebé, Lara? –fueron sus primeras palabras–. He tenido que enterarme por Helen. Ni siquiera sabía que había un hombre en tu vida. ¿Cuál es su nombre? ¿Qué profesión tiene? ¿Y cómo estás?

–Una pregunta a la vez, mamá –se rio Lara–. Estoy perfectamente. Su nombre es Bryce Kellerman. Es un hombre de negocios, aunque parece tener más tiempo libre que cualquiera de ellos. Está aquí conmigo…

–Y deseando hablar con usted –dijo Bryce, tomando el teléfono.

Empezó a hablar con su madre como si la conociera de toda la vida.

–¿Qué tal si le mando un billete de avión para el próximo vuelo? Sé cómo son las madres cuando sus hijas están embarazadas…

Lara pensó que su madre no iba a aceptar, y se quedó petrificada cuando vio que aceptaba.

–¿Cómo has logrado eso? –preguntó a Bryce más tarde–. Mi madre tiene miedo a viajar en avión.

–Supongo que tiene una razón muy poderosa para superar su miedo. Y con suerte, se quedará hasta nuestra boda.

Capítulo 12

DE qué boda me hablas? –exclamó Lara, indignada.

Bryce lo había dicho con tal seguridad, que le había preocupado.

Ni llevándola a la fuerza, aceptaría.

–No recuerdo haberte dicho que me casaría contigo –agregó Lara.

Bryce sonrió.

–Pero creo que lo harás. Me parece haberte demostrado en las pasadas semanas que estamos hechos el uno para el otro.

–¿De verdad? –dijo Lara–. ¡Qué engreído! Tú no has demostrado nada. Los dos sabemos que el niño es lo único que te interesa.

Bryce pareció dolido por su acusación. Pero a ella no le importaba. Era la verdad.

–No puedo creer que todavía pienses eso de mí.

–¿Y por qué tengo que pensar otra cosa? Cuando alguien expresa sus sentimientos tan claramente como lo has hecho tú, el mensaje llega muy profundamente –dijo Lara.

–¡Cielos, Lara! Creí que habías comprendido que he dicho cosas que realmente no siento. He intentado demostrarte que me interesas, Lara… –tomó sus manos– Me interesas tú y el niño. Sois mi vida. Os quiero a ambos. Por favor, créeme.

Pero no decía que la amaba. No decía las palabras que ella quería oír. Lara no quitó las manos, pero su corazón estaba herido. Ni siquiera había intentado besarla últimamente. Alguna caricia sí, rápida y breve, pero nada más.

No la amaba, no confiaba en ella. Solo quería a su hijo.

Y entonces llegó la segunda llamada de la noche.

–¡Roger! –exclamó Lara, y vio a Bryce ponerse en alerta.

Lara pensó por un momento que su madre podría haberlo llamado y haberle dado las noticias, pero no había sido así.

–El juicio es la semana próxima. Pensé que tal vez hubieras cambiado de opinión, ¿es posible?

–En absoluto –contestó ella–. No tienes derecho a pedírmelo –

por el rabillo del ojo vio a Bryce frunciendo el ceño y poniéndose de pie. Ella le dio la espalda y siguió hablando–. Por favor, no me lo vuelvas a pedir porque mi respuesta será la misma.

–¡Lara, espera! No puedes hacerme esto. ¡Este asunto arruinará mi vida!

–Deberías haberlo pensado antes de violarla –respondió ella–. No siento pena por ti –y en el momento en que Bryce fue a agarrar el teléfono, Lara colgó.

–¿Sigue pidiéndote que atestigües a su favor? –preguntó Bryce–. Si no le hubieras mandado al diablo, lo habría hecho yo.

–¡Es un desgraciado y un cerdo!

–¿Exactamente qué te hizo?

Ella se sentó y agitó la cabeza recordando.

–A mí también me violaba.

–¿Qué? –preguntó Bryce. Había estado a punto de sentarse, pero se incorporó. Pareció a punto de explotar.

–Supongo que solo había una diferencia técnica, pero venía a ser lo mismo. Solo quería hacer el amor en sus términos, cuando él quería, donde quería él, y le daba igual cómo me sentía yo.

Bryce juró violentamente.

–Es una suerte que te hayas librado de él. Me habría gustado que me lo dijeras antes.

–¿Y qué iba a cambiar? –ella quería olvidarlo.

–Habría ido a verlo y le habría dado su merecido. De hecho, me parece que lo haré. No tiene derecho a tratar a las mujeres de ese modo –se pasó una mano por la frente. Agitó la cabeza, y caminó de un lado a otro de la habitación.

–No vale la pena –dijo Lara.

–Tiene que dejar de hacerlo.

–Lo sé. Pero no es asunto tuyo.

No quería que Bryce se metiera en peleas.

–Lo es, si se trata de la chica con la que voy a casarme –dijo–. De hecho, cuanto más lo pienso, más decidido estoy a ir a enfrentarme a él. Ese tipo es un peligro para la sociedad. ¡Y encima quiere que atestigües a su favor! En realidad, lo que tendrías que hacer es testificar en contra. Pero puesto que no estás en condiciones de hacerlo, lo haré por ti.

–¡No! –exclamó ella, saltando de su asiento–. No puedes hacer

eso. No te lo permitiré.

–No puedes impedírmelo.

–¡Maldita sea, Bryce! Serás tú quien termine metido en problemas si le pones la mano encima. Él no lo vale.

–Si sigue molestándote, vale la pena. Además, tu madre puede viajar conmigo de vuelta.

Lara agitó la cabeza.

–No permitiré que interfieras en mi vida, Bryce. Esa parte de mi vida ha terminado. No quiero despertar viejos fantasmas.

–Entonces, que Roger desaparezca de una vez.

–Estoy de acuerdo, pero remover ese tema no solucionará nada. Los tribunales decidirán qué hacer con él. No te metas, por favor –Lara agitó la cabeza y salió a la galería. Necesitaba aire fresco.

Bryce la siguió.

–Por favor, vete a casa –le dijo Lara.

Nerviosa, bajó los escalones del porche, pero en su prisa perdió pie en el último y se resbaló.

Bryce se asustó al verla caer. Quiso sujetarla, pero no pudo. Cayó a su lado.

Bryce tenía miedo de moverla por si se había roto algún hueso nuevamente. Tomó el teléfono móvil y llamó a urgencias. Pero Lara volvió en sí antes de que llegara la ambulancia.

Lara miró a Bryce con expresión de confusión y mareo y dijo:

–¿Qué ha ocurrido?

–Te has caído. Está a punto de llegar una ambulancia.

–No necesito una ambulancia –protestó Lara.

Bryce se arrodilló a su lado y rodeó sus hombros.

–Quédate aquí, Lara. Es mejor. ¿Cómo te sientes? ¿Te duele algo?

–No –dijo ella moviendo sus extremidades para comprobarlo.

–Aun así, es mejor prevenir que curar –comentó él, preocupado por ella y por el bebé.

Bryce estaba preocupado por Lara, y por el bebé también, pero por ella más que nada. ¡Los últimos días habían estado tan llenos de ilusión! Él se había ido acercando a ella, y no lo había rechazado. Había deseado besarla y mecerla, hacerle el amor, pero había

tenido miedo de su reacción. Así que se había comportado como un perfecto caballero, aunque le había resultado muy difícil. Ahora, sin embargo, la tenía en sus brazos y sentía que su amor por ella le nacía de dentro.

La ambulancia llegó enseguida. Afortunadamente, Lara no había sufrido daño alguno, pero insistieron en llevarla al hospital para controlar al bebé. Bryce siguió a la ambulancia con su coche. Estaba terriblemente ansioso. Sabía que si le ocurría algo al niño se iba a sentir culpable. No debía de haber insistido con el tema de su ex marido, pero, ¡Dios santo!, se había puesto tan furioso cuando se había enterado de lo mal que la había tratado… Ella no se merecía eso. Se merecía que la tratasen como a una reina.

Hizo una mueca de disgusto al pensar eso último. Pensó que él había sido tan injusto como Roger. Ambos habían herido a aquella adorable muchacha.

Pero nunca más.

La espera en el hospital le pareció interminable. Se paseó de un lado a otro. Intentó averiguar qué estaba ocurriendo, pero no tuvo respuestas. Finalmente el médico salió a verlo.

–¿Qué ha sucedido? –preguntó Bryce, angustiado.

El médico estaba muy serio. Su gesto no auguraba buenas noticias.

–Hay un serio riesgo de que Lara pierda al bebé. Tiene que quedarse hospitalizada. Debe hacer reposo total.

Bryce sintió un frío interior.

–Pero… ¿corre algún peligro Lara?

–No, no. Se pondrá bien.

–¿Y el bebé? –preguntó Bryce en un desgarrado susurro.

–Esperemos que supere este momento y que todo salga bien.

–¿Puedo verla? –preguntó Bryce, con los ojos húmedos de lágrimas.

Por primera vez en su vida, quería sentarse y gritar. Quería golpearse el pecho de rabia y frustración. Todo había sido culpa suya.

–Solo unos minutos.

Cuando Bryce entró en la habitación y vio a Lara acostada, inmóvil y vulnerable, con el pelo echado hacia atrás, las mejillas pálidas, hizo un esfuerzo por sonreír.

–Lara, cariño –se sentó al lado de la cama y le tomó la mano–. ¡Lo siento tanto!

Ella sonrió débilmente.

–¿Por qué? No ha sido culpa tuya.

Él no quería discutir con ella.

–Quiero que hagas todo lo que te digan y que te mejores pronto –Bryce se preguntó si Lara sabría que el bebé corría peligro.

–Lo haré.

–Lara, te amo –dijo Bryce.

Pero Lara tenía los ojos cerrados. Estaba dormida.

No sabía si lo había oído. Había tenido tanta necesidad de decírselo. Quería que eso la ayudara a recuperarse, que supiera que no estaba sola, que no tenía que criar sola al niño, que él estaría siempre a su lado.

–Volveré por la mañana nuevamente –susurró él, y le dio un beso en la mejilla.

Ella se movió débilmente y sonrió. Tal vez lo hubiera escuchado.

Bryce había llamado por teléfono a Helen desde el hospital, y ahora se dirigía a su casa.

Helen se quedó consternada al saber lo que había ocurrido.

–Lara está dormida ahora –dijo Bryce–. No podemos hacer nada más que esperar y rogar que todo salga bien.

Lara no comprendía por qué había tanto revuelo. Ella se sentía bien. ¿Por qué tenía que quedarse en la cama? Le habían dicho que era por el bebé. Pero, ¿no estaban exagerando con tanta preocupación? Solo había sido una caída leve…

Bryce pasó horas al lado de ella. Le llevó flores, bombones, revistas… La tomaba de la mano, le contaba historias para hacerla reír, le demostraba en todo lo que podía que estaba preocupado por ella. A Lara le habría gustado preguntar si había estado soñando cuando lo había oído decir que la amaba, pero no se atrevía. Y él no lo había vuelto a decir. Así que tal vez hubiera sido un sueño.

Al cabo de dos semanas, los médicos le dieron el alta. Y ella tuvo una sorpresa maravillosa: Su madre estaba allí. Helen la había ido a buscar al aeropuerto al mismo tiempo que Bryce había ido a recogerla al hospital.

Fue un encuentro muy emotivo. Vera Lennox estaba muy preocupada por su hija, pero Lara la tranquilizó diciéndole que ya estaba bien.

Durante su encuentro con su madre, Bryce había estado en un segundo plano.

Luego Lara extendió la mano hacia Bryce y le dijo:

–Quiero que conozcas a mi madre. Mamá, te presento a Bryce, el padre de mi hijo.

Él le dio la mano, pero Vera lo abrazó.

–Eres tan guapa como me imaginaba por tu voz en el teléfono. Mi hija es una chica muy afortunada.

–Tal vez debería convencerla de ello –dijo él con una sonrisa.

Más tarde, Helen y Vera salieron a la galería a charlar. Lara y Bryce se quedaron sentados en el sofá del salón, cada uno en un rincón.

Después de un momento, Bryce suspiró y dijo:

–Quizás este no sea el momento, ni el lugar adecuado, pero hay algo que tengo que decirte. No puedo esperar más.

Lara frunció el ceño. Debía tratarse del bebé. Volvería a insistir en que se llevaría al bebé. Tenía razón, no era el momento ni el lugar.

–Sé que he sido un cerdo contigo, Lara. Y no te culpo si no me perdonas jamás. Pero he intentado demostrarte en las últimas semanas lo mucho que me importas. ¿No adivinas lo que intento decirte, cariño? Te amo. Te amo con todo mi corazón.

Lara no movió un músculo. Lo miró sin pestañear. Se le hizo un nudo en la garganta.

¡Así que no había sido un sueño!

Era lo que quería oír, pero sin embargo tenía miedo… Miedo de que pudiera surgir algo que despertase su desconfianza en ella nuevamente. ¿Debía arriesgarse?

Ella lo amaba, por supuesto que lo amaba. Jamás había dejado de amarlo, pero…

–Di algo, Lara.

Nunca había visto a Bryce tan inseguro de sí mismo.

–Me siento halagada.

–Pero, no me puedes perdonar aún, ¿verdad?

Bryce, el hombre que siempre le había parecido tan fuerte e

indestructible, parecía vulnerable, indefenso.

–No he dicho eso.

–Pero es lo que piensas.

–En realidad, Bryce… –sonrió Lara débilmente.

De pronto pensó que la vida era demasiado corta para «peros».

–Yo también te amo –dijo finalmente.

Él agrandó los ojos, y pareció volver a la vida.

–¿Lo dices en serio?

–Sí –susurró ella.

–¡Oh, Lara! –se acercó a ella y la envolvió con sus brazos.

El tiempo pareció detenerse.

–Te he amado desde el momento en que te vi –dijo él–. Desde que hicimos el amor en la ducha. Me volví loco por un momento, pero el amor jamás desapareció. Solo se perdió en la confusión que nos nubla el entendimiento a veces. Pero te prometo, Lara, que jamás volverá a ocurrir. Te amaré toda la vida. Jamás desconfiaré de ti.

Lara sonrió.

–Nuestro hijo fue concebido aquella vez… –dijo ella.

Él no podía creerlo.

–Yo siempre tomo precauciones –comentó Bryce.

–Pero esa vez, no. Estábamos demasiado impacientes.

Bryce gruñó.

–Ahora lo recuerdo. ¡Oh! ¡Dios! Cuando pienso en lo que he estado a punto de perder, se me hiela la sangre…

–¿No volverás a acusarme de quererte por tu dinero? –preguntó ella.

–¡No! ¡Jamás! –él le tocó el labio con el dedo. Ella lo succionó hambrienta.

Cuando Vera y Helen asomaron sus cabezas un momento más tarde, Lara y Bryce ni se dieron cuenta.

La ceremonia de la boda tuvo lugar en la casa de Bryce.

La novia estaba deslumbrante con su traje de encaje blanco. El novio llevaba un esmoquin color marfil. La madre lloró emocionada. La madre del novio había llegado de Nueva Zelanda especialmente para la ocasión, y estaba igualmente emocionada.

Los invitados comentaban que formaban una hermosa pareja. Una mujer de unos cincuenta años, con un vestido de seda lila y voz sensual, le dijo a Lara que había sido muy lista al haber podido atrapar a Bryce.

–Muchas otras intentaron hacerlo antes y fallaron. Debes de tener cualidades muy especiales.

Bryce se puso al lado de Lara y dijo:

–¿Qué ocurre, Gloria? ¿Qué le estás contando de mí?

–¿Tú eres Gloria? –preguntó Lara, asombrada.

–¿No te ha hablado Bryce sobre mí?

–¡Oh, sí! Pero pensé que eras mucho más joven… Y a decir verdad, estaba muy celosa.

Gloria se rio.

–Típico de Bryce.

Bryce se volvió hacia Lara y le dijo:

–Nunca me lo dijiste.

–Hay cosas que no se dicen –murmuró tímidamente Lara.

Fueron de luna de miel a Hamilton Island en Whitsundays, y a su regreso, Lara se mudó a la casa de Bryce, con vistas al puerto de Sidney.

Ella había dicho que no volvería a casarse con un millonario, pero él era diferente.

Lara sabía que sería muy feliz el resto de su vida. Él se lo había prometido. Y ella le creía. Y cuando llegaran más niños, llenarían la casa de amor y risas. A Bryce su casa no volvería a parecerle demasiado grande y vacía.

De todos modos, Lara seguía teniendo un cariño especial por el apartamento del cobertizo de botes, y muchas veces, cuando Bryce se marchaba a trabajar, ella se quedaba un rato allí, viendo los barcos del puerto.

Llevaba un hijo en su vientre. Un hijo de Bryce. Jamás habría permitido que se lo llevase, aunque hubiera tenido que casarse con él sin amor para impedírselo.

Pero ella lo amaba, y él la amaba a ella profundamente. Se lo decía todos los días…

Su dinero no significaba nada para ella. Sus vidas eran ricas en amor, y eso era lo más importante.